



195

M-10506
R-4716

A.T.V.
3140

LA FAMILIA CRISTIANA.

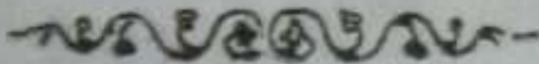
CIELO CON NUBECILLAS,

RECUERDOS

DE LA VIDA RURAL Y FAMILIAR DE VIZCAYA,

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.



MADRID:

A. PEREZ DUBRULL, EDITOR

BARCO, 9 PRIMERO, CUARTO TERCERO.

1871

LA FAMILIA CRISTIANA.

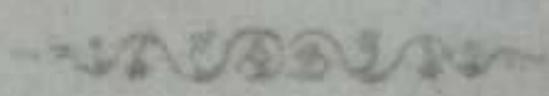
CIELO CON NUBECILLAS

RECIBIDO

DE LA VIDA RURAL Y FAMILIAR DE VIZCAYA

FOR

D. ANTONIO DE TREBA.



MADRID: PUBL. DUBBULL, EDITOR

MADRID, 1871.—Imprenta de M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

LÁM. 41.



Ignacio venia muy contento, porque le habia tocado la torta.

AL SEÑOR

D. RAMON DE DURAÑONA Y URTICOECHEA.

7. Señor: estos recuerdos de la vida rural y familiar vascongada he narrado pensando en aquellos compatriotas míos que viven en América, y en mayor número que en otros estados, en los de las hermosas y fecundas riberas del Rio de la Plata. Pensaba en ellos por muchas razones, y la principal de todas, porque aquí hay muchos ojos y muchos corazones que se llenan de lágrimas y palpitan con su recuerdo, y entre esos nobles desterrados no hay uno que no conserve la santa virtud del patriotismo, y no cuente en el número de sus más dulces consuelos la esperanza de tornar á la patria.

No me duele, no, el que muchos de mis jóvenes compatriotas abandonen temporalmente las montañas patrias, cuya poblacion excedería

en mucho de los recursos que estas montañas ofrecen, si una moderada corriente de emigracion no mantuviese el equilibrio entre la poblacion y sus naturales recursos; pero me duele el que el uso prudente y moderado de la emigracion se convierta en abuso desatentado y ciego. Hasta aquí los jóvenes vascongados, y muy particularmente los de Vizcaya, sólo iban á América, no á la ventura de Dios, como los de Galicia y otras partes, sino con toda seguridad de no verse desamparados en esas lejanas tierras, y de encontrar inmediatamente medios decorosos de procurarse una modesta fortuna con que volver, pasados algunos años, á la patria, y vivir en ella contribuyendo con la felicidad propia á la de la familia y aún á la de la patria misma; pero, señor, veo que ya los jóvenes vascongados empiezan á atravesar los mares, no llamados por el hermano, por el pariente ó por el compañero de infancia de sus padres, que los ha de recibir en el puerto, los ha de conducir á su hogar, los ha de consolar y animar en él, y los ha de colocar en su establecimiento ó en el de sus amigos, como hasta aquí sucedia por regla general, sino como los pobres jóvenes gallegos, con el único recurso de una vana carta de recomendacion, la

ropa que llevan puesta, unas cuantas pesetas en el bolsillo y el pasaje pagado por especuladores sin entrañas, que allá, en la tierra que ellos ¡inocentes! creen de la libertad y la dicha, les han de imponer la cadena del esclavo y los han de someter á todas las degradaciones del cuerpo y del alma, para recobrar centuplicado el puñado de dinero que les costó arrancarlos del hogar paterno.

¡Ay, señor, con qué honda pena pienso en estos pobres hijos de los hermosos valles galáicos, y con cuánta pienso también en que es muy posible que esta desventura no tarde en extenderse á los hijos de la noble y libre tierra vascongada!

Pensando, señor, en aquellos compatriotas míos que están allende los mares, he trazado estos cuadros, que (á pesar de coincidir con esta tarea una de las inquietudes más profundas de mi trabajosa vida) participan del color sonrosado y dulce que á mis ojos presenta siempre la tierra en que nací y vivo, y ha de consumir mis huesos si Dios escucha mis votos. Buscando un nombre en quien resumir y personificar la representación de todos aquellos compatriotas míos en quienes pensaba, he recordado el de V.,

y le he puesto á la cabeza de este libro. No era difícil que recordase este nombre, porque estoy acostumbrado á oírle pronunciar con emoción. Es el de un noble, virtuoso é ilustrado anciano casi nonagenario, nacido en los valles donde yo nací, que á través de setenta años de ausencia de estos valles, les conserva el hondo y purísimo amor del mejor de sus hijos, como lo pregonan los beneficios que derrama en ellos. Sí, señor, he oído y oigo pronunciar el nombre de V. con profunda emoción en nuestros amados valles, lo mismo por aquellos jóvenes que, después de tener la honra de estrechar la noble mano de V., tornan á la tierra natal como los entusiastas, patriotas, creyentes y caballerosos Olasos, que por los sencillos, agradecidos y honrados labradores que riegan y fecundan con su sudor los campos de San Salvador del Valle, donde V. dió los primeros pasos de su larga y noble vida bendecida de Dios y de los hombres.

Yo no sé, señor, si estos cuadros son buenos ó malos literariamente considerados; pero, considerados moralmente, me parecen buenos, porque creo que algun perfume de paz, de patriotismo, de virtud y de religiosidad se exhala de las florecillas, cultivadas más en mi corazón

que en mi inteligencia, que he ido esparciendo en ellos.

Estos cuadros, trazados en ocho días de excitación moral, son casi un ensayo, sin dejar de ser para mí un consuelo. Esto digo á V. para que tengan á su indulgencia un título más que el de reflejar, con más ó ménos perfección, la dulce imágen de la patria; y debo justificarlo. Hace poco más de ocho años, cuando yo vivia léjos de Vizcaya trabajosa y honradamente, cultivando este género de literatura y suspirando por pasar el resto de mi vida en la patria, llaméme ésta amorosa y espontáneamente á su seno y me dijo: «Entre mis hijos ha habido y hay muchos que han logrado alcanzar un puesto honroso en el sacerdocio, en la milicia, en el comercio, en las artes y en las ciencias; pero muy pocos que le hayan alcanzado en las letras. Quiero unir á mis muchas glorias la de honrar y proteger á los que se consagran á los trabajos literarios. Toma un modesto y honrado pedazo de pan y vive con él tranquilo en mi seno, y en cambio sírveme como puedas, que el cómo ha de ser, lo dejo á tu discreción y patriotismo.» Pensé entónces que Vizcaya, á pesar de tener un gloriosísimo pasado, no tenía un libro espe-

cial en que se consignasen y recopilasen sus glorias con el nombre de Historia. Yo no tenía inclinación á los trabajos histórico-literarios, y lo que era peor, era profundamente ignorante en la arqueología de Vizcaya. Pensé si debía dedicarme á escribir libros de educacion moral, con especial destino á las escuelas de Vizcaya, como basados en las costumbres y el espíritu religioso, foral y patriótico de la tierra vascongada; pero concluí por decir: «De ningun modo puedo pagar mejor la deuda de gratitud que he contraído con mi patria, que haciendo un supremo esfuerzo para escribir su historia.» Hice este esfuerzo, que sólo Dios y yo sabemos lo que me costó, y al cabo de siete años de penosos estudios históricos, alternados con trabajos más amenos, pero siempre encaminados á honrar y enaltecer á la madre patria, que me alentaba y sostenía en mis tareas, me creí apto para dar á luz un libro que llevase el título de *Historia popular de Vizcaya*. Este libro debía tener dos fines: el primero y principal servir y honrar á la tierra en que nací, y el segundo servir de pobre y casi único patrimonio á mi familia, si, como temo cada vez más, mi vida fuese en lo sucesivo tan poco afortunada como hasta aquí.

Cuando iba á fructificar mi trabajo de siete años, ocurrieron en Vizcaya ciertos sucesos políticos, en que ni directa ni indirectamente tomé parte alguna, porque siempre, como todos saben, he vivido apartado de la política y extraño á sus banderías y febriles pasiones; y entónces no faltó quien creyese liberal y glorioso y patriótico el quitar de mis manos el honrado pedazo de pan que Vizcaya, por primera y única vez, habia puesto en manos que escriben libros.

Entónces, señor, pensé en volver á pedir el pan de mi familia á aquella literatura que me le daba cuando Vizcaya se acordó de mí y me llamó á su seno. El pincel que en otro tiempo trazaba *cuadros de color de rosa* ha estado ocho años casi abandonado, y estos cuadros son los primeros en que vuelve á ensayarse. Vea V., pues, cómo he podido invocar para estos cuadros la indulgencia que á los ensayos se concede.

Reciba, pues, el venerable patriarca y representante en América de la honradez, del patriotismo y de la fe en Dios y en el trabajo, que caracterizan á la raza vascongada, estas humildes florecillas de los valles natales, que temblando de emocion y respeto le envío. Este pobre libro

atraviesa los mares como aquellos pobres niños del litoral cantábrico que, al atravesarlos, llevan por únicos bienes la bendición paterna y una desautorizada carta de recomendación. Cuando desembarque en América, concédale V. la paternal é indulgente protección que ha concedido á tantos hijos de nuestras montañas desamparados y tristes.

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao, Mayo de 1871.

I.

En el fondo del vallecillo de Loreaga está la iglesia parroquial de Santa María. La mitad de las iglesias de Vizcaya están consagradas á la Madre de Dios, que en esta piadosa tierra tiene en cada hogar un templo y en cada corazon un altar.

Unas cuantas casas blanquean, esparcidas sin órden, en la arboleda que rodea la iglesia, y el resto del caserío está diseminado en ambas vertientes del valle, por cuyo fondo corre un riachuelo, que da movimiento á dos ó tres molinos, y en otro tiempo le dió tambien á dos ó tres herrerías.

El nombre del valle significa *sitio de flores*; y en verdad que este nombre le corresponde, particularmente en la primavera, en que el valle parece un país nevado con el manto de flores que los frutales extienden sobre él.

Desde el campo de la iglesia, sombreado de castaños, de robles y de nogales, trepa hácia las caserías, escalonadas en una de las vertien-

tes del valle, una estrada, como aquí llamamos á los caminos vecinales que corren entre los vallados. Dan sombra á esta estrada los manzanos y los cerezos, que desde ambas orillas cruzan sobre ella sus ramas, y cuando tienen flor la inundan con sus perfumes, y cuando tienen fruta la ofrecen generosamente á los transeuntes.

Al terminar la estrada, doscientos pasos más arriba de la iglesia, hay un verde rellano, donde apenas penetra un rayo de sol así que se visiten de hoja los enormes castaños que le pueblan. Allí se subdivide la estrada en tres ó cuatro caminitos, que se dirigen á las caserías esparcidas más arriba en toda la falda de la montaña; allí brota una fuente muy fresca y muy cristalina, que se derrama con uniforme murmullo por una teja sonrosada; allí es donde se detienen un rato los moradores de las caserías el día de fiesta, cuando vuelven de misa, para conversar y descansar un rato ántes de separarse, tomando cada cual el camino de su casa; allí es donde, al toque de la oracion, bajan todas las tardes las muchachas de las caserías á coger el agua serena, cantando como pájaros y riendo como locas; y allí es adonde van á la misma hora los muchachos, como el acero tras el iman, como la sogá tras el caldero.

A la derecha de Iturrilanda, ó campo de la fuente, se alza una colinita, y á la izquierda otra, separadas por un arroyo cuyo caudal au-

menta el de la fuente á pocos pasos de ésta. Cada una de estas colinitas está coronada con una casería rodeada de heredades, cuyos linderos adornan hileras de frutales. La casería de la derecha es conocida con el nombre de Echezúri, que equivale á Casa-blanca, y la de la izquierda con el de Echegórrri, que vale tanto como Casaraja.

Tentaciones he tenido muchas veces de ocultarme, al declinar la tarde, en las enramadas de los setos de Iturrilanda para escuchar las alegres y apasionadas conversaciones que allí comienzan un poquito despues; pero he resistido valerosamente tales tentaciones, pareciéndome tal ocultacion impropia de mi gravedad; y cierto que no debo arrepentirme de ello, porque no ha faltado quien, ménos escrupuloso que yo, se ha ocultado allí repetidas veces, y ha venido á confiarme todo lo que sus indiscretos ojos han visto y sus indiscretos oídos han escuchado.

Algo de lo que á estas confiancias debo, algo de lo que han escuchado mis oídos, algo de lo que han visto mis ojos, algo de lo que ha adivinado mi inteligencia, y algo de lo que ha sentido mi corazon, son una porcion de algos que si acierto á combinarlos bien, formarán un cuadro bastante armónico y bello para que el público ponga en él sus cinco sentidos.

II.

¡Qué sonrosados y hermosos son los horizontes con que Dios nos anima á continuar el áspero camino de la vida, cuando Dios y el trabajo son los compañeros de nuestra jornada!

Corren los primeros dias del mes de Junio, del mes de los claveles y las guindas y las cerezas y las sanjuanadas. Hace ya tiempo que la campana de Santa María tocó á las oraciones, é Iturrilanda está ya desierta, porque los cantares y las risas de las muchachas, que ántes se oían en torno de la fuente, se alejan, se alejan por las arboledas y las heredades arriba.

Cuenta Estrabon que los moradores de estas montañas, cuando se llamaban cántabros, se regocijaban á las puertas de sus casas, en las noches del plenilunio, con cánticos y bailes dedicados á un dios desconocido.

El dios desconocido de que habla Estrabon era el mismo que áun adoran y reverencian los cántabros: era *Jaungoicoa*, era el Señor de las alturas, que los cántabros presentian y adoraban

antes de recibir la ley de gracia; pero si el objeto del culto es el mismo, la forma es ya diferente: el cántabro de nuestros días duerme y descansa en las noches del plenilunio, para adorar y glorificar el día siguiente al santo Jaungoicoa, trabajando desde que el alba despunta hasta que torna la noche.

Por eso y para eso dormían y descansaban ya los moradores de Loreaga una hora después de anochecer, aunque la noche era de hermoso plenilunio.

Sin embargo, esta regla, como todas, tenía su excepción. Ignacio, que era un gallardo mancebo de veinte años, estaba sentado y como caviloso y triste, á la luz de la luna, junto á la casería de Echazúri, en un verde ribazo, perfumado por la mejorana y la fresa silvestre, al lado del caminito que bajaba hácia Iturrilanda. A su lado estaba un perro, que parecía participar de sus cavilosasidades y tristeza.

No dormía Ignacio, no, aunque se había levantado al entonar los pájaros el canto de la alborada en los cerezos que daban sombra á su ventana, y á la misma hora se había de levantar la mañana siguiente; no dormía, no, aunque soñaba despierto, unas veces con los ojos fijos en la bóveda del cielo azul y estrellado, y otras veces con los ojos fijos en el caminito que, blanqueando entre los prados y los maizales, serpenteaba por la falda de la colina de Echegórri,

hasta desaparecer en el bosquecillo de frutales que servía de nido á la casería.

De aquel bosquecillo salió una muchacha, en cuya cabeza brillaba, con la luz de la luna, una *errada* de cobre, que es una especie de cántaro más propiamente llamado *edarra* equivalente á *con qué beber*, y siguió heredades abajo hácia Iturrilanda, cantando con voz dulce y temblorosa, que revelaba honda emoción, este cantar, que, como todos los que improvisa el pueblo, tenía un poquito propio y otro poquito ajeno:

Las fuentes van á los rios,
Los rios van á la mar,
Y el corazon de los hombres
Sabe Dios adonde va!

Al oír este cantar, Ignacio se levantó, y seguido del perro, que al oír aquel triste cantar empezó á dar saltos de alegría, bajó hácia Iturrilanda, contestando á la cantadora de Eche-górri con este otro cantar, que también debía llevar acompañamiento de lágrimas, á juzgar por los *trémolos* con que el jóven prolongaba sus sílabas:

Cada gotita de llanto
Que tú viertas por mi amor,
Será gotita de sangre
Que vierta mi corazon.

La luna era tan clara y la atmósfera tan pura, que, á pesar de la espesa enramada que cubría á Iturrilanda, se descubría y brillaba el chorrito cristalino que derramaba la teja.

Así de las heredades de Echegórri como de las de Echezúri se salía al campo de la fuente por un seto muerto, que tenía un escalon interior y otro exterior, formado de una tabla, que atravesaba horizontalmente el seto y apoyaba cada uno de sus extremos en una estaca hincada verticalmente.

El jóven se adelantó á tomar la errada cuando la que la traía en la cabeza atravesaba el seto, y la colocó bajo la teja de modo que la mayor parte del chorro de agua se derramase fuera de ella. Al tomar la errada dirigió un cariñoso saludo á su dueña, pero su dueña no correspondió á él ni á las caricias que la prodigaba el perro.

La de la errada era una muchacha de diez y seis á veinte años. Si lo que voy á contar fuera pura invencion, diria que aquella muchacha era fea, para evitar que el lector exclamase: ¡Que todas las heroínas de novela han de ser portentos de hermosura! Pero, como lo que voy á contar es verdad, tengo que decir, para no faltar á ella, que aquella muchacha era hermosa, no hermosa como lo suelen ser las muchachas de las novelas, sino como lo suelen ser las muchachas de las montañas.

Y á propósito de hermosura personal, voy á consignar aquí lo que pienso de ella: tengo el sentimiento de creer que, por regla general, las personas hermosas son las de ménos talento y ménos bondad de corazon. Dios, que en todo es

justo y sabio, ¡cómo no habia de aplicar á la personalidad humana la ley de las compensaciones!

La regla general tambien tiene en esto sus excepciones, porque ciertamente no faltan hombres y mujeres que á la hermosura corporal unen la hermosura del alma y la inteligencia; pero....., muchachos que buscáis novia con la santa intencion de hacerla partícipe de vuestras alegrías y vuestras tristezas, oid cómo la habeis de buscar: buscadla sencillamente *agradable de cuerpo y alma*.

— ¡Dichosos los ojos que te ven! exclamó al fin la muchacha, que no habia contestado palabra á las cariñosas que la dirigió Ignacio al tomarla la errada.

— Eso puedo yo decir al verte.

— ¡Dia de fiesta y sin parecer en toda la tarde por Echegórri, sabiendo que mi madre estaba enferma y yo no podia bajar á la fuente hasta que mi padre volviera de la feria de Basurto!

— ¿Por eso estás enfadada conmigo?

— Por eso! ¿y no es motivo bastante?

— No.

— No lo entiendo.

— Pues yo haré que lo entiendas: mi madre, como la tuya, estaba esta tarde enferma, y mi hermano, como tu padre, no estaba en casa. Como tú debias pasar la tarde al lado de tu madre, debia yo pasarla al lado de la mia.

— Pero ¿cómo está tu madre enferma, si esta mañana ha bajado buena y alegre á misa?

— Despues de comer, mi hermano salió con que iba á Bilbao á ver si ha venido el barco en que quiere irse á América, y la pobre de mi madre, que creia habia desistido ya de su viaje, se incomodó tanto, que tuvo que acostarse y ha pasado la tarde llorando, á pesar de que yo no me he movido de su lado, haciendo cuanto podia por consolarla.

— ¡Pobre Juana! exclamó la muchacha, arrasándosele los ojos en lágrimas. Pero Julian, añadió, ¿ha ido á Bilbao?

— Sí; ha ido y no ha vuelto hasta hace poco. Entónces, viendo á mi madre más tranquila y á Julian á su lado, he salido á tomar el fresco, y no he ido por Echagórri porque era ya algo tarde y creí que estariais ya todos acostados.

— ¡Perdóname, Ignacio, el enfado que sin razon he tenido contigo!

— Ya estás perdonada, dijo el muchacho, tendiendo cariñosamente el brazo sobre el hombro de Isabel, que así se llamaba la muchacha.

— Pero ¿de véras se empeña Julian en ir á América?

— Ni todos los predicadores del mundo se lo quitan de la cabeza.

— Pero ¿por qué quiere irse?

— Porque sueña con viajes y con riquezas.

— Pues ¿no vale más que todas las riquezas

y todos los viajes el vivir donde hemos nacido, donde todos nos conocen y á todos conocemos, donde están todos los que nos quieren y todos los que queremos?

— Eso le digo yo y eso le dice mi madre; pero como si se lo dijeran á Machin.

Machin, que así se llamaba el perro, sin duda en memoria del valeroso héroe popular Machin de Munguía, entre cuyas portentosas hazañas se contó la de haber resistido, en los mares de Otranto, en el siglo XVI, por espacio de 48 horas á toda la armada de Barbarroja, que cercaba y combatía su galera, escapando al fin con ésta cubierta de cabezas musulmanas; Machin, al oírse nombrar, dió un salto é hizo una caricia á Ignacio y otra á Isabel, que correspondieron á ella sonriéndole y acariciándole con la mano.

— Yo no sé qué pensar de ese muchacho, dijo Isabel. Él es un chico que enamora á todos con su viveza y su gracia; pero aquella cabeza.....

— Aquella cabeza, Isabel, está vacía, y temo que lo esté también aquel corazón.....

— No diré yo tanto como eso.

— Ni yo tampoco lo diré delante de mi madre; pero delante de tí, sí debo decirlo.

— Sí, sí; haces bien en no decirlo delante de tu madre, porque la pobre delira por él, y así como cree que su cabeza es de viento, cree que su corazón es de oro. Esta mañana, cuando subíamos de misa, se habló aquí de Julian á pro-

pósito de lo bien que la habia oficiado, y tu madre reventaba de orgullo, diciendo: «No porque Julian sea hijo mio; pero si es verdad que tiene aquella cabecilla un poco ligera, tambien lo es que á buen corazon y sentimientos religiosos nadie le gana, incluso su hermano, que, gracias á Dios, es completo en todo.

— ¡Pobre madre! exclamó Ignacio llevándose la mano á los ojos.

— Es natural que el cariño la ciegue.

— Sí, el cariño la ciega, porque si no, ¡cómo no habia de ver en mi hermano lo que vemos todos, hasta yo, que le quiero mucho!

— Es muy jóven aún, tiene diez y seis años, y puede que cuando el poco juicio del niño se vaya cambiando en la formalidad del hombre, cambie tambien esa indiferencia.

— No lo espero, Isabel. Era yo aún muy niño cuando sentía ya todo lo que ahora siento.....

— ¿Todo? interrumpió Isabel á Ignacio con maliciosa y á la par cariñosa sonrisa.

— Todo, todo, Isabel; porque mi madre dice que cuando estaba acabando de criarme, y empezaba á criarte á tí la tuya, tu madre te dejaba en Echezúri cuando tenía que ir á Bilbao, y lejos yo de sentir que hubieses ido á quitarme la mitad de mi racion de leche, lloraba y me emperraba cuando tu madre, volviendo por la tarde, te tomaba para llevarte á Echegórri. Todo, todo, Isabel; porque mi madre dice tambien

que cuando yo tenía cuatro ó cinco años, muchas veces temió que me ahogase al pasar el arroyo, pues en cuanto se descuidaba un poco me escapaba á Echegórri para jugar contigo. Todo, todo, Isabel; porque recuerdo muy bien que cuando bajábamos á la escuela, yo te esperaba ó tú me esperabas bajo estos mismos castaños de Iturrilanda, y la pera ó la manzana que, al partir, mi madre ponía en mi mano, y tu madre en la tuya, cambiaban de mano bajo estos castaños.

— Tienes razon, Ignacio, tienes razon, dijo Isabel, enternecida por estos dulces recuerdos, que despertaban en su alma los no ménos dulces, inocentes y puros del resto de su vida en sus relaciones con la vida de Ignacio; porque, áun conociendo lo poco que conocemos de la vida y el corazon de ambos jóvenes, es de presumir cuán dulces y hermosos recuerdos encerraría para éstos el período que media entre la infancia y la adolescencia, aquel período en que el corazon y la inteligencia se trasfiguran y una honda y misteriosa melancolía domina el alma, y una sed inextinguible de amor la atormenta, y todos los horizontes de la vida aparecen sonrosados y luminosos, y una ternura en que se mezclan la santa pureza del niño y la noble grandeza del hombre, nos impele, nos impele con fuerza incontrastable, á una mujer si somos hombre, y á un hombre si somos mujer.

— Te decia, Isabel, continuó Ignacio, que era yo aún muy niño cuando ya sentia todo lo que ahora siento.

— Dímelo, á ver si es lo mismo que siento yo.

— Sí, Isabel, lo mismo, lo mismo que sientes tú y siente mi madre es. Siempre hay para mí algo que me entristece ó me alegra, y es el mal ó el bien ajeno; para mi pobre hermano, y ya te diré por qué le llamo pobre, nunca hay nada de esto; porque siempre pasa con los ojos enjutos, lo mismo delante del mal que delante del bien, como el mal ó el bien no sean de su madre, de su hermano ó de la que va á ser su hermana; que sólo entónces sale, no mucho, pero al fin sale algo de su triste y constante indiferencia.

— ¡Pobre Julian!

— ¡Ah! ¿le compadeces?

— ¡No le he de compadecer!

— Pues entónces no necesito decirte por qué le llamo pobre.

— Pobre, sí, muy pobre es el que tiene el alma de hielo, lo mismo para sentir el mal que para celebrar el bien; porque..... yo no sé cómo decirlo, pero me parece que importa poco todo lo que en esta vida se llora de tristeza, comparado con lo que se llora de alegría. Y si no, recuerda, Ignacio, lo que nos pasó pocos dias hace con la enfermedad de que está convaleciendo mi madre: el médico vió á mi madre por la noche, y como nos dijese que se moria, lloramos de do-

lor; pero como al verla por la mañana nos dijese que se salvaba, lloramos de alegría. ¿Qué vale todo lo que lloramos de dolor por la noche, comparado con lo que lloramos de alegría por la mañana!

— Mi hermano nunca siente húmedos los ojos por el dolor ni por la alegría.

— Pero ¿está decidido á marcharse?

— Enteramente decidido.

— Pero ¿lo consentirá tu madre?

— Dice Julian que se irá, consiéntalo ó no lo consienta.

— Pues entónces es menester decidir á tu madre á que se resigne á ello.

— Eso pienso yo hacer, y tú debes ayudarme en esta difícil tarea; que ya sabes lo mucho que con mi madre puedes.

— Mañana, si Dios quiere, iré á verla con pretexto de que es porque está algo mala, y haré lo que pueda. Pero, Dios mio, ¿no acaba de llenarse la errada?

Y al decir esto Isabel, vió que Ignacio habia colocado la errada de modo que tardase mucho en llenarse, y sonrió entre agradecida y enfadada, conociendo la intencion de Ignacio.

Éste y ella habian bajado, sin duda como siempre, con ánimo de soñar despiertos un paraíso de felicidad y amor; pero aquella noche no estaba para sueños paradisiacos, y renunciaron á ellos.

En el sonido del agua en la errada conoció Isabel que ésta estaba llena, y se dispuso á partir, pensando que ya se haría tarde su vuelta á sus padres.

Ignacio cogió la errada entre sus vigorosas manos, y la colocó en la cabeza de Isabel.

Subieron juntos la cuestecilla de Echegórri, seguidos de Machin, que, segun lo contento que iba, miéntras los jóvenes habian hablado cosas tristes, habia soñado cosas alegres. Despidiéronse junto á la casería con palabras que es inútil repetir aquí, porque eran de aquellas que, si son soberanamente hermosas para el que las siente, para el que no las siente son soberanamente triviales, y miéntras Isabel desaparecia en el bosquecillo de frutales que ocultaba la casería de Echegórri, Ignacio atravesaba el vallecillo que separaba á ambas caserías, para desaparecer poco despues en el bosquecillo de frutales que tambien ocultaba la casería de Echezúri.

Una lucecita brilló á poco rato á traves del ramaje en una ventana de Echegórri, y otra lucecilla brilló en seguida en otra ventana de Echezúri.

¿Qué decian aquellas dos lucecillas? Decian, sin duda: «¡Duerme, duerme, amor de mi vida, soñando con quien va á soñar contigo!

III.

Era día del Córpus; los hombres con la chaqueta al hombro y las mujeres con la mantilla doblada sobre la cabeza, y algunos de ellos y de ellas haciéndose sombra con ramos que habían cogido en la estrada que conduce desde la iglesia á la fuente, iban llegando á ésta y tomando asiento en los verdes y floridos ribazos que rodeaban el manantial, cuyo murmullo recordaba el placer de la murmuracion, y cuyo caudal brotaba de entre las descubiertas raíces de un enorme castaño, y se precipitaba por la sonrosada teja.

Murmuraron las mujeres, encendieron la pipa los hombres, descansaron y refrescaron todos, y poco á poco continuaron mujeres y hombres su camino, ménos Juana la de Echezúri, y María la de Echegórri, que eran las que tenían la casa más cerca.

Pero he dicho mal al decir que sólo quedaron Juana y Mari, porque quedó con ellas Isabel, la hija de Mari.

— Anda, hija, anda á casa, dijo á Isabel su

madre; que sabe Dios cómo tendrá la comida aquella chica.

— Bien la tendrá, madre, contestó Isabel; que Ines ya entiende de cocinar tanto como nosotras.

— Sí, pero aquélla y su hermana más afición tienen á jugar que á trabajar.

— ¡Qué han de hacer, dijo Juana, si son todavía unas criaturas!

— No tan criaturas, mujer; que Ines el mes que viene cumplirá quince años.

— Sí, porque nació cuando ya empezaba á andar mi Julian.

— Ea, Isabel, á casa, á casa; que para allá voy yo tambien en cuanto descanse un poco más, porque con mi pícara enfermedad, me he quedado que las piernas no me quieren tener aún.

— Espere V. un poco, madre, replicó Isabel; y al mismo tiempo miraba hácia la estrada, como si con ánsia esperase que asomára álguien por allí.

— Sí, yo ya te entiendo, dijo su madre; y Juana se echó á reir, mirando con amor á la muchacha, como queriendo decir con aquella risa y aquella mirada: Yo tambien entiendo que Isabel espera á Ignacio, por lo cual le plantaria yo un beso en esa cara de rosa.

Cara de rosa tenía, en efecto, Isabel, y sobre todo, en aquel instante, en que al bajar sus ojos habian subido sus colores.

— ¡Pues! replicó Isabel entre enfadada y agradecida; ¡VV. siempre con la malicia!

— Vamos, dijo Juana, déjala á la pobre; que todas hemos sido chicas y hemos pasado por lo que ella pasa.

— Pronto saldrán ella y tu hijo de penas, pues el señor cura me ha dicho que el domingo se leerán las primeras amonestaciones.

— Eso me ha dicho tambien á mí.

Los colores de Isabel pasaron de los de las rosas á los de los claveles.

En aquel instante asomaron por la estrada Ignacio y su hermano Julian.

Los ojos de Isabel brillaron de alegría, y no brillaron ménos los de Ignacio cuando descubrieron á Isabel junto á la fuente.

Ignacio venía muy contento, porque le habia tocado la torta.

Esto de la torta merece alguna explicacion.

En muchas parroquias de Vizcaya se rifa, despues de la misa conventual, una torta de pan de trigo, lindamente adornada, y el producto de esta rifa se destina á alguna de las atenciones del culto.

La torta es piadosa ofrenda en que al efecto se complace, el dia de ambos preceptos, alguna de las familias acomodadas de la feligresía.

Muchos episodios, que agradarian á los que gustan de las cosas sencillas, pudiera yo referir aquí, á propósito de esta costumbre; pero sólo

referiré uno, para probar con él que, candorosos y triviales como son todos mis escritos, señalan un gran progreso de intencion y de malicia (que Dios me perdone) entre mi infancia y mi virilidad.

Todo mi afan y el de mi hermano durante toda la semana era poseer el domingo un cuarto cada uno para tomar parte en la rifa de la torta. Con ésta en la mano, recorría un chico de los más despabilados el pórtico y el campo de la iglesia, gritando: «¡A la rifa de la torta!»; y sobre la torta misma se depositaban los cuartos, cada uno de los cuales daba opcion á una carta.

Todos los que habian echado á la rifa se colocaban en corro en el pórtico, el sacristan distribuía las cartas despues de bien barajadas, empezando por el más anciano del corro, y aquel á quien salía el as de oros, llevaba triunfalmente la torta.

Un domingo, mi hermano y yo, que á la sazón tendriamos de diez á doce años, echamos sobre la torta cada cual nuestro cuarto, y notamos que en seguida se acercaron dos chicos, á quienes nosotros *no podiamos* porque eran mayores que nosotros, y echando cada cual una pieza de dos cuartos (una *galocha*, como dicen en las Encartaciones; un *champon*, como dicen en el resto de Vizcaya), recogieron, en el concepto de vuelta, los cuartos *partidos* que nosotros habiamos echado.

— Mi madre, que habia estado hablando con otras vecinas durante la rifa, cuando se terminaba ésta fué á buscarnos al pórtico, y como no nos encontrase allí, nos buscó en el campo y nos encontró llorando al pié de un fresno con la frente apoyada en éste.

— ¿Qué teneis, hijos míos? nos preguntó alarmada. ¿Llorais porque no os ha tocado la torta?

— No, señora.

— ¿Habiais echado á la rifa?

— Sí, señora; pero no hemos ido á tomar carta.

— ¿Por qué?

— Porque Fulano y Zutano, contestamos levantando el diapason de nuestro llanto, han echado dos cuartos cada uno y han cogido los nuestros.

— Mi madre comprendió lo que habia pasado, y soltando una alegre carcajada y poniéndonos de inocentes que no habia por donde cogernos, nos plantó á cada uno un beso.

— ¡Un beso en cambio de un rasgo de inocencia! Cuando veo que muchos gustan de estas inocentes obrillas mías, me parece que mi madre, léjos de haber muerto, se ha multiplicado en muchas madres.

— Razon tenía Ignacio para venir orgulloso y alegre con la torta que le habia tocado: como torta del dia del Córpus, era de padre y muy señor mio, y no como la de las festividades ordi-

narias, sencillamente lavada con yema de huevo y adornada con unos cuantos circulillos hechos con los bordes del dedal de la buena *echeco-andría* (el ama de casa); como torta del día del Córpus, estaba dulce y pintorescamente esmaltada de grajea.

Isabel, con pretexto de examinar la torta se levantó y se adelantó al encuentro de Ignacio.

Tenía la torta en la mano, y supongo que al verla tan linda y apetitosa, se le harían los dientes agua. Nadie se extrañe de esta suposición, creyéndola escandalosamente *realista* é impropia de las heroínas de novela; que según el patrón clásico, deben ser puro espíritu, y por consiguiente no deben comer ni beber. Como las novelas que yo escribo no son tales novelas, sino trasuntos de la naturaleza positiva y real, que para ser hermosa y poética no necesita más galas que las que Dios le dió, mis heroínas comen y beben como las demás mujeres; y si así no fuera no tendrían la poesía de la salud, de los colores de rosa y de la laboriosidad; que no es una poesía de las de tres al cuarto.

La torta pasó de las manos de Isabel á las de Juana, y de las de Juana á las de Mari.

Ignacio miró alternativamente con ternura á su madre y á su novia, y dijo:

— Voy á hacer con esta torta lo que he hecho con mi corazón.

— ¿Qué? preguntaron á la par Isabel y Juana.

— Dividirla entre dos mujeres.

— No, no, exclamaron á la par Isabel y Juana, apresurándose á detener á Ignacio, que se preparaba á dividir por medio la torta.

— La torta entera le corresponde á tu madre, dijo Isabel.

— La torta entera le corresponde á tu novia, replicó Juana. El corazon de tu madre ya le tienes conquistado.

— El de mi novia tambien.

— No, no; le tendrás conquistado por completo cuando el señor cura te dé posesion de él.

— Yo sentenciaré este pleite sin que valga apelacion, dijo Mari. Que lleve Isabel la torta entera y esta tardecita, con unas magras que yo me encargo de preparar, la merendaremos todos juntos bajo los frutales de Echegórri, donde las flores trascienden á gloria.

— Mejor trascenderán las magras, dijo Julian.

Juana suspiró al oirle, y Mari, que comprendió la causa de aquel suspiro, dijo por lo bajo á Juana:

— Verás cómo entre todas le conquistamos esta tarde.

Un momento despues todos tomaron heredades arriba, cada cual con direccion á su casa.

Machin salió al encuentro de sus amos en la

cuesta de Echezúri, y despues de festejar por el órden de edad, dignidad y gobierno, á Juana é Ignacio, que correspondieron á sus fiestas cada cual con una caricia, fué á festejar á Julian, que le correspondió con una patada, so pretexto de que le habia dejado el último en sus festejos.

IV.

Cuando el sol iba ya declinando tras los cónicos picos de la costa del Poniente, Lucas, el casero de Echegórrri, el marido de Mari, el padre de Isabel, sacó de la cuadra su hermosa pareja de bueyes, los llevó á la verde linde de una de sus heredades, donde la borona reclamaba ya la resalla, y se puso á apacentarlos, chupando su pipa y amenazándolos con hacer y acontecer cada vez que notaba en ellos conatos de tirar una dentellada á la borona, que, por lo mismo que era fruto prohibido, excitaba su gula más que la hierba.

Lucas era lo que se llama un bendito: incansable en el trabajo, persuadido de que en el mundo no habia mujer de más talento ni más habilidad ni más virtud que la suya, y de que sus hijos eran los más listos y hermosos del universo, dejaba á su mujer la direccion de la casa y la familia, y era su alma una balsa de aceite, con tal que no le faltase tabaco, bueno ó malo, para llenar la pipa, que no se le caia de los labios, y con tal que su pareja de bueyese fues una de las

mejores de la anteiglesia; porque, eso sí, hablar de sus bueyes, ponderarlos, ostentarlos en todas partes, y apostar á que en el campo de Basurto no se presentaba pareja que arrastrase un peñasco de veinte quintales como la suya, éste era un vicio que dominaba á Lúcas como el del tabaco, como el de trabajar desde el alba al anochecer y como el de no tener más ojos que los de su mujer y sus hijos.

Miéntas Ignacillo, un diablejo de chico de doce años, ahijado de Ignacio el de Echazúri, y Juli, una chiquilla de ocho, ahijada de Julian, apedreaban en la portalada de la casa un peral de San Juan, cuyas peras empezaban ya á amarillear como el oro, Inés sacó á la huerta una mesa, luégo fué sacando unas cuantas sillas de cesta, es decir, de madera tejida como la de los cestos, y por último, sacó un blanco mantel, con que cubrió la mesa, y sucesivamente platos, vasos y tenedores de boj.

Entre tanto en la casa se oía un chicharreo, que recordaba el ruido de la lluvia, y de la casa venía un aromilla, que casi casi hacía olvidar el de una mata de romero, otra de tomillo, otra de rosas de Alejandría, otra de azucenas y otras de claveles y pensamientos dobles, que constituían el jardinillo que Isabel cuidaba y mimaba tras el horno y las colmenas, con gran contentamiento de Ignacio el de Echazúri, que nunca se iba de Echegórri sin que la jardinera le

obsequiase con lo más florido de su jardín.

Mari se asomó á la ventana de la cocina, muy colorada, y dijo á Ines: — Mira si ha venido ya la gente, y dile á tu padre que se deje de bueyes, caramba; que no parece sino que los quiere más que á las personas. — Señor padre, dice madre que á ver si viene V., gritó Ines á su padre y éste, levantándose con su calma acostumbrada, del ribazo donde estaba sentado fuma que fuma, llevó los bueyes á una *landa* ó prado cercano, añadió un pedazo de soga á la amarra de bilortas que cada uno tenía arrollada al pescuezo, é hincó en tierra, con ayuda de un canto, una estaca con que remataba la soga. Hizo en seguida una caricia á cada buey, pasándoles las manos por el lomo, y se encaminó hácia casa.

En nuestras aldeas, sea porque en ellas abundan los buenos pulmones, ó porque las condiciones *acústicas* de la localidad se prestan á ello, el telégrafo bocal es de gran uso.

Como Ines notase que Isabel, Ignacio y Julian, que habian bajado al rosario y luégo al baile de la plaza, subian ya por Iturrilanda, pues hácia allí los oia reir, se volvió hácia Echezúri y gritó:

— ¡Ahhh Juana!

La aspiracion que Ines antepuso al nombre de la viuda de Echezúri, es de cajon, en tales casos, en Vizcaya.

— Allá voy, hija, contestó la viuda desde la ventana, no necesitando preguntar para qué se la llamaba, pues ya oía á sus hijos y su futura nuera reir atravesando el seto de Iturrilanda, para tomar la cuesta de Echegórri.

Poco despues ambas familias completas, estaban en torno de la mesa dispuesta por Ines, y sobre la cual acababa Mari de colocar una gran fuente de magras de cerdo con huevos estrella-dos, que habia sacado en una mano, y un gran jarro del rojo de los parrales de Echegórri, que habia tomado en la otra. Dicho se está que sobre la mesa campeaba la hermosa torta del Córpus. Ni siquiera faltaban al banquete Machin, que habia atravesado con su ama el vallecito de *errecá* ó del arroyo, ni Lorá, perra de Echegórri, muy amigota de Machin el de Echezúri, y cuyo agraciado nombre, que equivale á flor, sólo podia encontrar justificativo en el optimista cariño que á Lorá tenian sus amos.

La merienda fué alegre, alegre como una pascua florida.

De todos hemos dicho algo ménos de Ines y hay que reparar aquí este olvido. Ines, como su madre nos dijo en Iturrilanda, iba ya á cumplir quince años, y tenía trazas de superar á su hermana Isabel en hermosura, como la superaba en viveza. Diablillo más vivaracho, más gracioso, más decididor que Ines no podia encontrarse bajo una saya colorada. Su madre solia decir que así

como Isabel se parecía á Ignacio en lo juiciosa y dada á la melancolía, Ines se parecía á Julian en lo cabezita ligera y corazon echado á la espalda. Alguna razon tenía Mari al hacer este paralelo; pero lo que es en lo de tener el corazon tan echado á la espalda como Julian, no, no la tenía. Es verdad que en los ojos negros de Ines no asomaban las lágrimas con tanta facilidad y frecuencia como en los azules de Isabel. pero tambien lo es que aquellos hermosos ojos no pasaban enjutos delante del mal ó el bien ajeno, como aseguraba Ignacio que pasaban los de Julian.

De mil boberías se habló durante la merienda, y estas boberías, unas veces por lo alegres, otras por lo tiernas, hicieron felices á todos ménos á Julian, que sólo encontraba bueno en la merienda la merienda misma, es decir, lo que estaba sobre la mesa, que para los demas, sin dejar de ser bueno, lo era más como pretexto que como manjar. Dios nos libre de la sequedad de corazon, que deja reducida la vida al materialismo descarnado y puro, porque con esa desgraciada sequedad, ¡adios amor, adios fe, adios poesía, adios todo ese mundo impalpable y consolador y hermoso, que flota en torno del mundo material, como el alma flota en torno del cuerpo humano!

Mari, que era lista como una centella, creia que en la atmósfera de ternura y de excitacion

moral que crea una merienda tenida entre personas que de este modo se quieren, no se podría sustraer Julian á la promesa y compromiso de renunciar á aquel fatal viaje, que tanto apenaba á todos, y particularmente á su buenísima madre, que con tanto heroísmo habia luchado para sostener y acrecentar su casa, y criar y educar á sus hijos, desde que enviudó cuando más necesario le era el apoyo de su marido.

Salió á plaza el próximo casamiento de Isabel é Ignacio, y se habló de lo mucho que estrecharía el cariño y la union de ambas familias este suceso, y Mari exclamó con tono chancero:

— Caramba, Juana, no has de ser egoísta y quererlo todo para tu casa; ya que nos lleves algo, danos algo tambien. Si mi Isabel se va á Echezúri, que venga á Echegórri tu Julian.

— Justo, muy justo es, exclamaron todos riendo alegremente y mirando alternativamente á Ines y á Julian.

Julian comprendió la significacion de aquellas miradas; pero Ines no, porque, aunque era muy lista y muy viva é inocentemente maliciosa, no habia cumplido aún quince años; quince años, que pasados en una casería, y en una casería de Vizcaya, y entre gentes como las de Echegórri y las de Echezúri, donde sólo reinaban el amor á Dios, el amor al hogar y el amor al trabajo, eran la mitad pasados en otra parte. No se puso Ines colorada al oír esto, porque no

comprendió que se pensaba en que Julian pudiera ir á Echegórri como Isabel iba á Echezúri; pero se puso alegre porque pensó que pudiera ir á Echegórri Julian, sin saber en qué concepto.

Vamos, Juana, ¿qué dices de la proposicion de Mari? preguntó Lúcas con su seráfica calma, chupa que chupa su pipa.

— ¡Qué he de decir! contestó la viuda, que la proposicion me parece justa, y si Julian la acepta, por mi parte con mil amores está aceptada.

Julian callaba.

— Vamos, Julian, ¿qué dices?

— Digo, contestó Julian, que con mucho gusto me vendria acá, si no me fuera más léjos.

— ¡Más lejos! ¿Pues adónde te has de ir?

— ¿VV. quieren que les regalen el oido? Pues yo no tengo gana de semejantes regalos.

El alma se le cayó á los piés á la pobre Juana y á sus hijos y vecinos.

— Pero vén acá, hijo, vén acá, cabeza de cascabel, dijo Mari cariñosamente, atrayendo á Julian á su lado, y añadió:

— ¿Adónde te quieres ir?

— ¡Dale, bola! Si ya lo saben ustedes, ¿á qué es preguntarlo? ¡Cuidado que es mucho moler! Quiero irme por el mundo.

— ¿Y para qué, hijo?

— Para ver tierras.

— No hay tierras más hermosas que aquellas donde se ha nacido.

— Y para ver gentes.....

— No hay gentes más dignas de verse que aquellos que nos quieren.

— Y para volver rico.

— No hay riqueza más positiva, segura y dulce que la que consiste sencillamente en tener pan en la artesa y tranquilidad en el alma. Es la que tuvieron tus padres, tenemos nosotros y ambiciona tu hermano; se alcanza sin más que regar todos los días con unas gotas de sudor estas hermosas tierrecillas que rodean la casería de Echezúri y la casería de Echegórrri.

— Eso es miseria, y miseria nada más.

— Miseria es lo grande que no basta á llenar las necesidades de la vida, y riqueza es lo pequeño que las llena. Dicen que Andalucía es una tierra muy grande, muy fértil y muy rica, y sin embargo, raro es el año que no se habla de hambre, carestía y miseria en sus comarcas, y dicen que allí los trabajadores del campo sólo duermen en una desnuda tarima y sólo comen una sopa de ajo y un gazpacho de pan moreno y duro, sazonados con agua, sal, aceite y vinagre. Vizcaya es tierra pobre y estéril, donde á fuerza de trabajo se ha arrancado á las sierras y á las rocas las tierrecillas cultivadas que rodean las caserías, y sin embargo, nunca, nunca, aunque vengan largos temporales, años es-

tériles, pestes y calamidades, parte de aquí la pavorosa voz del hambre, y el trabajador del campo duerme en cómoda y limpia cama y abriga su estómago y restaura sus fuerzas con alimentos, aunque no regalados, calientes, nutritivos y sanos. Desengáñate, hijo mio, que la riqueza y la dicha no están en la abundancia; que están en el buen gobierno con que se distribuyen y en la buena voluntad con que se aceptan.

— ¡Buena, buena predicadora está usted, Mari! ¿Ha acabado usted ya el sermón?

— Sí, hijo mio.

— Pues ha predicado usted en desierto.

Todos guardaron silencio menos Juana, que se echó á llorar; los demas no lloraban, pero les faltaba poco.

— ¡Madre! exclamó Ignacio, echando el brazo al cuello de su madre, no llore usted, que si un hijo se le va, otros le quedan. Dígale usted á mi hermano lo de la copla:

Anda, véte por el mundo,
Y el mundo te dará el pago;
Que tambien el mundo arregla
Lo que anda desarreglado.

— Sí, vénme tú con coplas ahora, replicó Julian.

Convencidos todos, inclusa Juana, de que era inútil toda reflexion con Julian, mudaron de conversacion.

Ines tocaba la pandereta y cantaba que era lo que habia que oír.

— Ea, ea, Ines, le dijo Julian, á ver si sacas la pandereta y echamos todos aquí un corro para que no concluya la funcion con responso.

— Me duele un poco la cabeza, contestó Ines con una tristeza inusitada en ella.

Sonó el toque de oraciones en la iglesia parroquial, se levantaron todos, y rezaron las Ave-Marías, dirigidas por Lúcas, que con una mano se quitó la boina de la cabeza y con la otra la pipa de la boca.

— La luna sale tarde, dijo Juana, y el paso del arroyo está malo para mí, que ya voy perdiendo la vista (á fuerza de llorar, debió añadir). Con que, hijos, vámonos á casa ántes que cierre la noche.

Juana y sus hijos se despidieron de sus buenos vecinos y amigos, y tomaron cuesta abajo hácia el arroyo, precedidos de Machin, que iba loqueando y alborotando por los maizales.

Isabel se puso á recoger la mesa.

— Que te ayude tu hermana, le dijo su madre; pero ¿dónde está esa chica? añadió Mari, no viendo á Ines por allí.

Ines, la alegre, la loquilla, la vivaracha, la insensible Ines andaba por la parte opuesta de la casería, enjugándose los hermosos ojos con el cabo del delantalito. Cuando sintió venir á su padre con los bueyes, subió á encender el can-

V.

Grandes novedades, aunque hacia tiempo previstas y anunciadas, habia en Echezúri y Echegórri. Isabel é Ignacio se iban á casar, y Juana y Mari se desvivian para echar la casa por la ventana con tan fausta ocasion.

La casa de Echezúri justificaba siempre su nombre por dentro y por fuera, porque por fuera y por dentro era blanca, blanca como el alma de sus moradores. En Vizcaya, la gente de quien racionalmente más gusto y filosofía en punto á colores debiera esperarse, es la que peor gusto va echando. En un país cuyo suelo está casi perpétuamente verde, y donde el reflejo del sol es poco intenso, y donde la luz no lo es tanto como en las comarcas meridionales, nada más hermoso ni nada más conveniente que los colores blancos en los edificios; y sin embargo, se ha desarrollado aquí, entre las gentes que se tienen por de buen gusto, la manía de pintar los edificios de color de tierra, de vestirlos de medio-luto, como yo llamo á esos colores pardos y grises, con que se quita toda su esbeltez

y su hermosura á los edificios más suntuosos. ¿Dónde hay color que más hermosamente luzca en un edificio alzado en un paisaje accidentado y verde, como lo son los nuestros, que el blanco immaculado, amado instintivamente por nuestro buen pueblo, sin duda porque armoniza con la pureza de sus sentimientos y costumbres?

La casería de Echegórri acababa de renovar su traje blanco como la nieve, y donde Juana queria resumir todos sus primores y delicadezas maternas, era en la alcoba principal, cuarto espacioso y lleno de luz, que destinaba á los novios.

Por su parte, Mari no andaba ménos afanada en la preparacion del *arreo* de su hija y en los preparativos de la boda, que debia celebrarse en Echegórri. Tambien los albañiles habian tenido allí tarea. Despues de blanquear la casa interiormente, para lo cual no se ofreció dificultad ni discusion alguna, se discutió entre Lúcas y su mujer el color que se le habia de dar en lo exterior. Lúcas era hombre que se dejaba arrastrar sin oposicion ni exámen por la opinion del vulgo, y como veia que el vulgo de las aldeas blanqueaba sus casas por fuera como por dentro, no puso un instante en duda que su casa se debia blanquear como por dentro por fuera; pero como para él mil leguas ántes que la opinion del vulgo estaba la de su mujer, que en su concepto era la más sábia, la más discre-

ta y la más delicada del mundo, dió contraórden á los albañiles, mandándoles que pintasen exteriormente su casa de rojo bajo, envirtud de que su mujer habia formulado su opinion en los siguientes términos:

— Pues no faltaba más, que llamándose nuestra casa, desde que el mundo es mundo, Casa-roja, fuéramos ahora á desmentir su nombre corrigiendo la plana á los antiguos! No señor; que las cosas antiguas se han de respetar, conciliándolas en lo buenamente posible con las modernas. Ya que el rojo de clavel no es hoy de buen gusto, convirtámoslo en rojo de rosa, que se acerca más al blanco de azucena, que hoy se usa, y así respetarémos lo antiguo sin condenar lo bueno moderno.

Esta opinion pareció á Lúcas todo un tratado de filosofía, y la casa, cuya pintura antigua estaba tan deteriorada, que con dificultad se conocia haber sido un rojo rabioso, se pintó de color de rosa.

Así, pues, las casas que coronaban las dos colinas gemelas continuaron justificando sus nombres de Casa-blanca y Casa-roja, á los que correspondian los inmemoriales de Echezúri y Echegórri.

El gran dia llegó para Lúcas, que era aquel en que, con su hermosa pareja de bueyes, habia de conducir á Echezúri el arreo ó ajuar de su hija.

Este día debía ser el siguiente al de la firma del contrato de matrimonio, porque contrato ante escribano hubo, y era prudente y justo que le hubiera.

Antes de pasar adelante, hablemos algo de dinero ó cosa que lo valga. Pintores que pretendéis copiar fielmente la naturaleza, si en vuestros cuadros hay hombres ó algo que haga presentir su existencia, no os olvidéis de incluir una bolsa, aunque sea la de Júdas, entre los detalles de vuestros cuadros; porque si este detalle falta en ellos, vuestros cuadros serán escandalosa mentira.

Así Lúcas el de Echegórri, como Juana la de Echezúri, tenían casa propia y eran de los caseros más acomodados de la anteiglesia.

En las leyes de herencias y troncalidades que rigen en Vizcaya desde tiempo inmemorial, hay tres principios, ante los cuales hay que quitarse el sombrero en estos tiempos, en que la libertad se practica, digo, se boquea tanto: primero, el que protege la libertad del padre; segundo, el que protege la debilidad de la esposa; y tercero, el que protege la conservación del solar. El padre es libre de dejar sus bienes al hijo que más digno crea de ellos, y más apto para conservar próspera y honrada la herencia paterna, y la viuda, aunque no haya aportado nada al matrimonio, conserva durante su vida la mitad de los bienes de su marido.

Pero el padre que instituye su heredero á uno de sus hijos, ¿abandona, deshereda á los demas? No: la ley del fuero escrito le permite la eleccion de uno de sus hijos para sucederle; pero la ley del fuero consuetudinario, tan sagrada y obligatoria como aquélla, le obliga á la compensacion de los demas con el señalamiento de dotes, que el heredero ha de satisfacer á sus hermanos conforme vayan éstos casando, y en plazos que el padre señala y arregla prudentemente.

Si Ignacio, el hijo mayor de Juana, hubiese mostrado al hogar paterno el desapego que mostraba Julian, Julian, y no Ignacio, hubiera sido el heredero de la casería de Echezúri. ¡Ay de la casa paterna, ay de la tradicion de la familia donde el padre no tiene, como en Vizcaya, la libertad de testar, y más hoy, que han desaparecido las vinculaciones, con que en Castilla se procuraba suplir la libertad de testar de Vizcaya!

Lúcas y su mujer calculaban, por ejemplo, que sus bienes valian seis mil ducados; tenían cuatro hijos; instituian su heredero á uno de estos, y le imponian lo obligacion de dar mil ducados de dote á cada uno de sus hermanos, conforme se fueran casando. ¿Cómo el heredero habia de satisfacer cuatro mil ducados de bienes que sólo valian seis mil? ¿Cómo? Trabajando como habian trabajado sus padres para satisfacer tan sagrada deuda, casándose con una muchacha que le ayudase á satisfacerla con su dote

de mil ducados, y quizá utilizando la eventualidad de no tener que satisfacer la dote de alguno de sus hermanos, mediante el fallecimiento ó el celibato de éste.

Así es como en Vizcaya se perpetúan el solar y la tradición de la familia (1).

Lúcas y Mari daban mil ducados de dote á su hija Isabel, y en verdad, en verdad que Isabel hacia buen casamiento, áun no teniendo en cuenta las prendas personales del que iba á ser su marido, porque los bienes de Echezúri no valian ménos que los de Echegórri.

Ésta era una razon más para que á Mari todo la pareciera poco al preparar el arreo de su hija. En la anteiglesia no habia memoria de que muchacha de trenzas largas, saya colorada y callitos en las manos hubiese llevado á casa de su novio arreo más completo, más lucido, más hermoso, más rico que el que Isabel llevaba á casa del suyo. No sé, no sé cómo Mari no reventó de orgullo al enseñarle á aquella procesion de gentes que la víspera de la traslacion iba por Iturrilanda arriba para ver el arreo de Isabel!

(1) Este importante asunto y otros han sido tratados por el autor de este libro en una Memoria, que dió ocasion, en 1867, á importantes discusiones en una de las más sábias corporaciones de París, y que en 1870 se imprimió, por acuerdo de este Señorío, con el título de *Bosquejo de la organizacion social de Vizcaya*.

Sí, sí, era gran día para Lúcas aquél en que debía trasladar con su hermosa pareja de bueyes á Echezúri el arreo de su hija Isabel. Este día amaneció al fin, y era de ver á Lúcas acariciando, bruzando, engalanando á sus bueyes, para los cuales hasta frontales y penachos de seda había mandado hacer. El carro de Lúcas era grande, grande como un gabarron de Olabeaga, porque así lo requerían la magnitud y la fuerza de la pareja que tiraba de él; pero áun así, después de cargarle hasta más no poder, todavía quedaba arreo para cargar otros tres carros. Tan alta, tan alta subía la carga del de Lúcas, colocado en la portalada, que Mari pudo, desde el balcon de madera que daba sobre la puerta, coronar aquel hermoso promontorio con la simbólica y tradicional rueca, coronada á su vez con un *góru-chapel*, ó roquero, de raso azul, preciosamente laboreado con hilillo de oro.

La rueca que corona el arreo de los novios vascongados merece punto y aparte.

Simbólica la he llamado, y realmente como símbolo profundamente significativo, honrado y cristiano, se la pone sobre el arreo de la novia. Aquella rueca va diciendo á la doncella que va á trocar su condicion de vírgen por la no ménos santa y noble de esposa y madre: «El trabajo, la laboriosidad, el buen gobierno de la casa será de hoy más una de tus obligaciones más sagradas.» Y al mismo tiempo, aquella rueca dice al

mancebo, con quien la doncella se va á unir con vínculos santos y eternos: «La que va á ser tu compañera, no va á embellecer tu casa y tu vida sólo con las gracias de la juventud; va á embellecerlas con el trabajo y el buen gobierno, y por esta doble mision tienes el deber de amarla, protegerla y ayudarla.»

Esto dice la rueca que corona el arreo de la novia vascongada.

Ya todo estaba dispuesto para la solemne traslacion del arreo, que, cuando es pequeño, cuando sólo consiste en una modesta cama, en una arca de ropa y algunos objetos más, se verifica el mismo dia de la boda; pero que cuando es abundante y rico, como el de Isabel, se traslada el dia de la firma del contrato ó al siguiente de esta formalidad. Ya los cuatro carros estaban cargados, y se iban reuniendo en Echegórri novios, padres, hermanos, padrinos, parientes, vecinos y amigos.

Hermosa estaba Isabel con sus trenzas largas y rubias, rematadas en grandes lazos de seda azul como sus ojos, con su pañuelito de seda blanca y carmesí, que sólo la cubria la mitad de la cabeza y cruzaba blanda y airosamente los dos cabos sobre la raíz de las trenzas, con su saya de estameña fina, con su delantalito de fondo blanco y florecillas de diversos colores y con su pañuelo de crespon de color de rosa en la garganta; y no estaba Ignacio ménos hermoso y

gallardo con su boina encarnada, su pantalon de paño fino color de pasa, su ceñidor de seda encarnada, su chaleco de terciopelo azul bajo, su chaqueta de paño fino negro y su capa de paño fino azul.

El disparo de una docena de cohetes dió la señal de la partida. El carro de Lúcas iba el primero, dirigido por Lúcas mismo, seguíanle los otros tres, á éstos seguian media docena de muchachas, amigas y compañeras de Isabel; iban luégo los novios, enseguida las madres, tras éstas los padrinos, y tras los padrinos los parientes, vecinos y amigos.

Los carros del arreo *cantaban* como nunca, porque los cuatro carreteros les habian clavado *champones*, en los ejes de madera, para que ajustados así éstos, lanzáran aquel agudo chirrido que llaman canto nuestras candorosas gentes, y llena de inocente vanidad á nuestros carreteros.

No era necesario bajar á la plaza para ir los carros á Echezúri; bastaba bajar á Iturrilanda, costeando por el castañar los setos de las heredades de Echegórri, y subir desde Iturrilanda, costeando del mismo modo los setos de las de Echezúri; pero la costumbre y áun la inocente vanidad de Lúcas en lucir su pareja de bueyes, engalanada como nunca, exigian que los carros y su numeroso séquito bajáran á la plaza y recorrieran lo principal de la anteiglesia.

En Iturrilanda los recibió el tamboril, y con el tamboril la mitad de la gente de la aldea, que prorumpió en afectuosas aclamaciones.

Al pasar por delante de casa del señor Cura, el padrino, en nombre de los padres de los novios y de los novios mismos, subió á invitar al párroco á tomar parte en la comida, que esperaba á todos en Echezúri. El señor Cura agradeció la invitacion y se excusó de aceptarla.

Era ya muy despues de mediodia cuando los carros y su acompañamiento terminaron su marcha triunfal en Echezúri, lo que anunció una salva de cohetes.

Miéntras los carros se descargaban, Juana, en union de las cocineras y ayudantas de cocina que habia dejado en casa, disponia la comida.

La comida fué alegre como pocas, y tras ella vino un baile que armó la gente jóven y áun la madura, bajo los nogales y los castaños que sombreaban un campo abierto frente de la casería; y digo las maduras, porque aquí en ciertas solemnidades es costumbre bailar juntos los esposos ancianos, para evocar el dulce recuerdo de cuando eran novios, y quizá para significar que no han dejado de ser amantes.

Al toque de oraciones terminó el baile, y todos se separaron, quedando citados para la boda, que habia de ser el domingo siguiente, y se habia de celebrar en Echegórri.

VI.

La antevíspera de la boda tuvieron Isabel é Ignacio su última cita de novios, y no digo su última cita de enamorados, porque cita perpétua de enamorados es la vida de los que, como ellos, se casan amándose, y amándose pasan la vida.

El dia habia sido caloroso, pero la niebla que á la caída de la tarde coronó la cima de Jata y Sollube refrescó suave y deleitosamente la temperatura.

Cuando Ignacio y su hermano y algunos obreros se disponian á abandonar las heredades donde trabajaban, porque ya anochece, vió Ignacio que Isabel bajaba á Iturrilanda con la errada en la cabeza, y bajó á Iturrilanda tambien.

Otras muchachas y otros muchachos estaban ya en la fuente, y no fueron cortas las bromas que Isabel é Ignacio tuvieron que sufrir de ellas y ellos á propósito de su casamiento.

Quería Ignacio, y sin duda quería tambien Isabel, tener á solas la última cita de novios, y subieron juntos hácia Echegórrri. A mitad de la cuesta, en un rellanito donde era costumbre des-

cansar, y más las muchachas que subian de la fuente, porque allí tenían un ribacito cortado verticalmente donde posar la errada, se detuvieron Ignacio é Isabel, y ésta, con ayuda de Ignacio, posó la errada en el ribazo.

Era ya de noche cerrada, pero el plenilunio alumbraba hermosamente el relativamente dilatado paisaje que desde allí se descubria.

— Y ¿cómo está tu madre, Ignacio?

— Bien, contenta, resignada á dejar marchar á Julian.

— Pero ¿se marcha Julian pronto?

— El lunes.

— ¡El lunes!

— Sí, y ántes se hubiera ido si ántes nos hubiéramos casado, porque, en medio de lo descasado que es, quiere asistir á nuestra boda y tomar parte en la alegría que todos, y particularmente mi madre y la tuya, hemos de tener ese dia.

— Hace bien tu madre y haces bien tú en no contrariar más su empeño en ir á América. Si está de Dios que ha de ser feliz, lo mismo lo será allá que aquí. Quizá el mejor dia le veamos volver hecho un millonario.

— ¡Mucho lo dudo, Isabel!

— ¿Por qué? ¿No ves cuántos vuelven ricos?

— Sí, pero veo que por cada uno que vuelve rico ó pobre, van cien que ni siquiera pobres vuelven.

— Eso es verdad.

— El juego de la América es el juego de la lotería, con la diferencia de que jugando á la lotería sólo se expone el dinero, y jugando á la América, se expone la vida y áun el alma.

— ¿Cómo el alma, Ignacio?

— Yo te lo diré: entre los que vuelven de América, algunos hay que vuelven con el alma fresca, creyente y hermosa que llevaron; pero los más vuelven con el alma seca y agostada. Esto piensa y dice mi madre con mucha razon, y esto es lo que la hace ver con pena el viaje de Julian.

— Nosotros procuraremos consolarla y compensarla con nuestro cariño, de las penas que Julian le causa.

— Sí, la consolarémos con nuestro cariño y con nuestra felicidad; porque yo espero que hemos de ser felices y áun ricos.....

— Ricos serémos queriéndonos y teniendo, con nuestro trabajo, como nuestros padres, lo necesario para vivir.

— Es que yo, Isabel, dijo Ignacio sonriendo, soy más ambicioso que nuestros padres, y al decir que tengo esperanzas de que hemos de ser ricos, quiero decir que las tengo de encontrar las Indias en Vizcaya.....

— Y ¿cómo, Ignacio?

— Oye un cuento que he oido á mi madre. Un muchacho de Vizcaya fué á Méjico, y llevó

cartas de recomendacion para várias personas de allá. Enseñó á várias personas las cartas que llevaba, para informarse dónde vivían aquellos á quienes iban dirigidas; y como al oír el nombre escrito en el sobre de una de las cartas, todos exclamasen: «¡Oh, ése es un caballero muy sabio!», determinó visitar al sabio ántes que á los demas. El sabio le recibió muy bondadosamente, y despues de molerle á preguntas sobre lo que habia ó dejaba de haber en su pueblo, le preguntó con qué objeto habia hecho un viaje tan largo.

— Señor, le contestó el muchacho, maravillado de tal pregunta, ¿paraqué le he de haber hecho, sino para ver si me puedo hacer rico?

— ¿Para eso nada más?

— ¡Otra te pego! dijo para sí el muchacho. Sí, señor, para eso nada más. Y qué, ¿no es bastante?

— No, hombre, no. Para hacerte rico no necesitabas salir de tu pueblo.

— Pero, señor, ¿habla V. de véras?

— Tan de véras como lo es que desde que saliste de tu pueblo, todas las noches te quedas dormido llorando y pensando en él.

— Eso verdad es, dijo el muchacho admirado. Y ¿cómo lo sabe V., señor, si yo no se lo he dicho á nadie?

— Tengo encerrados en ese armario unos sabios que lo saben todo y todo me lo cuentan,

contestó el caballero, señalando á un armario lleno de libros.

— Pero..... vamos á ver, señor, ¿cómo es posible que uno se haga rico sin salir de mi pueblo, donde no hay más que arboledas que se caen de viejas, y peñas que por lo negras dan tristeza?

— Yo te lo diré : vuélvete á tu pueblo, entra en la cueva de Lagándara, y allí encontrarás muestras del oro y la plata que has de buscar y hallar en el mismo pueblo.

El muchacho, que por un lado estaba deseando volver á su pueblo, y por otro ya no dudaba de la sabiduría de aquel señor, supuesto que sabía lo que le pasaba todas las noches, cuando él creía que sólo Dios, él y la almohada lo sabían, se decidió á volverse inmediatamente á Vizcaya, y así se lo dijo al caballero, dándole las gracias por todo.

Sus padres, que desde que se marchó lloraban por él, y ya estaban pesarosos de haberle enviado á América, se alegraron y consolaron mucho al verle volver; pero los vecinos, que no tenían el mismo motivo que sus padres para aplaudir su vuelta, se burlaban de él y le tenían por holgazán y tonto.

Así que el muchacho descansó un poco de su viaje, se fué á la cueva de Lagándara, donde nunca se habia atrevido á entrar, porque se decía que allí habia una encantadora, llamada Tu-

dela, que se ponía furiosa y se vengaba terriblemente cuando se la gritaba :

Tudela, Tudela,
¡Maldita sea tu tierra!

Registró por todas partes el interior de la cueva, y no encontrando muestra alguna de oro ni de plata, y sí sólo un monton de carbon y otro de vena de fierro, se salió, despues de revolver inútilmente el carbon y la vena, á ver si encontraba allí algo de lo que el sabio mejicano le habia anunciado. «Volveré, dijo, trayendo un farol, con cuya luz puede que dé con las tales muestrecitas.» Cuando estaba ya fuera de la cueva, reparó en un pedazo de vena y otro de carbon que habia cogido, creyendo que relucian algo, ¡y se encontró con que el pedazo de carbon era plata, y el pedazo de vena era oro! Puedes figurarte cuánta sería su alegría. Volvió á entrar en la cueva, buscó y rebuscó en los dos montones, salió cargado de vena y carbon; pero cuando estuvo fuera, vió que no sacaba más que carbon y vena.

No hubo cueva ni barranco ni breña que no registrase, buscando los preciosos metales cuya muestra habia encontrado en la cueva de Lagándara, conforme le habia anunciado el sabio; pero nada encontró, por lo cual renegó del sabio, que sólo sabía profetizar á medias, y trató de buscarse de otro modo la vida.

Las rocas negras que abundaban en el pueblo eran hierro, y las arboledas que se caían de viejas eran carbon. Se metió, pues, á *ferron*, con algo que le dieron sus padres y con lo que le valieron el lingoncito de plata y el lingoncito de oro que encontró en la cueva de Lagándara, y labra que labra hierro en aquel valle, cuyo caudaloso río nunca había movido el mazo de una ferretería, á la vuelta de pocos años tenía más oro y plata que lo que trae el indiano más afortunado.

Cuando se hizo rico, quiso hacerse sabio, y se dedicó á adquirir toda clase de libros, y como leyese en uno de ellos, que hablaba de Vizcaya:

En sus montañas recata
Un riquísimo tesoro;
Tal es el carbon, que es plata,
Y tal el fierro, que es oro,

comprendió y bendijo la profunda sabiduría del caballero mejicano.

— ¿Sabes, Ignacio, que ese cuento dice más de lo que á primera vista parece?

— Este cuento, que es lástima no sea lección que mi hermano y otros aprovechen, es para mí lección que no he echado en saco roto.

— ¡Ja, ja! ¿Te vas á meter á *ferron*, como el del cuento?

— A *ferron* no; pero hay en Vizcaya muchas más cosas que el hierro y el carbon, que se pueden convertir en oro y plata.

— Déjate, Ignacio, de sueños y ambiciones,

y conténtate con ser lo que han sido nuestros padres y abuelos.

— Si Dios me ayuda con su proteccion y tú con tu cariño, sin dejar de ser lo que nuestros padres y abuelos, he de encontrar en el rinconcillo donde nací lo que mi hermano tal vez no encontrará en América.

— Mi cariño nunca te faltará, seamos pobres ó seamos ricos.

— Ya lo sé, Isabel, y por eso me considero el hombre más feliz de este mundo.

— Pues mira : si tu madre te ha contado un cuento que te mueve á subir, á mí me ha contado mi madre otro que quizá te mueva á no subir, para no tener que bajar.

— Recuerdo que cuando andábamos á la escuela, leíamos una fábula compuesta por un paisano nuestro, que decia :

Yo siempre por cierto tuve
Que en la humildad hay ventaja:
El que más baja más sube,
Y el que más sube más baja (1).

Pero, vamos, cuéntame el cuento de tu madre, como yo te he contado el de la mia.

— El cuento de mi madre no tiene gracia ninguna, ni pretende tenerla; pero tiene enseñan-

(1) *Fábulas de la educacion*, por D. Antonio de Trueba y D. Carlos de Pravia; un tomito, impreso en Madrid, hácia 1851.

za, que vale más que la gracia. Éste era un muchacho que soñando, como Julian, prosperidades y riquezas, y avergonzándose, como Julian, de gastar chaqueta y ser un pobre labrador como sus padres.....

— Te advierto, Isabel, que yo no he de soltar la chaqueta ni la azada, ni cuando trabaje para hacerme rico, ni despues que me lo haya hecho.

— ¡Bien, bien, Ignacio! dijo Isabel estrechando la mano de su novio; pero déjame continuar mi cuento. El muchacho de mi cuento trocó la chaqueta por la levita, y la azada por la pluma, y la compañía de labradores y artesanos por la compañía de comerciantes, abogados y esos que componen libros, que no sé cómo se llaman; pero como le faltaban alas para subir tanto, siempre andaba rodando por el suelo, lleno de inmundicia y lodo, por más que procuraba subir muy alto y mantenerse lucido y limpio. Así pasó años y años, cada vez con más estrechez y angustia, y sin dormir tranquilo ni siquiera una noche. Un domingo por la tarde se fué á distraer sus tristezas paseándose por el campo, y viendo allí merendar bajo los árboles, con sus familias y amigos, limpia y decentemente vestidos y alegres y dichosos, á todos aquellos pobres labradores y artesanos á quienes el dia de labor veia en las heredades y los talleres trabajando y cantando, tomó una resolucion definitiva con la que aquella noche durmió tranquilo por primera vez

desde que habia trocado la chaqueta por la levita. A la mañana siguiente, que era lunes, se levantó al amanecer, en vez de levantarse á las nueve ó las diez, como acostumbraba, cortó á la levita los faldones, convirtiéndola en chaqueta, fué á reunirse con una porcion de jornaleros, que esperaban á que diesen las seis para ponerse á cavar en unas viñas, cavó como ellos, como ellos ganó un corto jornal, como ellos pasó la noche en un sueño, como ellos fué arreglando sus gastos á sus ganancias, como ellos fué echando callos en las manos y como ellos fué echando alegría en el alma. Este es el cuento, sin gracia, pero no sin enseñanza, que cuenta mi madre. Con que, Ignacio, échale en el saco donde has echado el que cuenta la tuya.

— En ese saco, que no es saco roto, le echaré tambien, contestó Ignacio.

Yo, como celoso editor de la obra, altamente ejemplar, de Isabel, ó mejor dicho de su madre, debo ilustrarla con algunos escolios, porque en las obras destinadas á enseñar y moralizar hay que andar con mucho cuidado para que el oropel no se confunda con el oro.

Al más íntimo y querido de mis amigos le pasó en Madrid algo parecidísimo á lo del héroe del cuento de Isabel; pero mi pobre amigo pagó aun más cruelmente que aquél la falta de haber desdeñado y arrojado la azada; porque cuando la volvió á empuñar, le hizo tan dolorosas llagas

en las manos, que hubo de arrojarla de nuevo y pegar á su levita los faldones que le habia cortado.

¡Ay! yo recuerdo que una tarde de Octubre del año 1859, volviendo, al cabo de veinte años de ausencia, al valle natal, alcé la vista á la cima del pico Cinto, adonde no me habia atrevido á subir á pesar de haberme criado al pié de aquel pico; y ambicionando descubrir mares y tierras, entré en tentaciones de subir á aquella altura. Subí con facilidad; pero al bajar estuve cien veces á punto de despeñarme, y sólo bajé arrastrándome, magullado y cubierto mi cuerpo de sangre y lodo.

¡Cómo no recordé en 1859 que en 1851 habia dicho, nuevo diablo predicador, que

El que más baja más sube,
Y el que más sube más baja!

Casi así terminó la última cita de novios de Isabel é Ignacio. Poco poética, poco novelesca, poco ideal parecerá á los que saben que Vizcaya es España, y España es la tierra más meridional de Europa; pero recuerden éstos que Vizcaya es la tierra más septentrional de España. En estas comarcas septentrionales el amor no es, como en los meridionales, la cerveza que se desborda de la botella estrepitosa y audaz apenas se aparta el corcho que la sujetaba; es el vino generoso que cuando se aparta el corcho

continúa apacible y tímido en la botella, contentándose con anunciarse con su suave perfume. No, no se expresa aquí el amor, como en las comarcas meridionales, con un raudal de apasionadas, brillantes, ardientes é hiperbólicas frases; es silencioso, es puro, es tímido, es modesto como la violeta de nuestros valles y montañas: un suspiro casi imperceptible que se escapa de los labios, una lágrima que asoma en los ojos, una mano que busca tímidamente otra mano, y un dulce diminutivo que escucha complacida la gramática vascongada, son la nota más expresiva y sonora del cántico de amor y de esperanza que se agita en nuestros corazones septentrionales.

Isabel, con ayuda de Ignacio, tomó nuevamente la errada en la cabeza, y ambos continuaron juntos hasta dar vista al bosquecillo de frutales de Echegórri. Allí se estrecharon la callosa mano, y cambiando un dulcísimo *maitechúa*, que no tiene traducción en la lengua castellana, se separaron, y mientras Isabel seguía hacia su casa, Ignacio descendía cantando al vallecito de Errecá.



Ignacio lee á su madre y su mujer la carta de Miguel.

VII.

El domingo, al salir el sol, la *boda* se reunió en Echegórri y tomó heredades abajo hácia Iturrilanda. Es inútil que describamos el orden que llevaba, porque era el mismo que llevaba el día del arreo, sin más variacion que la de ir Lucas acompañando á los novios en vez de ir guian- do el carro, y la de llevar Isabel é Ignacio cada uno un escapulario de la Vírgen de Begoña pen- diente de una ancha cinta de raso azul que sus madres les habian puesto al cuello.

A pesar de ser tan temprano, muchas gentes estaban ya apostadas para ver pasar la boda en Iturrilanda y en la plaza, con cuyo nombre se designa en nuestras aldeas el campo contiguo á la iglesia parroquial.

— ¡Qué hermosos están! exclamaban todos viendo á los novios, y particularmente viendo á Isabel, que inclinaba la vista al suelo, no atre- viéndose á afrontar las miradas de la muche- dumbre, á pesar de que tan benévolas y amigas eran todas aquellas miradas.

Ciertamente que estaba hermosa Isabel, no

tanto por su traje y la hermosura que Dios le dió, como por el santo carmin del pudor y la felicidad que hermoseaba su cara.

Yo era uno de los que la vieron entrar en la iglesia, y poco despues, miéntras se confesaba con el anciano que la habia bautizado é iba á santificar poco despues el único amor de su vida, pensando en mi hija y en ella improvisé estos versos del *Libro de las montañas*, en que por aquel tiempo iba yo depositando las emociones fugitivas de mi corazon :

Anoche soñé, hija mia,
 Que Dios iba á colocar
 En tu frente inmaculada
 Una corona real,
 Y con la profunda pena
 Con que algunos años há
 Le pedí su santo amparo
 Viéndote, hija, agonizar,
 Dije : « ¡No le des, Dios mio,
 Esa corona fatal;
 Dale por vasallo un hombre,
 Dale por reino un hogar! »

Hora y media despues la boda tornaba á Echegórri, señalando su paso el disparo de los cohetes y el toque del tamboril que la precedia.

Muy alborozado y alegre debia ser el banquete, á juzgar por el ruido que se oyó allá arriba, hasta que hácia los postres subió á Echegórri el señor Cura para dar gracias á Dios por el alimento allí consumido, para felicitar á los novios y sus padres, y para añadir nuevos consejos á

los que habia dado á los primeros en el confesionario.

A la caída de la tarde, la boda atravesó el vallecito de Errecá, y se trasladó á Echezúri para dejar á Isabel instalada en la casa conyugal.

¡Para qué hemos de añadir nuevos difusos pormenores de lo que allí pasó! Bastará que no pasemos por alto el tierno y sencillo episodio de la *sabanilla*, que nunca he podido presenciar, en casos análogos á éste, sin que las lágrimas de ternura asomasen á mis ojos.

Sentados en la sala los novios, ó mejor dicho los nuevos esposos, y todos los que los acompañaban, Mari se levantó y trajo en un canastillito una *sabanilla* blanca como la nieve, primorosamente planchada y doblada.

La *sabanilla* es un pañuelo de lienzo fino, que en estas provincias usan por tocado las mujeres casadas, así como las solteras usan pañuelo de colores.

¿Qué significa la *sabanilla* blanca? Significa, sin duda, la pureza inmaculada que la mujer está más que nunca obligada á guardar desde que ante Dios ha jurado guardarla.

Isabel y su madrina se levantaron de su asiento, tomando de la mano la segunda á la primera, y se adelantaron á mitad de la sala. Allí Mari dió el canastillo á la madrina, quitó á Isabel el pañuelito de la cabeza, le sustituyó con la *sabanilla*, besó á su hija en la frente y dijo:

— ¡Hija de mi alma, conserva la tuya blanca como la sabanilla que te he puesto!

Todos, é Isabel la primera, prorumpieron en llanto de ternura y alegría. Ignacio se levantó á su vez y besó la frente de su mujer. En seguida le imitó Juana, y tomando de la mano á Isabel, seguida de todos los demas, la condujo á la puerta de la alcoba conyugal, que ya estaba hermosamente dispuesta, y le dijo:

— ¡Hija mia, en esta alcoba ves un lecho y una pila de agua bendita, y es porque á la par es alcoba y templo. Honra y ama en ella á tu marido, como yo procuré amar y honrar al mio. Esta alcoba y esta casa y estos corazones son tuyos, hija mia.

Dicho esto, Juana empujó suavemente á Isabel á la alcoba, cerró la puerta de ésta, y todos volvieron á sentarse. Poco despues salió Isabel, ya despojada de sus galas extraordinarias y vestida con el modesto traje casero, y acompañada de su nueva madre, fué á disponer la merienda.

Cuando terminó la merienda, el sol se habia escondido ya tras de los montes cónicos de la costa de Poniente, y á corto rato sonó el toque de oraciones en la iglesia de Santa María. Rezáronlas todos, y en seguida todos, incluso Lucas, su mujer y sus hijos, se alejaron de Echezúri, con la vulgar pero expresiva salutacion de «¡Dios los haga buenos casados!»

Los trigos amarilleaban y florecian las boro-

nas; los trigos reclamando la hoz para la siega, y las boronas reclamando la azada para la resalla, que salla y resalla se llama aquí á lo que en otras partes escarda y rescarda.

Al salir el sol el dia que siguió al de la boda de Isabel é Ignacio, ya estaban éstos, acompañados de algunos jornaleros y jornaleras, sallando en una pieza de borona.

—¿Dónde anda el holgazan de Julian? preguntó á Ignacio uno de los jornaleros.

—Julian, contestó Ignacio, ha bajado á misa, porque ha dicho que quiere oirla por si es la última que oye en la iglesia donde le hicieron cristiano, y luégo va de despedidas, pues se marcha esta tarde á Bilbao para embarcarse mañana.

—¡Cómo estará la pobre de su madre!

—No, ya está resignada.....

—¿Pero muy triste?

—Triste sí; pero se ha consolado mucho viendo que Julian estaba resuelto á no marchar por ahora si el barco salia ántes de nuestro casamiento, y sobre todo viendo las pruebas de buen cristiano que Julian está dando ántes de partir.

—Vamos, más vale así; porque tu madre, sin ser ninguna beatona, es tan como Dios manda, que si uno de sus hijos despuntára por eso que ahora llaman despreocupacion, se moria de pena.

—¡Bien seguro es!

Al rededor de mediodia se vió á Julian su-

bir de Iturrilanda hácia casa, y poco despues salir de ésta y atravesar la cañada de Errecá hácia Echegórri.

Iba á despedirse de los de Echegórri, porque pensaba partir con su hermano para Bilbao despues de comer.

Los de Echegórri estaban segando trigo en una heredad cerca de casa, y allí se despidió de ellos Julian.

Todos lloraban, y particularmente Mari y su hija Ines, hácia la que la primera dirigia unas miradas tan tristes, que parecian indicar que existia en el corazon de la buena madre algun doloroso secreto que sólo Dios, ella y su hija sabian.

Julian era el único que permanecia con los ojos enjutos. Fué abrazando á todos; pero como al echar el brazo á la espalda de Ines, ésta le dijese por lo bajo «que escribas», y notase en la pobre niña un dolor tan hondo que le causó espanto, sus ojos reventaron en copiosas lágrimas, y ¡sabe Dios si como una ráfaga de luz pasó por primera vez por su imaginacion la imágen de una dulce, santa y modesta felicidad en el rincón de la tierra nativa, semejante á la que esperaba á su hermano!

Despues de mediodia se oyeron llores de mujeres en el interior de la casería de Echezúri, y un momento despues Julian é Ignacio salieron de la casería para tomar la cuesta de Iturrilanda.

Julian lloraba y volvía la cara hácia una ventana donde su madre é Isabel lloraban tambien.

—Adios, hijo de mi alma, gritó la desconsolada madre, con un dolor que la lengua humana no puede explicar, en el momento en que Julian se iba á perder de vista, comenzando á bajar la cuesta. ¡Santa Vírgen de Begoña, ampárale donde quiera que vaya y devuélmele tan hermoso y tan cristiano y bueno como se aleja de mí!

Julian, al oír este grito y al ver que iba á perder de vista la casa nativa, dió un paso atras como resuelto á quedarse en Echezúri; pero sin duda el espíritu infernal que induce al adolescente al crimen de mirar con hastío el hogar paterno, pasó por delante de sus ojos deslumbrándolos con aquellos dorados fantasmas de riqueza y felicidad que tanto le habian perseguido; y Julian, murmurando «¡ya es tarde!», desapareció, descendiendo hácia el castañar de Iturilanda.

VIII.

Hasta media docena de hombres, cada cual con su hacha al hombro y su pipa en la boca, atravesaron poco despues de anochecer la plaza de Loreaga, se descubrieron la cabeza y se santiguaron al pasar por frente de la iglesia, y tomaron la estrada de Iturrilanda.

El de más edad de todos no dejaba meter baza á los demas, contando las heroicidades que el domingo anterior habia hecho su pareja de bueyes en la feria mensual de Basurto, en la anteiglesia de Abando.

Contaba con un entusiasmo loco que más de veinte parejas de las mejores de Vizcaya habian quedado medio estropeadas tirando de la piedra grande, sin poder ninguna de ellas subir la cuesta con la piedra; que como él contemplase sonriendo aquellos vanos esfuerzos, Pamparroya (el fanfarron), el de Zamudio, que era uno de los que más mortificados se veian por no alcanzar el triunfo, se quemó, atribuyendo á compasion y burla su sonrisa, y le dijo que le apostaba una onza á que su pareja no arrastraba tampoco la piedra grande por la cuesta; que aceptó la apuesta, engancho la pareja á la piedra, y sin más que

un ¡*Aurrerá, chiquiñac! ¡Arrrrrayuá!* (1) su pareja plantó la piedra en lo último de la cuesta; que toda la feria se hundió á *chálos* (aplausos) al ver aquello, y que él, cuando Pamparroya fué á darle la onza, la rehusó diciéndole: «No quiero tomarla, porque sería poco ménos que robada, habiéndome costado el ganarla tan poco como habeis visto. Me contento con que pagues media azumbre por barba para todos los que han tratado de arrastrar hoy la piedra.»

—Si aquella tarde, añadía el buen hombre, pido ochenta doblones por mi pareja, hay quien me los da como si pido ochenta cuartos.

—Pues ¿qué quiere usted que le diga, padre? pudo decir al fin uno de los que le escuchaban; yo estoy á matar con esas apuestas, que sólo sirven para estropear á los pobres animales.

—¡Qué sabeis vosotros, los jóvenes del dia, de estas cosas! Los animales se estropearán cuando son flojos, pero no cuando son una pareja tan valiente como la mia.

—Ya; pero como todas no son como la de usted, y todos quieren que su pareja arrastre la piedra que la de usted arrastra.....

—Eso, eso sí que es una barbaridad; estamos del todo conformes. Yerno mio eres, que es como quien dice hijo, y como si fueras hijo mio te quiero; pero te aseguro que te rompía el acú-

(1) ¡*Adelante, chiquitos! ¡Rrrrayo!*

lu (aijada) en las costillas si viera que te empeñabas en que tu pareja, que es buena, pero que con la mia no admite comparacion, habia de arrastrar las piedras que arrastra la mia.

Esta conversacion se interrumpió con la llegada de los que la llevaban á Iturrilanda. Ya hemos visto que entre aquellos hombres iban Lucas el de Echegórri y su yerno Ignacio el de Echezúri.

—Refresquemos y descansenemos aquí un poco, dijo Lucas, clavando el hacha en el tronco de un castaño, en lo que le imitaron los demas, ménos Ignacio, ántes de ir á sentarse en el ribacito de junto á la fuente.

—Vea usted, dijo Ignacio señalando á las hachas, otra cosa que desapruedo, aunque no con tanta compasion como las pruebas de fuerza de las parejas de bueyes.

—Tú estás hecho hoy un catedrático Reparos, exclamó Lucas. ¿Pues no es mejor hincar ahí el hacha que no dejarla en el suelo á pique de que se *muesque* con una piedra ó le lleve á uno un dedo del pié?

—No, señor, porque por esas cortaduras, que apénas hay árbol que no tenga con la pícara costumbre de hacer lo que ustedes han hecho, se desávan los árboles, que es lo mismo que desangrarse, y tarde ó nunca curan de la herida que sin necesidad se les hace.

—Tienes razon, hombre, tienes razon. Ésa

es una de las muchas cosas que uno hace por costumbre, sin caer en la cuenta de que tal costumbre es mala. Amigo, hay que convenir en que los mozos de ahora, en esto de cavilar, nos llevan mucha ventaja á los antiguos. Y si no dígallo lo que á tí te ha ocurrido hacer con el robledal de Ibay-celaya, que te va á dar un dineral, cuando á tu abuelo y áun á tu padre no se les habia ocurrido nunca que se pudiera sacar de él más utilidad que la de alguna madera de pascua en San Juan y algunos cientos de cargas de carbon cada ocho ó nueve años. Este yerno mio, añadió Lucas con todo el inocente orgullo que en él cabia, se ha empeñado en ser indiano sin salir de Vizcaya, y voto á brios que se va á salir con la suya.

—Ya que hablais de indianos, dijo otro de los labradores, dirigiéndose á Ignacio, ¿qué noticias teneis de Julian?

—Buenas eran, á Dios gracias, las últimas que recibimos.

—¿Hacia dónde anda?

—En Buenos-Aires está, colocado en un almacén de unos italianos.

Ignacio, que, como suele decirse, con un ojo miraba al plato y con otro á las tajadas, distinguió en aquel instante al trasluz, en lo último de la cuesta de Echezúri, una mujer en cuyo contorno reconoció á Isabel.

Si le quedaba duda de que lo fuera, inmedia-

tamente salió de ella, pues Isabel le llamó.

— Allá voy, mujer, le contestó; que estamos echando una pipada.

— ¡Mal haya el tabacazo! No, mi padre y tú buenos dos os habeis juntado para eso!

— ¡Si voy ahí, murmuradorcilla! dijo Lucas cariñosamente.

— Anda, hombre, continuó Isabel, que hay carta de Julian, y madre y yo estamos rabian-do porque nos la leas.

— Pues allá voy en seguida.

— Oye, señor yerno, dijo Lucas: ¿qué novedad es ésa, que leyendo tu mujer como una co-torra, necesitan ella y tu madre que tú vayas á casa para saber lo que dicen las cartas que van ántes que tú?

— Es que....., contestó Ignacio con algun embarazo, es que Julian ha echado una letra tan endemoniada, que Isabel, como está ménos acostumbrada que yo á la lectura, no entiende jota de ella.

— Entónces haz cuenta que no he dicho nada. Yo lo decia porque entre marido y mujer no debe haber nunca secretos.

— Ni los hay ni los habrá nunca entre mi mujer y yo.

Ignacio se levantó y todos le imitaron.

— Ea, con que buenas noches y hasta mañana que me parecee hemos de dejar blanco el resto del arbolar.

— Buenas noches, contestaron todos, y cada cual tomó el camino de su casa.

— ¡Ah! se me olvidaba, dijo Ignacio al emprender la cuesta de Echezúri, volviéndose hácia Lúcas, que emprendia la de Echegórri; diga V. en casa que hay carta de Julian, y por la mañana irá por allá Isabel á enterar á todos de las noticias del indiano.

— De seguro que mi Ines no duerme esta noche con tal novedad. ¡Chica más enjulianada que aquélla....!

Al llegar Ignacio á la portalada de su casa se detuvo sonriendo y embelesado para escuchar una inocente cancion infantil, inspiracion, sin duda, de la musa maternal; muy fecunda en nuestras montañas, que entonaba su madre. La dulce cancion que entonaba Juana era ésta:

I.

Hay en Pagazárri
 Dos cuevas muy hondas,
 Llenitas de brujas
 Y de encantadoras,
 Que á salir no atreven
 Desde que en Begoña
 La Virgen María
 Tiene casa hermosa.
Nère maitechúa,
Oba....., oba....., oba.....!

II.

Nère maitechúa,
Oba, oba, oba,
 Que dos madrecitas
 Dulces y amorosas,

Te guarden de brujas
 Y de encantadoras,
Amáchu en *echia*,
Virgiñá en Begoña!
Nère maitechúa,
Oba, oba, oba..... (1).

Esta canción tenía para Ignacio encantos indecibles, porque la cantaba su madre, porque arrullaba á su hijo y porque era aquella con que su madre habia arrullado el sueño de su niñez. Del éxtasis con que la escuchaba parado en la portalada, que no es el portal de la casa, sino el espacio que precede á la puerta, vino á sacarle Isabel, que asomándose á la ventana y viéndole allí parado, le dijo, sonriendo cariñosamente:

— ¿Qué haces ahí, bobo de Coria?

— Descansando de la cuesta, contestó Ignacio, también sonriendo, como si quisiera decir: «Descansando de la cuesta de la vida, que sería insoportable si no hubiera estos plácidos descansaderos del corazón y la familia.»

(1) Esta canción bilingüe la recogí en Basáuri, de boca de una mujer llamada María de Gely, que la cantaba adurmiendo á un niño. La frase *nère maitechúa* equivale á «queridito mio», aunque en vascuence tiene una ternura que es imposible reproducir en castellano. *Amáchu* es madrequita, *Virgiñá* la Virgen, y *echia* la casa. En cuanto á *oba*, sólo sé que es voz que, como *lo, lo* (sueño), se emplea repetida para adormir á los niños. *Paqzarrí* es una gran montaña que domina á Bilbao por el mediodía, y el santuario de Begoña está en la vertiente meridional de la montaña opuesta.

El arrullo de Juana habia cesado cuando Ignacio subió, y era que el hermoso niño sonrosado y rubio que tenía en la falda, y se preparaba á colocar blandamente en la cunita que estaba delante de ella, se habia quedado ya dormido como sonriendo.

Ignacio contempló al niño embelesado, y como lo quisiese besar,

— Quita de ahí, loco, que me le vas á despertar, le dijo Isabel, apartándole suavemente.

Juana colocó al niño en la cuna, alabándose de que ella le adormia y acallaba mejor que su madre, porque las jóvenes del dia no entendian de aquellas cosas como las ancianas, y corrió á buscar la carta de Julian, que besó conmovida antes de dársela á Ignacio.

¿Qué misterio habia en esperar á Ignacio para leer las cartas de Julian, con tanta impaciencia aguardadas, cuando Isabel, segun la expresion de Lucas, leia como una cotorra?

Le habia, y hay que explicarlo aquí.

Ignacio notó que las cartas de Julian cada vez dejaban más profundo desconsuelo en el corazon de su madre, porque en ellas habia una sequedad de corazon cada vez mayor cuando Julian hablaba de ciertas cosas, como, por ejemplo, de las religiosas, y se decidió á evitar aquel desconsuelo á su madre.

Como no tenía secretos para su mujer, consultó con Isabel este importante asunto y le dijo:

— Mira, yo insistiré con Julian, siempre que le escriba, en que deje ese tono irónico y frío que tanto desconsuela á madre, y entre tanto alega tú que Julian escribe tan deprisa, que no entiendes una palabra de su letra. Así yo seré siempre el que lea las cartas de Julian, y las leeré callando lo que deba callar, modificando lo que deba modificar y aumentando lo que deba aumentarse.

Isabel, que no tenía pelo de tonta, y adivinaba con el corazon lo poco que no podia adivinar con la inteligencia, no necesitó más que esto para coadyuvar á la piadosa superchería de su marido.

Hay un refran que dice que una mentira bien compuesta mucho vale y poco cuesta. No soy yo de los que tienen á los refranes por evangelios chiquitos, porque muchos de ellos mienten bellacamente; pero convengo en que este refran algunas veces, no todas, es verdad.

Ignacio abrió la carta de su hermano, y despues de encarecer la revesada letra que Julian iba echando, leyó con frecuentes tartamudeos y vacilaciones, que atribuia, por supuesto, á la pícara letra, aunque ésta, de seguro, no hubiera hecho enarbolar la palmeta á Iturzaeta ni á Torío.

« Querida madre y hermanos: Aunque sea á escape y con una letra que trabajo le ha de costar á Ignacio el descifrarla, porque estoy ocupadísi-

mo, no quiero dejar pasar el correo sin escribirles á VV.

» A Dios gracias y á la Virgen de Begoña, cuyo escapulario, que me puso madre al cuello, llevo conmigo y beso siempre que me desnudo y me visto, gozo de excelente salud. Encomendadme madre y vosotros todos los dias á la Virgen para que siga protegiéndome en mi salud y en mi fortuna, á fin de que nos volvamos á reunir pronto en ese rinconcito del mundo, cuyo mérito no conocí hasta que me alejé de él, y no nos volvamos ya nunca á separar.

» Me ha hecho llorar de alegría el retrato de madre y los vuestros, y no me canso de contemplarlos y besarlos. ¡Qué lástima que no me hayas mandado tambien el del chiquitin y áun una vista de Echezúri y Echegórri, con todos ustedes delante de una y otra casería!

» Cuando tú, Ignacio, me escribas, mándame dentro de la carta, despues de besarle madre, tú, Isabel y hasta el chiquitin, uno de aquellos hermosos pensamientos dobles que Isabel tenía en su jardincito de Echegórri, que supongo cuidará ahora Ines con el mismo esmero que le cuidaba su hermana.

» Todos los dias al anochecer, cuando rezo las Ave-Marías, paseo la vista del corazon desde Echezúri á Echegórri, y desde allí á Iturrilanda, y me parece que las campanas de una iglesia que hay en la calle donde vivo, y en la que oigo

misa los días de fiesta, y los de labor que puedo, son las campanas de Santa María de Loreaga.

» No tengo tiempo para más. Á todos, empezando por madre y concluyendo por Machin..... (Machin, que estaba presente á la lectura escuchando con mucha atención, dió un salto de alegría y agradecimiento); á todos los abrazo con el corazón y el alma. Lo mismo digo de los de Echegórri, donde empiezo por Ines y concluyo no sé si por la pareja de Lucas ó por Lorá. (Aquí Machin dió otro salto de alegría oyendo nombrar á su amigota.)

» Al señor Cura le beso la mano con humildad y cariño, y le ruego que me encomiende á la Santísima Virgen.

» Que me escribas, Ignacio, todos los correos, porque no tengo mayor consuelo que saber de madre y vosotros, y pensar en Echazúri y Echegórri.»

La lectura de esta carta convirtió en un valle de lágrimas, pero de lágrimas de alegría, la salita de Echezúri. Llorona era Juana por naturaleza; pero aunque no lo fuese, no era extraño que entónces llorase á mares, porque la misma Isabel lloraba á rios, y hasta Ignacio lloraba á arroyos. ¡Habrá quien extrañe que Ignacio llorase siendo pura invención suya lo que leía; pero ha de saber que de seguro no hace llorar ni reir á nadie lo que no ha hecho llorar ó reir al que lo inventó!

Sí; todas aquellas dulces y santas fruslerías que Ignacio había leído eran obra de Ignacio y no de Julian. Así es que el llanto de Ignacio era de naturaleza muy diferente que el de su madre y aún que el de su mujer; el llanto de Ignacio no era de consuelo; era de dolor, porque la carta de Julian era aún más seca, más fría, más vulgar que las anteriores. Sólo había en ella algún calor y alguna emoción en lo tocante á su madre, á Ines y á la tierra natal. ¡Pero en cuanto á lo demas..... olvido, hielo, indiferencia ó ironía!

Pero no quería Ignacio que su madre clamase, como Tobías: «¡Ay, ay, hijo mio! ¿para qué te hemos enviado á lejanas tierras?»

IX.

El hombre, ha dicho el santo Job, ha nacido para el trabajo, como el ave para volar. No consumia á Ignacio la ambicion de riquezas; pero nacido y criado, digámoslo así, en la atmósfera del trabajo, era el trabajo en él tan natural como el vuelo en el ave. Y luégo sabía que tenía el deber de imitar á sus abuelos y su padre, que con el trabajo habian ido acrecentando la casería de Echezúri, que, sin ser rica, habia llegado á ser, y era, una de las mejores de la anteiglesia. Este hábito y este deber eran lo que movia á Ignacio, en el rinconcillo natal, á buscar lo que su hermano habia ido á buscar y quizá no encontraria en América.

¿De dónde venian Ignacio y sus vecinos con el hacha al hombro? Algo hemos traslucido en su conversacion; pero debemos ser más explícitos.

Los bosques, las arboledas, eran antiguamente en Vizcaya la propiedad más lucrativa, porque producian carbon, y el carbon era indispensable para la elaboracion del hierro, que consti-

tuia casi toda la industria y la riqueza de este país. Pero esta industria cesó, ó al ménos se modificó; el carbon vegetal perdió casi toda su importancia y por consecuencia las arboledas dejaron de ser la propiedad más lucrativa de Vizcaya.

Los cereales que hasta mediados del siglo pasado producía Vizcaya no bastaban para el consumo de una cuarta parte de los habitantes; en primer lugar, porque las tierras llanas son aquí pocas; en segundo, porque casi todas estas tierras estaban ocupadas por arboledas; y, en tercero, porque se creía más lucrativa la industria ferrera que la agrícola; pero la industria ferrera decayó porque no pudo competir con la extranjera, que había adoptado métodos que aquí no existían y era muy difícil introducir; y empezó á sustituirla la agrícola, á cuyo efecto los bosques altos y bajos empezaron á trasformarse en tierras de pan llevar.

Á fines del siglo pasado se cogían aproximadamente en Vizcaya trescientas mil fanegas de maíz, doscientas mil de trigo, veinte mil de alubias y otras legumbres, y doscientas mil cántaras de vino. Hoy se cogen, también aproximadamente, un millon de fanegas de maíz, seiscientas mil de trigo, sesenta mil de legumbres y cuatrocientas mil cántaras de vino; con lo cual Vizcaya se ha librado del eterno cuidado que asediaba antiguamente á su gobierno, que

era el de que no faltasen mantenimientos á los habitantes del Señorío, que cuentan hoy, además, con otra multitud de recursos, entre ellos los que les proporcionan trescientas mil cabezas de ganado, casi todo el mayor.

La agricultura exige en Vizcaya cuidado y trabajo, no diré que no exije, pero sí que no se emplea en otras partes; merced á este trabajo, y tambien á la benignidad del clima que permite hasta la produccion de las naranjas y los limones, las tierras nunca están baldías, y aun por medio de la combinacion de cosechas dan tres cada dos años, y el trigo, que por término medio da en Castilla de ocho á doce fanegas por cada una que se siembra, en Vizcaya da de diez y seis á veinte; siendo un tercio más la produccion del maíz.

Todavía hay en los valles de Vizcaya terrenos llanos y ricos de *humus* ó mantillo vegetal, cubiertos de arboledas y de jaros ó seves, como aquí se llama al bosque tallar ó bajo, y estos terrenos acabarán muy pronto por dedicarse al cultivo de cereales, puesto que la produccion de carbones es ya de escasísimo lucro.

La casa de Echazúri poseia uno de estos terrenos: era el que ocupaba el robledal de Ibaycelaya, extensa llanura situada á la orilla del rio, como lo manifestaba su nombre.

Un dia Ignacio dijo sonriendo á su madre y su mujer:

— Mi hermano ha empezado ya á hacerse rico en América y yo debo empezar ya á hacerme rico en Vizcaya.

— ¿Y has pensado cómo vas á empezar? le preguntó Juana en el mismo tono chancero.

— Sí, madre.

— Veamos, veamos, dijeron Juana é Isabel con viva curiosidad.

— El robledal de Ibay-celaya casi nada nos produce, con lo despreciados que están los carbones.

— Cierto, contestó Juana.

— Pues bien, si á V. é Isabel no les parece mal, voy á convertir en dinero los árboles y la tierra que los árboles ocupan.

— ¡Qué lástima de árboles! exclamó Juana.

— ¡Son tan hermosos los árboles! añadió Isabel.

— También á mí me lo parecen, continuó Ignacio, y tanto, que cuando veo herir á un árbol me duele como si hirieran á una persona, porque no me puedo convencer de que los árboles no sienten; pero, si los árboles me parecen hermosos, me lo parecen aún más el trigo y la borona, que alegran y consuelan la casa donde entran.

— Eso verdad es, asintieron las dos mujeres.

— ¿Con que las parece á VV. bien que Ibay-celaya, en lugar de seguir dando sólo sombra, siga dando trigo y borona para mantener á media Loreaga?

— Sí, hijo, sí, contestó Juana la primera, y en el mismo sentido contestó Isabel.

— Pues bien, madre, prepare V. el halda para ir recogiendo las embozadas de duros que le voy á ir echando, á fin de que cuando V. se nos vaya deje reunidas las dotes de sus nietos, que me parece no van á bajar de una docenita.

— ¡Quítate de ahí, burlon, que tú siempre has de estar de broma! exclamó Isabel, dando un cariñoso empellon á su marido.

Al dia siguiente fué su marido á Bilbao y ajustó á buen precio, en una fábrica de curtidos, gran número de quintales de corteza de roble, y entre astilleros y tratantes en madera, algunos miles de magníficas piezas de roble para la construccion de buques y casas.

Cuando vimos á Ignacio y sus vecinos venir de hácia Ibay-celaya con las hachas al hombro, venian de la descorteza, que estaba ya terminando.

Pocos dias despues fué Ignacio á una fábrica de curtidos de Bilbao, y al volver dijo á su madre sonriendo:

— Madre, apare V. el delantal.

Y echó al delantal de su madre un puñadito de ochentines, que no sonaron mal al oido de la vieja ni al de la jóven, pues ambas se sonrieron.

Pasados algunos dias, una gran cuadrilla de carpinteros, con Ignacio á la cabeza, iba derribando el roble dal de Ibay-celaya y labrando las maderas derribadas, y otros hombres se

ocupaban en arrancar las cepas y despedazar éstas y la parte superior de los árboles para hacer carbon.

Cuando las maderas y el carbon se hubieron conducido á Bilbao, y la llanura de Ibay-celaya quedó completamente rasa y limpia, Ignacio fué á Bilbao, y al volver mandó á su madre aparar el delantal y le echó á él no sé cuántos puñados de onzas de oro, que hacian á Juana é Isabel, no ya sonreir, sino soltar la carcajada.

Una mañana, ántes de misa, estaban Lúcas y otros labradores en el pórtico de la iglesia, fumando y hablando de los trigos y las boronas y de las parejadas de bueyes. En cuanto á esta última conversacion, Lúcas no dejaba meter baza á nadie, porque él se lo hablaba todo, contando las valentías de su pareja, y refiriendo por milésima vez su victoriosa apuesta en el campo de Basurto con Pamparroya el de Zamudio.

Uno de los concurrentes, convencido de que el único medio que habia de hacer á Lúcas variar de conversacion, era hablarle de su yerno, dijo: — Hombre, Lúcas, sabes que desde que tu yerno se metió en eso de Ibay-celaya, Loreaga está de enhorabuena, porque, ya en uno, ya en otro, nunca falta allí el jornal al que quiere ganarle. ¿Qué demonio va á hacer ahora allí Ignacio, que ayer parece que ha estado todo el dia el *ágrío-mejor* (el agrimensor), echando cordel-les arriba y abajo?

— ¡Mira tú si yo lo sabré! Apuradamente él mi yerno, como dijo el otro, no mueve una paja sin contar conmigo ántes, porque sabe que le estimo como nadie. Es verdad que él todo se lo merece, porque, voto va brios, casamiento como el que *la* mi hija Isabel hizo.....! Bien es que ella, no porque yo lo diga, es una muchacha que.....

— Pero si no es eso lo que se pregunta, hombre, sino qué es lo que va á hacer Ignacio en aquella llanada.

— Tanto como eso no sé; pero yo creo que la va á cercabear.....

— ¿Para pastos?

— A punto fijo no lo sé, pero la tierra, voto á brios que es buena si las hay.

— Tierra negra es, segun se ha visto en el descepe.

— Estoy seguro que viene allí cada espiga de borona y cada mata de trigo que meté miedo. Pues no digo nada las patatas, el nabo y cuanto Dios crió.....

— La tierra, buena parece; es tierra de yezgo, y como dice el refran, tierra de yezgo no se la dés al yerno.

— Y sobre todo, es tierra negra.

— En eso no hay que fiarse. La *canta* dice:

Morenita debe ser
La tierra para claveles,
Y la mujer para el hombre
Morenita y con desdenes.

Pero como Ignacio no querrá para claveles aquella tierra.....

—Él nos lo dirá, que aquí le tenemos, dijo Lucas, viendo llegar á Ignacio, que bajaba á misa con Isabel, y despues de entrar ésta en la iglesia, se dirigió al grupo en que tan importante papel hacia su suegro.

—Oye, yerno, le dijo Lucas, aquí estábamos hablando de la llanada de Ibay-celaya, y hay quien cree que el que sea allí la tierra negra no quiere decir que sea buena.

—Si lo es ó no, lo hemos de ver pronto, contestó Ignacio. El que quiera esta semana ganar allí un buen jornal, no tiene más que ir desde mañana con azada ó caco ó legon.....

El último toque de misa sonó, y la conversacion se interrumpió para ponerse todos las chaquetas, que tenian sobre los hombros, y entrar en la iglesia.

X.

La llanada de Ibay-celaya quedó en pocas semanas cercada de una excelente cárcaba, con veinticinco barreras, que daban salida á la carretera, entre la cual y el rio se extendia aquella hermosa vega, y resguardada con un fuerte malecon por la parte del rio, para que éste no penetrara en las heredades ni comiese sus tierras.

Las discusiones de los labradores en el pórtico de la iglesia, en las heredades, en el mismo Ibay-celaya, en todas partes, versaban generalmente sobre si la tierra de Ibay-celaya era de primera, de segunda ó de tercera calidad.

El asunto era realmente importante para la anteiglesia, porque allí, como en todos los pueblos de Vizcaya, faltaban tierras para el cultivo y si como se suponía, Ignacio destinaba á la labranza aquella llanura, y la tierra era tan buena como lo son casi todas las de ribera, Loreaga se iba á enriquecer con cincuenta fanegas de tierra de primera calidad, pues esta cabida era la de la nueva vega, lo que suponía un aumento anual en la cosecha de más de mil fanegas de cerea-

les, sin contar otra porcion de menudencias, como la alubia y el haba menuda, que se siembran y cosechan simultáneamente, con el maíz la primera, y con el trigo la segunda.

La prueba de la bondad de la tierra de Ibaycelaya, que Ignacio habia dicho no se tardaria en ver, se hizo en efecto.

Ignacio habia dividido por medio de una honda zanja trasversal, destinada al desagüe y la division en veinticinco porciones ó suertes de dos fanegas de sembradura cada una, toda la cerrada, correspondiendo á cada una de estas porciones una de las barreras ó entradas. En medio de cada heredad hizo cavar y preparar un cuadrado de terreno y le sembró de maíz, entrecruzado de alubias y calabazas, y sin abono ninguno.

Las discusiones se renovaron sobre si la prueba sería ó no satisfactoria, opinando la generalidad que no podia serlo, puesto que ni siquiera un polvo de cal ó estiércol se le habia echado á la tierra como abono; pero los que así opinaban no tardaron en desengañarse, porque maíz y alubias vinieron con una lozanía soberbia.

Cuando el maíz espigó, los labradores de Loreaga no se cansaban de contemplarle y admirarle desde las barreras, porque cada pié de maíz tenía dos ó tres espigas como brazos de hombre.

— Con cuatro faneguitas de tierra como ésta,

bien labradas, decían, tiene una familia para pasarlo bien, aunque tenga media docena de chicos.

Ignacio dejó que siguieran haciéndoseles los dientes agua á sus convecinos con la bondad de la vega de Ibay-celaya, sin decir, apesar de su carácter comunicativo, ni á su mismo suegro lo que pensaba hacer con aquellas tierras. Lo único que hizo aquel invierno fué orlar de manzanos y otros frutales las veinticinco heredades.

Un domingo apareció en el pórtico de la iglesia de Santa María un edicto, que alborotó al vecindario. El edicto decía así:

«El domingo próximo, despues de la misa conventual, en el pórtico de esta iglesia de Santa María de Loreaga, se adjudicarán al mejor postor, en pública subasta y á voluntad de su dueño, las cincuenta fanegas de tierra de sembradura, divididas en suertes de dos fanegas cada una, de que consta la vega de Ibay-celaya, sita en esta anteiglesia, y propia de D. Ignacio de Echezúri, de esta vecindad. Las condiciones con que se hará esta venta extrajudicial serán las siguientes:

»1.^a No podrá adquirir una misma persona ó familia más de una suerte de tierra, ni tampoco podrá tomar parte en la subasta ningun vecino que posea en propiedad más de seis fanegas de tierra de pan llevar.

»2.^a Sólo serán admitidos á la licitacion los vecinos de esta anteiglesia.

» 3.^a El pago se hará en diez plazos, que comprenderá cada uno un año, venciendo el primero al año de la adjudicación.

» 4.^a La finca vendida se considera como hipoteca que responde del pago, y no podrá el que la haya adquirido enajenarla, empeñarla ni traspasarla hasta que haya satisfecho el último plazo.

» 5.^a y última. El minimum de la venta se fija en cuatro mil reales la suerte, y el maximum en ocho mil.»

Con parecidas condiciones á éstas se distribuyó, en el siglo pasado, entre los vecinos de Zarauz la preciosa vega de aquella villa, que era un inútil matorral, y ha hecho la felicidad del vecindario pobre, haciéndole propietario.

Llegado el día de la subasta, todas las suertes se adjudicaron por el maximum, y de seguro hubiera habido quien las pagase el doble si el pliego de condiciones no hubiese limitado las pujas.

— ¡Voto á brios, exclamó Lucas al ver aquel resultado, que este yerno mio de tan bueno como es, es tonto!

Ignacio lo oyó, y acercándose á él sonriendo, le preguntó:

— ¿Por qué dice V. eso, padre?

— Lo digo porque si fijas en una talega el maximum de cada suerte de tierra, veinticinco talegas como veinticinco soles te vale la veguita.

— Cierto es, padre; pero ¿y la talega de los pecados?

Lúcas reflexionó un momento, se dió una palmada en la frente y exclamó, yendo á dar un abrazo á su yerno:

— ¡Voto á brios Baco bali'lo, que tienes razon, hombre!

Ignacio recogió pocos dias despues los documentos de venta y crédito y al llegar á casa, dijo á su madre sonriendo:

— Madre, apare V. el delantal.

Aparóle Juana, y su hijo le echó en él aquellos documentos, diciéndole:

— Esos papeles valen diez mil duros, que recibirá V. en el espacio de diez años, á razon de mil cada uno. Largo es el plazo, añadió Ignacio dirigiéndose á Isabel, que daba el pecho á una preciosa niña de pocos meses y admiraba la paciencia con que Machin toleraba que el revoltoso niño le ensillase con un pañuelon de la abuela y le embridase con un ceñidor de papá, resuelto sin duda á cabalgar en seguida en él; largo es el plazo, pero más largo ha de ser aquel en que reclamen su dote nuestros doce sucesores.

— Si no estuviera ocupada con esta chuponcilla, no llevabas mal bofeton, dijo Isabel.

XI.

Las cartas de Julian escaseaban cada vez más, y esto, como es de suponer, causaba vivísimas inquietudes y tristezas á Juana. Más de una vez engañó y consoló Ignacio á su madre diciéndola que habia recibido noticias de él por este ó el otro indiano, que suponía acabar de llegar de Buenos-Aires, y hasta se cuenta que alguna vez inventó cartas de Julian, que leyó á su madre y ésta oyó con enternecimiento y consuelo indecibles.

Un dia, al bajar á misa, le dió el cartero una, que se apresuró á leer, siempre esperando que su hermano, siguiendo sus consejos, modificase el tono, el laconismo y la sequedad de sus cartas, que tanto hubieran desconsolado á su madre si ésta las hubiera conocido tales cuales eran.

Aquella carta era tan seca, tan vulgar, tan sin corazon como todas. Trasladémosla aquí para que sirva de muestra de las demas:

« Mi apreciable madre (apreciable nada más á una madre!) y hermanos: No les he escrito á ustedes ántes porque me parece cosa muy tonta

el andar con cartas cuando nada tiene uno que decir (¡no tener nada que decir un hijo á su madre!). Mis patronos me quieren mucho, porque dicen que la patria del hombre es todo el mundo y ven que yo no soy como otras personas que siempre están á vueltas con su tierra y con sus padres (¡hola, hola! ¡cosmopolita y todo!). Que no baje madre á comerse los santos cuando haga mal tiempo, porque, segun se dice, Dios está en todas partes, aunque yo no lo he visto en ninguna (¡pobre ciego!). Memorias á los de casa de Ines (de Ines, ¿eh? ¿y por qué no de Lucas?), y VV. dispongan de su hijo y hermano, que los verá, si Dios quiere, como ahí se dice (y ahí tambien), cuando sea rico (¡bien lo necesitas, pobre!).»

Tal era la carta de Julian.

Ignacio, al leérsela á su madre omitió en ella todo lo que sobraba y añadió todo lo que faltaba, con lo cual Juana lloró de alegría y consuelo.

Ya que tenemos muestra de las cartas que Julian escribia á su madre y hermanos, tengámosla tambien de las que Ignacio escribia á Julian.

La insulsa, zumbona y algo peor escrita, últimamente por éste, motivó la siguiente de Ignacio, que doy, purgada de algunos defectillos de ortografía y sintáxis, como hice con la de Julian, porque sólo con esta condicion me ha autorizado su autor á darla á luz:

«Mi querido hermano : He recibido tu carta, y si me ha causado alegría porque dice que estás bueno de salud, me ha causado tristeza porque dice tambien que estás malo de corazon, ó cuando ménos de entendimiento, que es lo que me parece más probable. Se la he leído á madre, falsificándola, como todas las tuyas, para no descorazonar y matar con tu frialdad, tus chanzas y tus impiedades á la que más te quiere en este mundo. Por Dios te vuelvo á rogar, querido hermano, que si realmente has perdido el tesoro de fe que de aquí llevaste, lo ocultes á la pobre madre, y si no le has perdido, como yo creo, no te diviertas con una ficcion que, ademas de ser una impiedad (una judiada dice el original), es una crueldad. Parece que te avergüenzas de tu origen, es decir, de tu patria y de tus padres, cuando dices que al contrario de nuestros paisanos, desdeñas el acordarte de una y otros. Entre los pocos libros que hay en casa, hay uno que trae este proverbio árabe, y te ruego me perdones el que te le cite, pues no es mi ánimo poner en duda tu talento, sino lamentar tu falta de reflexion y distraer un poco mi tristeza : « Sólo los mulos ocultan su origen. — ¿ Señor mulo, de dónde eres? — Allí pacen yeguas. — ¿ Y quién es tu padre? — El caballo es mi tio. »

» Pero dejemos todo esto, que á mí me da pena y temo que á tí tambien te la dé, y hablemos, querido hermano, de cosas más agrada-

bles. Madre está delicada, aunque la cuidamos y mimamos mucho, y para ella es gran consuelo el creer que eres bueno y dichoso, y el ver que Isabel y yo lo somos tambien; pero tu ausencia la mortifica, la inquieta y la desvela cada vez más. A todas horas y en todas partes te tiene en la memoria, en el corazon y en los labios, y en todo ve tu imágen. No hay en Loreaga criatura más mona, más graciosa y más viva que tu sobrino y ahijado Julianito, segun opinion de tu madre y abuela, de que tengo la honra de participar. Madre se empeña en que en todo va saliendo pintado á tí. Todos los chicos de la aldea que tienen ahora la edad que tú tenías cuando te marchaste, con tal que sean guapos, religiosos, trabajadores, listos, humildes, obedientes á sus padres y respetuosos con los ancianos, la hacen llorar al verlos, porque dice que son tu vivo retrato. Todos los sábados, como no haga muy mal tiempo, ha de hacer, hala, hala, su viajecito á Begoña para encomendarte á la Vírgen y pasar delante de ella una hora consolándose con hablarle de tí. En fin, si Isabel y yo no tuviéramos tanto gusto como ella en nombrarte y hablar de tí á todas horas, estaríamos ya cansados de su eterno juliano, porque de madre sí que se puede decir, como dice Lúcas de Ines, que está enjulianada. Si los frutales se cubren de flor y las arboledas de hoja, y los pájaros alegran con su canto, y el ambiente deleita con sus sua-

ves olores, la pobre madre exclama: «¡Ay si mi Julian estuviera en Echezúri, cuánto gozaria con esto!» Cuando maduran los albérechigos y los melocotones y las peras y las ciruelas en la huerta, y el moscatel del emparrado en la portalada, y la doradilla española en la viña vieja, y las manzanas y las avellanas en Errecá, y los higos en Munichúa, y las cerezas y las guindas y las nueces en Landacoeche, y las castañas en Iturrilanda, entónces tambien dice madre suspirando: «¡Mi pobre Julian, que tan aficionado era á la fruta!.....»

» Dejando ya á la pobre madre, que estoy seguro ha de consolarse en lo sucesivo oyendo leer tus cartas tales como tú las escribas, y no tales como hasta aquí he tenido yo que corregirlas, te diré que aquí, aunque no seamos indios, hacemos por parecerlo, y lo conseguimos un tanto cuanto. ¿Te acuerdas del cuento que contaba madre de las muestrecillas de oro y plata de la cueva de Lagándara? Yo he entrado en la cueva, he sacado las muestras, y con ellas he empezado á encontrar el oro y la plata consabidos. No creas, no, que me he metido á ferron, porque esta industria sigue tan decaida como tú la dejaste, tanto, que como el roble dal de Ibaycelaya no daba siquiera cobre, le he convertido en oro. Cuando vengas sabrás estas y otras cosas con todos sus pelos y señales. Tienes ya una sobrinilla tan *maja* como su hermano, su abuela

y su madre y áun su madrina, que lo es su tia Ines, la de Echegórri. Ya que he mentado á Ines, te diré que está una muchacha que trastorna la cabeza á los muchachos de Loreaga y áun á los de fuera, á pesar de que toda la ligereza y alegría que tenía cuando bajaba á la escuela contigo, se ha convertido en reflexion y tristeza. Te digo que hasta los mczos de fuera beben los vientos por ella, porque el hijo de Pamparroya el de Zamudio no deja la ida por la venida á Loreaga y áun á Echegórri. Ines no le hace caso; pero Pamparroya se ha alabado en la feria de Basurto de que, ó ha de quedar por embustero el refran que dice que á fuerza de balas de *onza* toda fortaleza se rinde, ó su hijo ha de rendir la fortaleza de Echegórri.»

» Recibe muchas memorias de todos, y particularmente del señor cura y el señor maestro, que me lo encargan siempre que me ven. Madre te envia, con un abrazo y un beso, estas hojitas de las rosas que tuvo la Vírgen de Loreaga el dia de su fiesta, y con ellas va un pensamiento que le dió Ines á Isabel para que te le enviáramos de su parte cuando escribiéramos. Isabel dice que te quiere mucho más cuanto más malo eres, porque cuanto más malo eres, más te agradece el que desdenáras un proyecto que le ocurrió á su madre la tarde que merendamos la torta del Córpus en Echegórri. Por último, te participo que Machin ha dado estos

dias una prueba de patriotismo que nos ha conmovido á todos profundamente. Vino por aquí un cortador de Vitoria á comprar bueyes cebones, y le vendí una pareja que reventaba de gorda. Machin, que se habia hecho tan amigo de los bueyes que dormia en su pesebre, cuando los vió partir se fué tras ellos, y así llegó á Vitoria. De repente se encontró sin sus amigos y empezó á dar aullidos tan tristes, que asustaba á la vecindad. El cortador que le habia tomado cariño, le recogió en su casa y le daba cuanta carne queria comer; pero el pobre Machin enflaquecia y no paraba de aullar y de querer escaparse de la casa..... El cortador le abrió la puerta y me escribió contándome lo que pasaba con el perro. Antes que la carta llegó Machin á Echezúri, tan desmejorado, que no le conoció su amiga Lorá. Creimos que se volvía loco de alegría al entrar en casa y vernos. A los ocho dias, con lo poco que se le da en casa y lo que caza fuera, se ha puesto que no cabe en el pellejo.»

» El papel se me acaba, y no quiero cansarte más, querido hermano, aunque mucho más quisiera decirte.»

Tal fué la larga carta con que Ignacio contestó á la lacónica é inconveniente de su hermano.

Ignacio no era ningun filósofo; pero, como hemos visto, no dejaba de haber filosofía en su carta. Habia aprendido lo poco que se podia

aprender en la escuela de Loreaga; y léjos de olvidarlo, habia procurado y procuraba aprender algo más en unos cuantos buenos libros que habia en un armario de su casa, y otros pocos que habia ido agregándoles. Una ventaja tenía Ignacio sobre muchos hombres para filosofar, y era que le sucedia lo que á su mujer: lo que no podia ver con la inteligencia, lo adivinaba con el corazon.

Creíase en Echezúri que Julian, segun costumbre, tardaria muchos meses en volver á escribir; pero, con agradable sorpresa de todos, se recibió carta suya á vuelta de correo. Un salto de alegría le dió el corazon á Ignacio, adivinando éste que el contenido de su última carta habia influido en aquella tan inusitada presteza de su hermano en escribir.

El presentimiento de Ignacio se vió en cierto modo confirmado por la carta de Julian; esta carta e a generalmente como todas las suyas, pero habia en ella algunos como chispazos de patriotismo, que hicieron creer á Ignacio que no se habia extinguido por completo esta virtud en el corazon de su hermano.

Dentro de la carta venía otra chiquita y abierta con sobre á Ines. Despues de leer la otra, leyó ésta Ignacio y dijo para sí con indecible alegría:

—Hola, hola, todav'a hay dos chispas de amor en el corazon de Julian. ¡Dios mio, aña-

dió alzando los ojos al cielo; que léjos de extinguirse estas dos chispas, se conviertan en hoguera!

La carta dirigida á Ines decia:

«Querida Ines: He recibido el pensamiento que me has enviado, y le he agradecido tanto, que no me canso de besarle, y te aseguro que al recibirle me ha pesado, por primera vez de mi vida, el no ser, como mi hermano, de la opinion de la lapa, que está por morir pegada á la roca donde nació. Yo tambien tengo pensamientos para tí; pero éstos no los verás hasta que Dios quiera que yo mismo te los lleve. ¡Quizá cuando eso suceda no te encuentre en Echegórrri.....! ¡Éste sí que es pensamiento negro y triste para tu amigo, ó mejor dicho, para tu hermano — JULIAN.»

Razon tenía Ignacio; esta carta, á pesar de sus puntas de ironía y sus ribetes retóricos un tanto nebulosos, no se habia escrito *en frio*.

XI.

Llovia, si Dios tenía qué, lo que, por desgracia, va siendo raro en Vizcaya conforme va desapareciendo el arbolado; y digo por desgracia, porque si en todas partes es necesaria el agua, aquí lo es más por la naturaleza del terreno. Lúcas aprovechaba la ocasion para enejar el carro en la tejavana del horno. Oyendo Ignacio desde casa los golpes que daba Lúcas, dijo á Isabel:

— Tu padre está carpinteando en casa, y voy á darle un rato de conversacion.

— Buena gana tengo yo de ir tambien por allá á ver qué le ha parecido á Ines la carta de Julian.

— Pues lo sabrás cuando yo vuelva.

Ignacio encendió su pipa, bajó á la cañada, pasó el arroyo por un madero que servia de puente cuando al manso *Errecá* se le hinchaban las narices, como sucedia aquel dia, y subió á Echegórrri.

— Hombre, dijo Lúcas al verle llegar fumando, vienes como llovido del cielo, pues supongo que tendrás buen tabaco, y yo no lo tengo ni bue-

no ni malo, porque se me ha acabado, y ¿quién demonio baja á buscarlo á la abacería con el tiempo que hoy tenemos?

Ignacio sacó un bote de laton amarillo atracado de tabaco, urgó un poco éste, y desocupó la mitad en una bolsa de piel de la madre de Lorá, condenada á muerte por cierto horroroso abejicidio, que le presentó Lúcas completamente vacía.

— ¿Qué hay por Echegórrri?

— Por allí todos comen y huelgan con este tiempo, que es bueno para comer hacienda de suegros. ¿Y por aquí?

— Por aquí ya lo estás oyendo.

— Sí, ya oigo que Ines canta.

— Y si su madre y yo no cantamos tambien, es un milagro.

— ¿Por qué?

— Porque hasta el apetito, que nunca se pierde en mi casa, hemos perdido de alegría al ver que esa chica ha recobrado de repente la suya con la carta que le ha escrito tu hermano; y eso que la tal carta....., ¡hum, no sé qué te diga, Anton! ¿Qué demonios quiere decir Julian con aquella pullita de la lapa? ¡Boto á brios Baco, que no me gustan nada cartas ni libros que obligan á descolgar el candil!

— Pues Julian dice sencillamente que las lapas y yo opinamos que uno debe agarrarse á la roca donde nace y no moverse de allí en toda la

vida, aunque tire de uno una pareja de bueyes tan valiente como la de V.

Lúcas sonrió de satisfaccion al oír este elogio de su pareja, un poco traído por los cabellos.

—Pues las lapas, exclamó, si opinan eso, opinan bien.

—No, señor, opinan mal; y si yo opinara como ellas, como Julian supone sin razon, opinaria mal tambien.

—¡Adios con la colorada! ¡Qué! ¿ya te vas tú tambien haciendo de los del dia?

—¡Pues no me he de hacer! El hombre debe ser de su tiempo, para que su tiempo sea suyo y no de los que pasaron ó de los que han de venir. Pero ¿qué entiende V. por los del dia, padre?

—Por los del dia entiendo..... esas cosas de liberales que hay ahora.

—Ya. Pues entónces dudo que yo sea de los de hoy. Es más posible que sea de los de mañana.

—Me parece, señor yerno, que para entenderte habré de decir á la chica que baje el candil. A ver si te vas tú pareciendo á aquel alcalde, que careciendo de urna para las elecciones, consultó por el telégrafo al Gobernador si era lo mismo una jarra, poniéndole un parte que sólo decia: «Urnas no jarra sí?»

—No tema V. eso, padre; que yo guardo la oscuridad para cuando duermo. Vamos ahora á lo de las lapas. ¿Ya sabe V. lo de Machin?

— ¡Ah, sí! ¿lo del viaje á Vitoria?

— Sí, señor. Pues hasta los animales nos enseñan con su instinto cómo hemos de proceder en punto á agarrarnos ó no á la roca en que nacimos.

— Animal es la lapa, y no se mueve.

— Sí; pero la lapa es la excepcion de la regla. Hombres hay, y áun partidos y áun pueblos, que son lapas; pero de éstos no hay que hacer caso más que para alumbrarlos y compadecerlos.

— Me parece que al fin te voy entendiendo, yerno.

— Tambien me entendió V. al fin cuando vendí la vega de Ibay-celaya, á pesar de que no entendia V. por qué no admitia compradores que no fuesen de Loreaga ni que fuesen dueños de más de seis fanegas de tierra, ni que quisiesen más de una suerte, ni que diesen por cada suerte más de ocho mil reales.

— Cierto que no lo entendia por más que me devanaba los sesos.

— Pues volvamos á Machin. Machin vió que los bueyes se a'ejaban de la roca donde él habia nacido, y se alejó de la roca porque creyó que debia acompañar á los bueyes adonde quiera que fuesen, para defenderlos y alentarlos en la jornada. Cuando en Vitoria vió que no tenía deber ni objeto que llenar allí, se volvió á su roca donde los tenía.

— Voto á brios, yerno, que cada vez voy viendo más claro.

— Alejarse sin deber ni objeto de la roca donde uno ha nacido me parece un absurdo; permanecer agarrado á ella contra todo deber y todo objeto, me parece, además de un absurdo, una falta; preferir á ella sin objeto ni deber otra roca para agarrarse, me parece, además de un absurdo, un delito. La patria del hombre es el mundo, y en eso estoy conforme con Julian y sus patronos los italianos; pero el mundo empieza donde uno ha nacido.

— Ésa, ésa es la verdad, porque siempre se ha dicho que lo primero es lo primero.

— Justo. ¿Dónde tengo yo más deberes que cumplir, en Loreaga ó en Zamudio, que está inmediatamente despues de Loreaga?

— Claro está, en Loreaga.

— Pues bien: para mí, allí donde principian mis deberes de amar, de agradecer y de proteger, principia mi patria; ántes que Vizcaya, Loreaga; ántes que España, Vizcaya; ántes que el mundo, España; como ántes que mis hermanos los hijos de Eva, mis hermanos los hijos de Juana.

— Vén acá, yerno, y deja que te dé un abrazo, exclamó Lúcas, soltando la pipa para abrazar á Ignacio. ¡Voto á brios Baco balillo, que si tú hubieras sido hombre de estudios, pones raya en Vizcaya y áun en España entera!

— Déjese V. de eso, padre, y hablemos de otra cosa. ¿Qué le parece á V., que entiende de viñas y de labranza, del proyecto que tengo de quebrantar para viña y para trigo y borona el brezal de Aldasoilla?

— ¡Qué me ha de parecer, si el nombre mismo lo dice! Aldasoilla ó Aldapesoilla quiere decir cuesta estéril.

— Pues yo quiero ver si la hago fecunda.

— Desengáñate tú, que lo que Dios ha hecho malo, los hombres no lo pueden hacer bueno.

— Padre, V. se parece á los árabes, que, segun dice un libro que hay en casa, cuando uno se pone malo no le curan, porque suponen que eso es contrariar lo que Dios hace. Pues mire V. yo en esto no soy de la opinion de los árabes, que, segun el mismo libro, tuvieron buenos médicos ántes de volverse lapas; yo creo que Dios tuerce las cosas para que los hombres se ejerciten en enderezarlas; la inteligencia para algo se la ha dado.

— Sí; pero lo que es á la cuesta de Aldasoilla no la enderezas tú ni otro más majo que tú. Cuando los antiguos le pusieron cuesta estéril, ya sabrian ellos por qué se lo ponian porque aquéllos sabian mucho.

— Pero más saben éstos, padre.

— ¿Quiénes? ¿los de ahora?

— Sí señor.

— Hombre, no digas disparates; que los de

ahora no sirven siquiera para descalzar á los antiguos.

— Mire V., padre, dejemos á los muertos en paz, porque si tiene disculpa el que pretende convertirlos en santos, no la tiene el que pretende convertirlos en diablos. ¿Sabe V. que le he comprado al herrador la cerrada de Izaga?

— ¡Otra que bien baila! Para criar lo que dice su nombre, es decir, juncos, es alhaja la tal cerrada, que acaso es como aquel que dice media ante-iglesia, y no vale lo que cuestan sus setos.

— Pues ya verá V. cómo vale mucho más de lo que me ha costado.

— ¿Te habrá costado muy poco?

— No, que como hace tantas fanegas como la vega de Ibay-celaya, me ha llevado el herrador un buen puñado de onzas. He pagado á onza la fanega.

— Pues dígame, yerno, que el herrador no ha errado en esta ocasion. ¡Cincuenta onzas la cerrada de Izaga! Á ese paso verás el que va á llevar el dineral que sacaste de Ibay-celaya.

— Allá veremos, padre.

— ¿Y qué vas á hacer de esa barbaridad de terreno inútil?

— Pues sobre eso queria consultarle á V.....

— ¿Sí? Pues mi opinion es que le dejes para criar juncos y ranas, que es el destino que ha tenido siempre.

— No estoy conforme con V.

— Pues tu bolsillo lo pagará.

— En fin, el que no se embarca no pasa la mar. Ea, parece que escampa un poco y me voy hácia Echezúri ántes que venga otro chaparrón.

— ¡Qué! ¿te vas sin subir á que aquéllas te saquen una jarrilla del rojillo de casa? Mira que hemos taponado una pipita que lo tiene bueno.

— No subo, porque me he detenido ya mucho.

— Pues tú te lo pierdes, hijo.

— Vaya, memorias á Mari y á Inés.

— Dáselas nuestras á tu madre y tu mujer.

Ignacio se volvió á su casa por donde habia ido. Aquella misma tarde, viendo que el tiempo levantaba, bajó á la plaza y encontró reunidos en el pórtico de la iglesia á muchos de los vecinos, como sucedia siempre que el tiempo no permitia trabajar en el campo.

Ignacio no era hombre que se dormia en las pajas. Aquella misma tarde contrató con várias cuadrillas el quebrantamiento del brezal de Aldasoilla, y anunció que todo el que quisiera ir la mañana siguiente á trabajar á jornal en Izaga, podia hacerlo.

En efecto, el terreno de Aldasoilla no producía más que brezos y argomas, y el de Izaga sólo era fecundo en juncos y zarzas. El primero, que tenía como la mitad de superficie que el segundo, era un poco costanero y se componia de cayuela y tierra arcillosa; pero tenía de bue-

no el estar perfectamente soleado y resguardado del Norte y Nordeste, vientos que dificultan mucho la vegetacion en Vizcaya. En cuanto á la cerrada de Izaga, se componia de terreno enteramente llano y pantanoso, y estaba situada en lo bajo del valle. No habia memoria de que aquel terreno se hubiese cultivado; pero se conocia por toda persona inteligente y observadora como Ignacio, que se habia ido abandonando su cultivo, porque, descuidadas y cegadas las zanjias de desagüe, habia llegado á ser estéril un terreno relativamente extensísimo, que por su situacion y calidad no desmerecia del de las mejores veguitas de la ante-iglesia.

Ignacio quiso dirigir por sí mismo los trabajos que habia ideado para sanear y hacer productiva su nueva finca. No habia estudiado fundamentalmente lo que los franceses llaman *drenage*, que consiste en despojar al suelo del exceso de humedad estableciendo corrientes generales y constantes entre el suelo y el subsuelo; pero conocia los elementos de este sistema, que hace siglos se conoce y practica en Vizcaya. Aun recuerdo que, siendo yo niño, mi padre, sin haber leído nunca un libro de agricultura, practicó el *drenage* con felicísimo éxito en una tierrecilla que la excesiva humedad hacia completamente estéril: abrió cierto número de zanjias de tres ó cuatro piés de profundidad, llenólas á la altura de un pié ó pié y medio de piedra

suelta, y terraplenó el resto. Con esta sencilla operacion, que mi padre calificaba de caños-falsos, aquella heredad adquirió la fertilidad de que carecia.

Ignacio empezó por hacer lo que habia hecho en Ibay-celaya; es decir, cercó de cárcava todo el terreno, le dividió en suertes por medio de zanjias, que á la par sirviesen para el desagüe y la division, impidió la entrada de las aguas de fuera, practicó en todas las suertes el sencillo *drenage* usado por mi padre, y en seguida procedió al quebrantamiento de todo el terreno á dos piés de profundidad, en vez de ser á tres, como el que se hace para el plantío de viñedos. En seguida, y utilizando para ello como combustible la leña y maleza que habia resultado de la roturacion de la cerrada, coció dos grandes caleros, encaló perfectamente todas aquellas heredades y las sembró de maíz.

Por regla general, la opinion de Lúcas de que Ignacio tiraba el dinero, gastándole en Izaga, prevaleció en la anteiglesia, porque la opinion del vulgo se inclina siempre á la rutina. Así, no fué pequeña la sorpresa del vulgo cuando se vió que las cincuenta fanegas de grano arrojado en Izaga prometian convertirse en mil quinientas.

Y en efecto, en mil quinientas se convirtieron.

Hecha ya la recoleccion, hablaban Ignacio y su suegro del negocio de Izaga, y Lúcas confesaba que su yerno veia más con un ojo cerrado

y el otro á medio cerrar que él con los dos abiertos.

— Con que, en resumidas cuentas, decia Lucas, ¿cuánto te ha venido á costar, tal como hoy está, la vega de Izaga?

— Tal como hoy está, nada.

— ¿Cómo que nada?

— Se lo probaré á V. La cerrada de Izaga, que era de cincuenta fanegas, me costó cincuenta onzas de oro, que son 16.000 reales. En todas las mejoras que he hecho en ella y en la siembra, salla, resalla y recolección, he gastado 34.000. Total, 50.000 reales. Las mil y quinientas fanegas de maíz que he cogido, vendidas al precio corriente de 32 reales, valen 48.000, que con 2.000 de que no baja la cosechita de alubia, hacen 50.000, ó sea la cantidad total enterrada en Izaga.

— ¿Con que es decir que te encuentras de bóbilis bóbilis con cincuenta fanegas de tierra, que valen los 10.000 duros que te valieron las cincuenta de Ibay-celaya?

— Justo y cabal.

— Pues dígame, señor yerno, que si todos los vizcaínos fuéramos tan avispados como tú, aunque no se hubieran descubierto nunca las Indias, no nos importaría un comino. ¡Mala cosecha de trigo vas á coger el año que viene en Izaga!

— No seré yo quien la coja, sino los que lo necesitan más que yo.

— No te entiendo, hombre.

— Voy á vender la vega de Izaga en los mismos términos que vendí la de Ibay-celaya.

— Y ¿por qué demonios te has de deshacer de una cosa tan buena, no haciéndote falta, como no te hace, el dinero?

— Le diré á V. por qué. Yo quisiera, si fuese posible, hacer ricos á todos los pobres del pueblo.

— No les has dado á ganar poco dinero con tus obras; que ántes no habia en Loreaga donde ganar un jornal, y desde que tú te empeñaste en hacerte indiano sin ir á las Indias, nunca faltan los jornales.

— Quisiera, como digo, hacer ricos á los pobres, y al mismo tiempo hacérmelo yo. Padre, no soy ambicioso, pero me ha dado V. una mujer muy paridera.....

— No, aquélla no negará la casta.

— Y para dar es necesario tener. Muchas veces he oido decir á mi madre: «¡Quién pudiera dar un duro á cada pobre que llega á la puerta, en lugar de darle un cuarto!» Quizá mi madre tenga el consuelo, ántes de morir, de poder dar á cada pobre, si no un duro, al ménos un real, y debo hacer lo que pueda para proporcionarla este consuelo.

— Pero quizá se le proporcionarias mejor guardando para casa la vega de Izaga y sacándole vosotros el jugo que otros le han de sacar.

— No estoy por cultivar mucho y mal, sino

por cultivar poco y bien. Oiga V. si no lo que cuenta un señor cura de Ondarroa en un librito que escribió sobre la agricultura de Vizcaya :

— Un hombre tenía cuatro heredades, en que invertía todo su trabajo, y con que vivía como Dios le daba á entender. Tenía también tres hijas, y la mayor de ellas, que se iba á casar, le dijo :

— Padre, ya podía V. darme en dote una de las heredades.

— ¡Cómo te la he de dar, hija, le respondió, si sabes que áun las cuatro hacen tan corta hacienda, que apénas nos basta para vivir!

La chica insistió en su petición, y al fin el padre, que era blando de corazón con sus hijas, accedió á ella, quedándose sólo con tres heredades, en las que invirtió entónces el trabajo que invertía ántes en las cuatro.

La sorpresa y la satisfacción del labrador fueron grandes al ver que le dieron las tres heredades igual cosecha que hasta entónces le habian dado las cuatro.

Ibase á casar la hija mediana, y dijo á su padre :

— Padre, no he de ser yo más desgraciada que mi hermana la mayor, á quien dió V. en dote una heredad.....

— Hija, es verdad, y siento mucho el no poder darte á tí otra.

Que si me la ha de dar V., que si no puedo dártela, el padre concluyó por darle á la hija

mediana otra heredad, con lo que se quedó con dos solamente.

Trabajó en las dos como habia trabajado primero en las cuatro y despues en las tres, y al hacer la recoleccion se encontró con que su cosecha no habia disminuido.

Por último, á la hija chiquita la tocó la vez de casarse, y dijo á su padre:

— Padre, ¿cuál de las dos heredades es la que V. me va á dar?

— ¿Estás loca, hija mia? Ninguna de ellas. Mi hacienda era poca, se ha reducido á la mitad, ¡y quie es, hija mia, que todavía la reduzca más! ¡No puede ser, hija; por más que me due la, no puede ser!

— ¡Ay pobre de mí, exclamó la muchacha, echándose á llorar, que mi padre me quiere ménos que á mis hermanas, por ser la más chiquita!

El padre, al ver esto, ya no pudo resistir más, y dió á la chica una de las dos heredades que le quedaban.

Trabajó en la única heredad que le quedó como habia trabajado ántes en las cuatro, despues en las tres, y por último en las dos, y obtuvo en una la misma cosecha que habia obtenido en cuatro.

— ¡Sabes, yerno, que el cuentecillo ese tiene un par de perendengues! exclamó Lúcas al terminar Ignacio la relacion á su modo de esta pa-

rábola agraria, que en efecto citó, tomándola de Plutarco, D. Antonio de San Martín y Burgoa, cura de Ondarroa, en un libro, más erudito que útil, que publicó á fines del siglo último, con el título de *El Labrador vascongado*.

—¿Que si los tiene? contestó Ignacio. Como que dice él solo más que puede decir un libro entero, y explica perfectamente por qué un labrador de Vizcaya que labra seis fanegas de tierra vive mejor que un labrador de Castilla que labra sesenta. Con que, ¿se ha convencido usted ya de que el negocio de Izaga no era tan malo como usted suponía?

—Amigo, hay que convenir en que los mozos como tú teneis mejor vista que los viejos como yo.

—Pues más convencido aún quedará usted cuando vea que hay que cambiar el nombre de Aldasoilla por el de Aldaïoria, pues Cuesta estéril se ha convertido en Cuesta abundante. ¿No ha visto usted cómo han prendido las cepas?

—¡Voto á brios que están soberbias! Pero ¿por qué no has plantado de viña más que la mitad de la *rompida*?

—Porque la otra mitad la destino á trigo y borona.

—¿Cuándo se ha visto hacer rompidas para eso?

—Pues porque no se ha visto quiero yo que se vea, para que el ejemplo de su buen resulta-

do se imite; que si el terreno cayueloso y costanero, inútil hasta para pastos, se quebranta para plantar viña y da buen resultado, ¿por qué no se ha de quebrantar para grano y dar buen resultado tambien?

— Milagro que no te da tambien por convertir en dinero lo de Aldasoilla como lo de Ibay-celaya y lo de Izaga.

— No lo hago, por dos razones: la primera, porque quiero tener en casa chacolí para todo el año, y no como ahora, que no dura cuatro meses con la buena costumbre que tienen mi madre y mi mujer de sacar la jarrilla consabida, el pan y las nueces á todo el que llega á casa.

— Lo que es Isabel, ¡votos á brios! que ya ha tenido de quien aprender.

— Pues quiero que se consuelen teniendo barricas que taponar todo el año. En cuanto á la otra mitad de la rompida, tampoco saldrá nunca de casa miéntras yo viva, porque mi padre, que esté en gloria, tuvo el proyecto de hacer lo que yo he hecho, y.....

— No me digas más, hombre: sitio en que el padre puso los ojos debe ser sagrado para el hijo.

Quince dias despues de esta conversacion entre Lúcas é Ignacio, éste vendió en pública licitacion, en el pórtico de la iglesia de Santa María de Loreaga, con las mismas condiciones con que habia vendido la vega de Ibay-celaya,

y disputándose la con el mismo ardor los compradores, la vega de Izaga.

Con la roturación y venta de ambos terrenos, Ignacio habia ganado veinte mil duros, libres de polvo y paja, y habia aumentado grandísimamente la prosperidad de la anteiglesia, proporcionando muchos jornales á sus convecinos, aumentando en cien fanegas de sembradura de excelente calidad su escaso terreno cultivable, y haciendo propietarias á cincuenta familias pobres.

¡Por qué, Dios mio, entre las bendiciones que derramas sobre los pueblos, no cae sobre cada uno de éstos un hombre como Ignacio el de Echezúri!

XII.

No se me diga que este es pintar un mundo que no existe; el mundo que yo pinto es el mundo real. Tiene este mundo sus espinas; pero yo no quiero entristecerme ni entristecer á nadie pintándolas. Harto sabemos todos los que vivimos en el mundo que las tiene, y lo sabido..... por sabido se calla. Yo profeso la literatura llamada realista, que es aquella que, en vez de tener por base un mundo ficticio, tiene por base el mundo real, y de la que ha dicho un gran maestro, Fernando Wolf: «El género realista no puede aspirar á tener valor artístico si reproduce la realidad grosera, y sí sólo cuando reproduce los poéticos elementos de la realidad.»

¿Acaso se ha enriquecido Ignacio por arte de magia, como se enriquecen los héroes de la literatura que no tiene por base el mundo real, sino un mundo puramente convencional y ficticio? No: minas como las que él ha explotado existen realmente en Vizcaya. Lo que en Vizcaya no existe son hombres que las exploten como él. Yo no me he contentado con decir que se ha enri-

quecido: lo he probado con números, multiplicaciones y sumas. Á ver quién es el majo que me prueba que en Vizcaya no existen terrenos tan inútiles como lo eran los de Ibay-celaya é Iza-ga, y tan capaces como éstos de convertirse en útiles. Hágase lo que Ignacio hizo con la arboleda de Ibay-celaya, por ejemplo, con las arboledas que existen en la merindad de Durango, orilla del rio, desde el puente de Arzúbia al de Astola, y desde Abadiano á Apatamonasterio, y se verá cómo Ignacio no es el único indiano que se ha enriquecido sin ir á las Indias. Pruébeseme, en fin, que es pintar como querer el decir que las buenas tierras labrantías de Vizcaya, donde las ha habido, como las de las huertas de la villa, en las cercanías de Bilbao, que se han pagado á cuatro mil reales la peonada, no encuentran compradores á cuatro mil reales la fanega, que equivale á doce peonadas de á cien estados cada una, y que cada fanega de buena tierra no da, por término medio, diez y ocho de trigo y treinta de maíz; pruébeseme todo esto, y convendré en que pinto un mundo que no existe.

Esto en cuanto al mundo material. En cuanto al mundo moral que yo pinto, no es ménos real y positivo que el material. Estamos conformes en que los labradores como Ignacio hablan y escriben peor de lo que yo supongo; pero han de saber los que me pongan este fútil re-

paro, que, como he tenido que traducir del vascuence al castellano las cartas y conversaciones de Ignacio y otros, he aprovechado la ocasion para corregir un poco sus imperfecciones. En Loreaga, como en todas partes, hay sapos y culebras que se arrastran por el suelo; pero el arte pictórica es demasiado noble para emplearse en retratar sabandijas. Que inteligencias tan claras como la de Ignacio y corazones tan hermosos como los de los moradores de Echezúri y Echegórrri se ven á cada paso por todos los que tenemos ojos para ver y corazon para sentir, no es necesario que yo lo pruebe, porque lo vemos todos los que vamos por el mundo sin venda en los ojos ni hielo en el corazon.

¡Qué triste, qué triste, Dios mio, estaba mi alma cuando tomé el abandonado pincel para pintar estos cuadros, y qué consolada y alegre se siente al acercarse á las últimas pinceladas viendo que Dios compensa sus tribulaciones con la conservacion de la juventud y la fortaleza de otros tiempos!

Pero no olvidemos que todavía faltan toques muy importantes á nuestros apacibles aunque desbarajustados cuadros. Parézcome á Juana, parézcome á Ignacio, parézcome á todos los de Echezúri y Echegórrri, que no pueden apartar un instante del pensamiento á Julian.

¿Qué es de Julian? ¿Qué es de su alma? ¿Qué es de su fortuna? Han pasado ya cerca de diez

años desde que pugna en América por realizar sus sueños de riqueza material, y si sabemos algo de su alma, nada sabemos de su fortuna.

Juana, cuanto más feliz ve á Ignacio, más y más tristemente piensa en Julian, porque dice con muchísima razón: «Aquí pudiera ser tan feliz como su hermano, y sabe Dios si aunque á nosotros nos lo oculte, léjos de aquí será muy desgraciado!»

Ignacio no ha abandonado un momento la mayor, la más penosa, la más paciente, la más ingeniosa de sus empresas, que es la de que su madre no conozca el triste estado del alma de Julian, y de que no se rompan los únicos y debilísimos lazos que unen á Julian con la tierra nativa, lazos que sólo consisten, como ya sabemos, en una chispa de amor, próxima á convertirse en pavesa, á la patria y á la familia, y en otra chispa de amor á aquella pobre niña, compañera de su infancia, que estuvo para perder el sentido de dolor cuando le vió partir.

Han pasado ya algunos años desde que vimos á Ignacio terminar felizmente sus empresas de la cerrada de Izaga y del brezal de Aldasoilla.

La rompida de Aldasoilla llena ya la cubera y el granero de Echezúri de buen vino y de buen grano, y debemos añadir que de Aldasoilla van todos los años á Echezúri buenos cestos de panales que allí se dividen en calderas de buena miel y ruedas de buena cera.

Hace cuatro ó seis años encontró Ignacio en el castañar de Iturrilanda un enjambre que acababa de posarse en una florida mata de brezo, viniendo sabe Dios de dónde. Fué á casa, trajo una sábana, cubrióle con ella, averiguó que no procedía del colmenar de su suegro ni de los de otros vecinos, y cuando el sol se puso, llevó allá una colmena, encerróle en ella y le colocó en la huerta, al abrigo de la casa y al amor de una gran mata de romero.

Llegado el verano siguiente, el enjambre produjo tres, y llegado otro verano, las cuatro colmenas se convirtieron en doce, y llegado otro verano las doce se convirtieron en treinta.

Calculando Ignacio que la rompida de Aldasoilla, por lo soleada, por lo resguardada de los vientos boreales y por la abundancia de flores que aquel vallecillo y laderas producian, sería grata á las abejas, que hasta tenían un claro y perenne arroyuelo en que abrebarse en el fondo del vallecillo, trasladó las treinta colmenas á la cabecera de la rompida, y tan grata, saludable y abastecida de alimento debió serles aquella morada, que al año siguiente, si habia algunas que sólo se multiplicaron por una, muchísimas se multiplicaron por tres, y áun hubo algunas que se multiplicaron por cuatro, de modo que en el momento en que volvamos á ver qué es lo que pasa por Echezúri y sus cercanías, nos encon-

tramos con que cerca de cien colmenas coronan la rompida de Aldasoilla.

Cien colmenas bien cuidadas y bien situadas producen en Vizcaya, por término medio, miel y cera cuyo valor no baja de media docena de onzas de oro. Una renta anual de cerca de dos mil reales no es gran cosa en otras partes; pero en una casería de Vizcaya, donde se vive con sobriedad y economía, y donde constituyen el bienestar una porcion de recursillos que en otras partes no hay, es una verdadera riqueza.

Dice nuestro buen pueblo español, y le llamo bueno no con ánimo de prejuzgar la cuestion de si 'o es ó deja de serlo, que en esa cuestion no quiero meterme, sino para decir que es muy dado al optimismo; dice nuestro buen pueblo que cada chiquillo que Dios nos da trae un pan bajo el brazo. Ignacio sí que podia creer y decir esto: tenia ya cinco hijos, y habia echado ya más de cinco docenas de puñados de onzas de oro á la falda de su madre.

Por Echegórri no ocurrían grandes novedades. Lucas, siempre el mismo: con el cuerpo ya viejo, pero con el alma jóven; con su pipa, que seguia no cayéndosele de los labios sino para sustituir una pipada con otra; con su pareja de bueyes, que seguia siendo la más valiente y la más maja de la anteiglesia; con su mujer, que seguia siendo la más guapa, la más discreta, la más trabajadora, la más santa, y en una palabra, la más *fina*



—Pues cumplo el encargo de Julian.
Y, al decir esto, el desconocido abraza fuertemente
á Juana.

del mundo, pues por fina se entiende en Vizcaya, tratándose de las mujeres, la que tiene las cualidades que Lucas atribuía á la suya, no del todo falto de razon; con sus hijos, en fin, que seguían siendo los más hermosos, los más listos, los más graciosos, los más obedientes y los más trabajadores de Vizcaya, con todo esto era Lucas el hombre más dichoso de este mundo. Mari, casi tan fina como su marido se la figuraba, pero cada vez más acartonadita, no tanto por los años como por una pena que tenía escondida en el corazón, y la hacía suspirar cuando se hablaba de su hija Ines. Ines, guapísima, á pesar de estar descolorida, triste y cavilosa. El hijo de Pamparroya el de Zamudio, continuaba bebiendo los vientos por ella; pero ella continuaba mudando de conversacion siempre que le hablaban de casamiento, lo mismo el hijo de Pamparroya que otros mozos.

Al hablar de los de Echezúri, me he olvidado de decir que estaban inquietos y tristes, inquietud y tristeza de que participaban los de Lchegórri, porque hacia ya mucho tiempo que no habia carta de Julian, á pesar de que Ignacio, al escribirle la última, habia dicho que esperaba, no se sabe por qué, que habia de contestar más pronto que lo de costumbre.

Lucas era mal profeta; pero ¡ay! Ignacio temia ya que se realizase una triste profecía de su suegro.

—¿Qué se sabe de Julian? preguntó Lucas á Ignacio.

—Nada sabemos hace ya muchos meses.

—¿De suerte que tu madre estará hecha un valle de lágrimas?

—¡No lo ha de estar! Aquella pobre sólo vive con la esperanza de ver volver á su hijo.

—Pues yo creo que muchas veces ha de cantar el cuco ántes que vuelva Julian, si es que vuelve.

Ignacio bajó tristemente la cabeza, porque, á pesar de la propension que tienen todos los buenos como él á trocar los nubarrones negros del horizonte en nubecillas de oro y rosa, sólo descubria en el horizonte nubarrones negros, negros!

XIII.

La primavera cubrià ya de hojas y flores, y arrullaba ya con cantos de pájaros los angostos valles y las quebradas laderas de Vizcaya. El canto del cuco, que oyó Ignacio por primera vez aquella primavera en los castaños de Iturri-landa, le entristecia profundamente, recordándole la profecía de su suegro.

Aquella misma mañana, que era una de las más hermosas, atravesó la barra de Santurce una barca, cuyo impropio nombre se da, no sé por qué, á unos buques que, por su porte y condiciones veleras, debieran llamarse fragatas. Uno de los pasajeros no apartaba la vista de los valles de la izquierda, que comenzando á la orilla del mar, es decir, en las repúblicas de Guecho y Lejona, terminan en las alturas que dan vista á las merindades de Bustúria y Zornoza, ó lo que es lo mismo, en las repúblicas de Errigoitia y Larrabezúa. Estos valles, que corresponden á la merindad de Uribe y forman parte de lo que aquí llamamos Tierra temprana,

son muy hermosos y están destinados, particularmente desde Zamudio al mar, á aumentar considerablemente la tierra labrantía de Vizcaya, cuando se roturen y quebranten (palabras que en muchas partes parecerán pleonasma, pero que no lo son aquí, donde la roturación y el quebrantamiento son operaciones muy distintas) los muchos y buenos terrenos llanos que en ellos existen cubiertos de jaros ó bosques tallares.

Al pasar el buque por frente de Portugalete, destacóse de él un bote y condujo á aquel pasajero al muelle de la izquierda, es decir, á las Arenas.

El pasajero, que no tenía aún treinta años, representaba más de cuarenta. Esta advertencia vale tanto, para los habitantes de la costa cantábrica, como decir que aquel hombre era lo que aquí llamamos un indiano.

Cuando yo volví por primera vez á la tierra nativa, despues de haber pasado más de veinte años en Madrid, trabajando mucho y sufriendo muchas privaciones y penas por ver si lograba ser útil á mi familia y mi patria, representaba más edad que la que tenía, y al verme una buena mujer, que siempre me habia querido mucho, exclamó llorando :

— ¡Ay, hijo mio, pareces un indiano!

No, no queria ni podia decir aquella pobre mujer que yo le parecia un indiano por lo medrado de fortuna que volvia á la aldea nativa,

sino por lo menguado que volvia de juventud y salud.

¿Qué hace envejecer prematuramente en América á los hijos de nuestras montañas? ¿Es el trabajo, es el clima? Algo y áun algos contribuirán uno y otro; pero yo creo que más que esto los envejece la nostálgia, santa enfermedad ¡ay! que para muchos de ellos no tiene la dulcísima compensacion del regreso á la tierra nativa.

Es una excepcion tan rara como triste el que haya entre nuestros compatriotas de América alguno que no experimente esta enfermedad, que más ó ménos intensamente experimentan casi todos. Hace pocos dias regresaba yo á Bilbao de una de mis frecuentes excursiones á la Encartacion, y al pasar por junto á una casería, de donde hace tres años fué un guapo muchacho á América, me llamó la atencion que la madre de aquel muchacho estuviese en la portalada tomando medidas, con una cinta de hiladillo blanco, á una hermosa vaca, cuyo becerrito despachaba entre tanto la racion de leche que su ama le habia dejado despues de ordeñar el resto en un reluciente calderillo de cobre que habia colocado sobre unas cargas de leña en la misma portalada.

— ¿Qué medidas está V. ahí tomando, Ventura? pregunté á la medidora.

— Es una simpleza, me contestó, poniéndose un poco colorada; pero V. no lo extrañará, porque ya sabe lo que somos las madres y sabe lo

que son los hijos cuando están léjos de casa. El chico, siempre que nos escribe nos pregunta por una porcion de cosas, y entre los muchos encargos que nos hace en la carta que recibimos ayer, uno de ellos es que le mandemos la medida del alto y del largo y de la pretina que tiene la vaca.

— Se conoce que el pobre tiene mucha ley á todo lo de la casa, cuando hasta de la vaca se acuerda.

— ¡Ay! sí, señor. No porque sea hijo mio, pero es un chico que de tan buen corazon los habrá, pero de mejor no. Le aseguro á V. que yo me vuelvo chocha con sus cartas, y de alegría lloro como una tonta cuando su padre me las lee. Pero, volviendo á lo de la vaca, no es extraño que el chico se acuerde de ella, porque ¡lo que jugaba con ella aquella criatura!.....

Esto, que á muchos parecerá trivial, no me lo pareció á mí, porque tras la peticion del muchacho, y tras la solicitud con que la madre se disponia á satisfacerla, veia yo sentimientos muy graves, profundos y trascendentales, en que sólo las almas vulgares pueden encontrar trivialidad.

El viajero que desembarcó en las Arenas, despues de descansar allí media hora y tomar algun alimento en uno de los pisos altos de una fonda, junto á un balcon abierto, por el que contemplaba, miéntras estaba almorzando, parte de los valles que iba á recorrer, cruzó las ve-

gas de Lamiaco, subió á la verde colina de Dón-diz, se detuvo allí un momento examinando el hermoso paisaje que desde allí se descubre, bajó á la plaza de Lejona, y siguió paso á paso, valle arriba, hácia Erándio y Sondica, junto á cuya iglesia de San Juan, situada en un hermoso campo en la cima de una colina, que tiene para nosotros, los aficionados á las fiestas populares, el recuerdo de una de las romerías más alegres de Vizcaya, se detuvo largo rato.

Aquel mismo dia, Ignacio, que no habia podido ~~desechar~~ desechar la tristeza que habia sentido aquella mañana, recordando, al oír el canto del cuco, la profecía de Lúcas, de que muchas veces habia de cantar el cuco ántes que Julian volviese, si acaso volvía, estaba cerca de casa, layando con diez ó doce jornaleros una gran pieza que habia estado sembrada de nabos, con los cuales habia triplicado el valor de dos parejas de bueyes asturianos, flaquísimos, que el invierno anterior habia comprado por poco más que nada en la feria de San Andres de Gordejuela.

De Echezúri llegaba un grato perfume, muy parecido al que de Echegórri llegaba hacia cerca de diez años, la tarde del domingo que siguió al juéves del Córpus.

Cuando el sol estaba próximo á ponerse, Juana é Isabel, acompañadas de una criada, que llevaba en la cabeza una gran cesta cubierta con un mantel, y llevando cinco chiquillos, dos de

ellos en brazos y los demas á la cola, es decir agarrados de las sayas, y todos tan alegres y juguetones como el ya anciano Machin, que era tambien de la partida y tan pronto acariaba á uno como á otro, salieron de casa y se encaminaron á la layada.

Los layadores clavaron las layas verticalmente en el terron que habian de voltear sobre el último que habian volteado, y á imitacion de Ignacio, se dirigieron alegremente á la cabecera de la heredad, donde la gente de faldas habia tendido en el suelo el mantel que cubria la cesta, y puesto el contenido de ésta sobre el mantel. El contenido de la cesta era medio pernil de cerdo hecho revanadas, pan y un enorme jarro del dorado zumo de Aldasoilla.

La merienda tocaba á su término y todos estaban muy alegres, inclusa Juana, que se alegraba ó se entristecia siempre con la alegría ó la tristeza ajena, cuando Lorá empezó á ladrar desde la cuesta de Echegórri, mirando hácia la cuesta de Echezúri, como si estuviese allí aquello á que ladraba.

Desde la heredad donde merendaban los layadores no se descubria la cuesta de Echezúri, porque la heredad estaba en la planicie de la colina.

Machin acabó, medio atragantándose, el último taco de pan pringado que le habian echado os merendadores, y comprendiendo, sin duda,

que Lorá le decia : «Allá te va eso», corrió á la cuesta ladrando tambien.

— ¿Quién subirá de Iturrilanda que no le conocen los perros? dijo Ignacio. ¡Calla! añadió, Machin debe haberle conocido, pues léjos de ladrarle, chilla haciéndole fiestas.

Todos fijaron con curiosidad la vista en el punto en que terminaba la cuesta dando vista á la planicie de Echezúri, esperando ver aparecer allí á aquel á quien Machin festejaba.

No tuvieron que esperar mucho, pues casi inmediatamente apareció un caballero, á quien Machin abrumaba de caricias.

— ¿Quién será? exclamaron todos. ¡Cosa más rara....., añadió Ignacio; le conoce Machin y no le conocemos nosotros!

— Quizá, dijo Isabel, le conoceria cuando fué á Vitoria.

— Puede ser.

El desconocido dejó la senda que conducia á la casería y se dirigió hácia los layadores.

Machin continuaba haciéndole fiestas.

Por más que todos, y Juana, Ignacio é Isabel más que nadie, se hacian ojos para examinar al desconocido, no le podian conocer. Tenía toda la barba, estaba descolorido y como prematuramente avejentado, y parecia contar lo ménos cuarenta años. Su traje y adornos eran más ricos que de buen gusto. Llevaba al cuello, para el reloj, una cadena de oro, ridícula por lo

grande y churrigueresca, y las sortijas de sus dedos, y hasta el puño de su baston participaban del mal gusto de la cadena.

Aquel sujeto era el mismo que pocas horas ántes habia desembarcado en el muelle de las Arenas.

No sé qué presentimientos conturbaban el alma de Juana, y áun la de Ignacio, al verle.

El desconocido saludó en castellano, con un tono y acento nada vascongados, lo que probaba que si él lo era, habia estado casi toda la vida fuera del país, ó al salir de éste, habia procurado dejar en él todo lo que de él tenía.

— ¿Me darán VV. razon, preguntó, de Juana, la madre de Julian Echezúri?

— Servidora de V., contestó Juana, dándole una especie de vuelco el corazon, y como sintiéndose arrastrada hácia el que le hacia aquella pregunta.

— ¡Qué! ¿le conoce V.?, exclamaron á un tiempo Juana, Ignacio é Isabel con vivísima ansiedad.

— Sí, le conozco, y me ha encargado que dé una porcion de abrazos, empezando por su madre, su hermano y su cuñada.

— Yo soy su hermano.

— Y su cuñada yo.

— Pues cumplo el encargo de Julian.

Y al decir esto, el desconocido abrazó fuertemente á Juana, luégo á Ignacio y luégo á

Isabel que lloraban, particularmente Juana é Isabel.

Ignacio, que, como hombre, tenía más dominio sobre sí, preguntó al desconocido :

— ¿Y cómo le conoce á V. el perro?

El desconocido vaciló, sin saber qué contestar; y como Juana é Ignacio notasen esto, y reparasen al mismo tiempo que temblaba y los ojos se le llenaban de lágrimas, exclamaron, arrojándose á él con los brazos abiertos :

— ¡¡¡ Hijo!!!

— ¡¡¡ Hermano!!!

Julian, pues Julian era, en efecto, aquel hombre, abandonó ya todo disimulo y se entregó por completo á las expansiones del cariño filial y fraternal, que aún en el corazón más vulgar y depravado no se extingue nunca por completo. Creía, al atravesar los mares para tornar á su patria, que al llegar á ésta, y aún al verse en presencia de su madre y su hermano, había de ser completamente dueño de su corazón; pero se había equivocado. ¡Cómo no pensó que siendo, como él creía, ó le habían hecho creer, todo el mundo patria del hombre, el rinconcito donde había nacido algo tendría para él que no tenían los demás rinconcitos de la tierra, cuando á aquel rinconcito, y no á otro, se dirigía!

La verdad era que al descubrir desde el mar las montañas de la patria, su alma había empezado á perder aquella estoica serenidad que has-

ta entónces habia conservado, y que durante aquel viajecillo, que hasta llegar á Loreaga habia hecho solo, á pié, y parándose á cada paso á pensar, contemplar y quizá sentir, por los valles donde estaban los recuerdos de su infancia, se habia ido predisponiendo su alma á la explosion de ternura que, al fin, no habia podido contener.

Cuando Juana é Ignacio desahogaron un poco su alma de la pasion que estallaba en ella, y pudieron ver y pensar un poco, lloraron, no ya de alegría como en el primer momento, sino de dolor al pensar y ver cuán gastado y envejecido volvía Julian, cuya edad no pasaba de veinte y siete años, y parecia ser de cincuenta!

¡Pero el dolor de Juana hubiera sido doble, como lo era el de Ignacio, si, como Ignacio, hubiera sabido la pobre madre que si Julian traía viejo el cuerpo, mucho más vieja traía el alma!

XIV.

Echemos á perros una buena parte de este capítulo.

Estaba yo, siendo mozuelo, en Villaviciosa de Odon, pueblo á tres leguas de Madrid, y se hablaba de lo peligroso que era el andar por aquellos campos sin un buen garrote ó una buena escopeta de dos tiros para defenderse de los perrazos de los pastores.

— Toda la vida, dijo un viejecillo, he andado yo por el campo con las manos peladas, y nunca me ha mordido un perro.

— Pues ¿cómo se las ha compuesto V. para ello?

— Muy fácilmente.

— ¿Defendiéndose á pedradas?

— No he pensado nunca en tal cosa, y hubiera sido inútil pensar la mayor parte de las veces, porque cuando me acometían los perros no tenía piedras á mano.

— Pero ¿le acometían á V.?

— Como á todo hijo de vecino.

— ¿Y cómo los rechazaba?

— Hay para ello un medio, aunque algo ridículo, muy sencillo é infalible. Cuando os acometa un perro, quitaos el sombrero, coged el sombrero con los dientes por el ala, y poneos á gatas de cara al animal, y veréis cómo el perro retrocede asustado. Vuelve á acometer cuando dejais aquella postura, pero ya receloso y tímido, y en cuanto nota que volveis á tomarla, se aleja para no volver y contentarse con ladraros desde léjos.

Reímonos todos del viejo, tomando á broma su método de ahuyentar los perros, y mudamos de conversacion.

t Pocos dias despues ocurrióme ir á pié á Mós-oles, que dista de Villaviciosa una legua completamente despoblada.

En una loma algo distante del camino estaban unos pastores guardando un gran rebaño de ovejas, y con ellos dos perros mastines tremendos. Los perros, apénas me vieron, se dirigieron á mí furiosos por más que los pastores les gritaban ¡chuchoooo! con un tonillo especial, socarron y burlesco, muy comun en ellos, y equivalente á decir: «A ver cómo haceis hilas con las bragas de ése.»

Yo no llevaba ni siquiera una varita con que defenderme, y en aquella pelada llanura ni siquiera habia chinias.

— ¡No hay más, dije desesperado, me desbaratan esas fieras!

Y buscando en mi imaginacion medio de defenderme, porque los perros estaban ya encima, no me ocurría ninguno; pero me acordé en aquel instante de lo asegurado por el viejo, y como el que se ahoga se agarra á una barra ardiendo, yo me agarré con los dientes al sombrero y con ambas manos á la tierra.

Los perros, al verme en aquella ridícula postura, retrocedieron, en efecto, y yo me salvé de ellos como por milagro, y continué tranquilamente mi camino, mientras los pastores decían, como admirados y disgustados:

— ¡Carape, lo que saben los señoritos de chistera!

Entonces traté de explicarme por qué con tanta exactitud se verificaba lo que nos habia asegurado el viejo, y me lo expliqué sin esfuerzo ni duda alguna: el perro es animal de mucha memoria, y no hay uno que no guarde el recuerdo de haber sentido un gran dolor un instante despues de haber visto á una persona inclinarse al suelo (ellos no saben para qué, pero nosotros sabemos que era para coger una piedra). Esta inclinacion basta por sí sola para atemorizarlos y retraerlos en su acometida; pero si á ella se añade el trasformarse el hombre en una especie de monstruo ó animal para el perro desconocido, pues á esto equivale la postura que el mismo viejo calificaba de ridícula, el perro, que se paga mucho de exterioridades, como lo prue-

ba la saña con que acomete al andrajoso, feo y sucio, une al recuerdo instintivo del dolor que le causó la pedrada, el terror que le inspira la monstruosidad, y huye completamente atemorizado.

Desde entonces nunca me ha fallado este medio de ahuyentar á los perros, y sólo para ensayarle y convencer de que es infalible á amigos tan incrédulos como yo lo era cuando me lo enseñó el viejo, he ido á las caserías que más fama gozan de tener perros aficionados á hacer hilas (1).

Como gusto de andar por el campo, y andar por el campo en las provincias Vascongadas supone encontrar uno ó más perros á cada cien pasos, pues á cada cien pasos se encuentra una ó más caserías, provista cada una de ellas de su correspondiente perro, si bien éste es casi siempre inofensivo, he llevado mis estudios y observacion sobre la raza canina un poquito más adelante que los alcaldes y los gacetilleros de Madrid, eternos preconizadores de la morcilla con que envenenan la vida de los pobres perros.

Se ha acusado á mis obras de pobreza de invencion. La acusacion es justa, y de tal modo reconozco la pobreza de mi inventiva, que en

(1) Personas de toda veracidad me han asegurado que la acometida de los toros en el campo se detiene valiéndose del mismo medio.

vez de dedicarme á inventar, me dedico á copiar de la naturaleza; pero lo cierto y positivo es que, si no tengo inventiva para las ficciones literarias, la tengo para otras cosas, como lo prueba el haber inventado el método de que los perros me digan cómo se llaman; método que lleva consigo el de que los perros se hagan en un instante amigos míos.

Voy á explicar este método, que tengo por mío y muy remio.

En todas las comarcas, y muy particularmente en las Vascongadas, la nomenclatura de los perros es corta, pues está reducida á una docena ó dos de nombres, y en todas partes estos nombres tienen una terminación aguda, para que hieran más fácilmente el oído del perro. Prueba de lo primero: en casi toda España se llama el perro Sultan, Leon, Capitan, Alí, Lebrél, etc. Prueba de lo segundo: la terminación aguda de estos mismos nombres.

Pues bien; cuando yo encuentro un perro y quiero saber su nombre, y no tengo quien me lo diga más que el mismo perro, me valgo del medio siguiente para que el perro me diga cómo se llama; y entiéndase que el método es también aplicable á la averiguación de los nombres cuya terminación no es aguda, nombres que son relativamente muy pocos:

Pronuncio lentamente, con acentuación fuerte y tono entre gutural y nasal, las cinco letras vo-

cales del alfabeto, *a, e, i, o, u*, bien solas ó bien seguidas cada una de una consonante, por ejemplo, *an, en, in, on, un*. El perro, cuyo tímpano es muy sensible, como lo prueba la impresion que en él produce el agudo sonido de los clarines, se apresura á prestar atencion á aquellos sonidos, y al oir el que corresponde á la terminacion de su nombre, hace un movimiento que no me deja duda de cual es la vocal con que su nombre termina. Entónces ya tengo andada la mitad del camino, ya sé cuál es la vocal acentuada que entra en la terminacion de su nombre. Supongamos que esta vocal sea la *o*. Recuerdo entre los nombres de perros más comunes en aquella comarca aquellos cuya terminacion corresponda á esta vocal, y los voy pronunciando con fuerte y clara acentuacion. El perro los escucha atentamente, haciendo, al oir los que no le pertenecen, un movimiento que equivale á decir: «No es ése mi nombre, aunque cerca le anda»; pero al oir su nombre, al oir, por ejemplo, el de Leon, el movimiento de curiosidad se convierte en movimiento de alegría y agradecimiento, y el perro cuyo nombre, ya averiguado, repito acompañado de una fiestecilla, viene á mí deshaciéndose en halagos, y me sigue y acompaña como si toda la vida hubiéramos sido amigos y compañeros.

Con que, ¡vayan VV. ahora á decir que no tengo inventiva!

Yo habia estado en Loreaga muchas veces

desde el día que se casaron Ignacio é Isabel, cuya boda vi entrar en la iglesia de Santa María; pero nunca habia estado en Echezúri ni Echegórri, y sólo de vista conocia á algunos de sus habitantes.

Tanto me habian hablado de lo buenas que eran aquellas gentes, y particularmente de los beneficios que Ignacio el de Echezúri habia hecho al pueblo y se habia hecho á si propio con su genio industrioso y desinteresado, que determiné estudiar más de cerca á la familia de Echezúri, con ánimo de que me sirviese de asunto para el presente libro.

Al día siguiente de la llegada de Julian fuí á Loreaga, y como lo primero de que me hablaron fuese aquel suceso, que tenía contentísima á toda la anteiglesia, en la que se reflejaba el contento de los de Echezúri y Echegórri, me decidí á subir aquella tarde misma á casa de Ignacio.

Aquella tarde andaban cazadores hácia los castaños de Iturrilanda que se extendian á larga distancia de la fuente, así á la derecha como á la izquierda, por bajo de las heredades de ambas caserías. El lento y uniforme ladrido de los perros de caza se oía hácia la parte que caia bajo Echegórri.

Cuando desemboqué por la estrada en el rellano de la fuente, vi que un perrazo, que no era de los de caza, estaba apostado junto á una senda que, atravesando el campo de la fuente, servia

de comunicacion entre los castañares de la izquierda y los de la derecha.

— Vamos, dije, éste es tan zorro como todos los perros de las caserías, que cuando andan cazadores por las inmediaciones se apostan en los puntos de pasada de la liebre y la atrapan y la manducan sin haberse cansado en levantarla ni seguirla.

Sentéme al lado de la fuente para descansar un poco y echar un trago y un cigarro, y el perro, como avergonzado de que le hubiese sorprendido en aquella espera un poco fraudulenta, se dirigió hácia el seto por donde se entraba á las heredades de Echezúri.

— Calla, dije, este perro debe ser de Echezúri, y si en efecto lo fuese, podria presentarme á Ignacio y su familia.

Así diciendo, me apresuré á preguntarle su nombre por el método que ya dejo descrito, y averigüé que se llamaba Machin, nombre bastante comun en los perros de Vizcaya, y particularmente en los de la merindad de Uribe donde nació el famoso héroe de los mares de Otránte.

Pocos momentos despues Machin y yo subíamos juntos por la cuesta de Echezúri, como si fuéramos amigos de toda la vida, pues Machin, renunciando generosamente á atrapar la liebre, sólo se ocupaba en festejarme, como diciéndome: «Venga V. á mi casa; que presentado por mí será perfectamente recibido.»

Cuando nos acercábamos al fin de la cuesta y por consecuencia íbamos á dar vista á la casería y á la planicie en que ésta tenía asiento, oímos alegres carcajadas, y Machin alargó el hocico y absorbió con deleite y alegría una aromática tufaradilla de jamon frito que el cefirillo de la tarde nos traia de hácia Echezúri.

Al asomar á la planicie me expliqué aquella deliciosa tufaradilla: los layadores, que habian acabado de dar vuelta á las dos terceras partes de la heredad, cuya layada habian empezado el dia anterior por la mañana, estaban merendando alegremente en la cabecera de la heredad, y con ellos merendaba, ó hacia que merendaba, toda la familia de Echezúri, ménos el indiano, que no estaba allí.

Precisamente estaban hablando de la sorpresa que la tarde anterior, á aquella misma hora, habian experimentado al ver asomar á Machin haciendo fiestas á un caballero para todos ellos desconocido, cuando su sorpresa se renovó viendo aparecer á otro caballero (¡nos daremos tono!), desconocido tambien y por Machin acariciado.

Saludélos, los obligué á que se volvieran á sentar, pues se habian levantado al verme, saludándome Ignacio por mi propio nombre, pues me conocia de vista, como yo á él; y para inspirarles más confianza me senté á su lado y hasta acepté un vasito del blanquillo de Aldasóilla, que me ofreció Juana, que era la escanciadora.

El vivo deseo que todos tenían de saber dónde y cuándo se había hecho amigo mio Machin, les hizo abreviar los preliminares y cumplimien-los para satisfacer esta curiosidad.

— ¿Cómo ha acertado V. á subir solo por esas heredades? me preguntó Juana.

— Me ha guiado Machin desde la fuente donde le encontré.

— Pero ¿le conocia á V. Machin?

— No, señora.

— Pues entónces, ¿cómo sabe V. su nombre y venia haciéndole á V. fiestas?

— Le pregunté cómo se llamaba, me lo dijo, é inmediatamente nos hicimos muy amigos. ¿No es verdad, Machin?

Machin, que estaba triturando un gran cante-ro de pan que le había echado Ignacio, dejó esta interesante operacion para hacerme una caricia afirmativa, mientras Juana y todos los demas se echaron á reir, conmo diciendo: ¡«Qué gana de broma tiene este buen señor!»

— No se rian VV., añadí, que lo que digo es la pura verdad.

Y como las muestras de incredulidad continuasen, les expliqué mi método de averiguar el nombre de los perros.

— ¡En el nombre del Padre y del Hijo!..... exclamó Juana santiguándose, ¡hay que confesar que VV. los del dia estudian con el enemigo para saberlo todo!.....

Reíme de la inocente admiracion de Juana, y pasé á disculpar, del único modo que me ocurría, mi presentacion en Echezúri.

—Ya sé, dije, que están VV. de enhorabuena, y yo se la doy muy de véras, y particularmente á V., Juana, que estará en sus glorias con la venida de su hijo.

— ¡Sí que lo estoy, gracias á Dios y á la santísima Virgen de Begoña, que me han dado este consuelo! contestó Juana, asomando las lágrimas á sus ojos.

— ¿Y dónde anda el indiano, que no la veo por aquí?

— En cuanto hemos comido se ha ido por ahí, porque no se cansa el pobre de corretear, con el afán de volverlo á ver todo.

— Es natural. ¡ Cuando yo volví á mi aldea, despues de estar ausente de ella áun muchos más años que su hijo de V., llegué al anochecer, y en toda la noche no pude pegar los ojos, á pesar de que llegaba rendido de cansancio y de emocion y hacia dos noches que no habia dormido. Al rayar el alba, me asomé á la ventana, deseando contemplar con los ojos materiales todo aquello que durante veinte años sólo habia contemplado con los ojos del alma, y cuando tocaron á maitines, lloré como un niño al volver á oír aquellas campanas que tantas veces habia repicado yo y tantas me habian entristecido tocando á muerto por una persona querida, ó me ha-

bían alegrado anunciando con su repique la fiesta del día siguiente. Los que, como VV., apenas han pasado un día sin oír las campanas de la iglesia donde fueron bautizados, no pueden comprender lo que yo sentí al volver á oír las de mi aldea despues de pasar veinte años sin oírlas, y lo que habrá sentido su hijo de V. al volver á oír las de Santa María de Loreaga!.....

— Ay, sí que el pobre debe haber sentido mucho, porque al volver de misa á las nueve, viendo que no se habia levantado aún, fui á su cuarto y le encontré dormido como un tronco, sin duda porque, como á V. le sucedió, no habria podido dormir en toda la noche, y al fin le habria rendido el sueño.

Por casualidad, al decir esto Juana, reparé en el rostro de Ignacio, y me pareció que atravesaba por él no sé qué nubecilla de tristeza.

— Tarde se ha levantado, continuó Juana; pero bien se desquita andando todo el día de ceca en meca.

— Pues yo he dicho: « Ya que he venido por Loreaga, voy á subir por Echezúri para tener el gusto de saludar al indiano, y ver si me da razon de tantos amigos míos como ha dejado por allá. » Ya va anocheciendo, y me voy por esas cuestras abajo ántes que oscurezca; que mañana, si Dios quiere, ó cualquiera otra tarde, daré por aquí otra vuelta y tendré la satisfaccion de charlar con él un rato.

Juana, Isabel é Ignacio me hicieron grandes instancias para que me quedase en Echezúri; pero lo rehuse con las debidas muestras de agradecimiento, bastante satisfecho con haber hecho conocimiento con aquella familia y dejar la puerta abierta para volver á verla y estudiarla con más detencion.

Pocos instantes despues emprendia la bajada de la cuesta con Ignacio, que se empeñó en acompañarme hasta Iturrilanda, y Machin, que nos siguió. A mitad de la cuesta, viendó éste á Lorá en la de Echegórri con Ines, que estaba en conversacion con una vecina que subia de la fuente y habia posado la errada en el ribacito del descansadero, nos hizo una caricia de despedida, y atajando por el vallecito de Errecá, salió al encuentro de su amiga.

— Ahí tiene V. á mi hermano, me dijo Ignacio al salir á Iturrilanda, y en efecto, reparé en Julian que estaba sentado fumando junto á la fuente.

Saludé á Julian y le pregunté por una porcion de compañeros de mi niñez, que habian ido á América y me dijo haber muerto ya en su mayor parte, con el desconsuelo y el dolor de que no se realizára el sueño de casi toda su vida, de que sus huesos esperáran la resurreccion universal, confundidos con los de sus padres y hermanos, á la sombra de la iglesia del valle nativo.

Cuando estábamos en esta conversacion, sonó el toque de oraciones, y siguiendo la piadosa costumbre del país, Ignacio y yo nos descubrimos la cabeza y guardamos silencio por algunos instantes para elevar á Dios el corazon y el pensamiento.

Julian se sonrió irónicamente, levantó un poco de la cabeza el sombrero, como si temiese resfriarse, y no se quitó de los labios el cigarro puro que tenía en ellos.

Aquella súbita nube de tristeza que habia cruzado por el placentero rostro de Ignacio cuando conversábamos en la heredad de Echezúri, volvió á anublarle por un instante.

—Ea, dijo Ignacio, recobrando de repente su habitual jovialidad, yo les dejo á VV. continuar su conversacion de indianos, y me voy Errecá arriba, á recoger los bueyes que tengo allá arriba en la campa. Julian, no súbas tarde; que madre, como madruga mucho, se acuesta temprano y áun tiene hambre y sed de charlar contigo.

Ignacio tomó, en efecto, la márgen del arroyo y desapareció entre la enramada de avellanos y mimbreras que, enlazándose desde ambas orillas, formaban sobre el pedregoso arroyo tupida y oscura bóveda.

—Con que, ¿qué le ha parecido á V. nuestro rinconcito del mundo al volver á él? pregunté á Julian.

—Bien, me contestó con algun calor.

— El cielo más sereno tiene de cuando en cuando sus nubecillas, y hasta á veces sus nubarrones, y hay que convenir en que, si nuestro cielo atmosférico es el ménos sereno de España, nuestro cielo moral es quizás el más sereno del mundo.

— Tiene V. razon; pero es lástima que no vaya desapareciendo de él una de las nubecillas que más le empañan. Yo soy tan católico como el primero; pero por lo mismo me disgusta el fanatismo.

— Y á mí me sucede lo propio, porque el fanatismo es en la religion algo parecido al churriguerismo en la arquitectura, al barroquismo en la pintura y la escultura, y al gongorismo en la poesía.

— Pues entónces convendrá V. en que es lástima que esa nubecilla no haya desaparecido ya de lo que V. llama nuestro cielo moral.

— Precisamente este cielo, que no carece de nubecillas, como todos los cielos, está exento de la del fanatismo.

— Hombre, no diga V. disparates.....

— Nadie está libre de decirlos; pero creo, y V. me dispensará la franqueza, que en esta ocasion quien los dice no soy yo. V., por lo visto, confunde con el sombrío fanatismo, que llena la vida de terrores, de odios y de cadenas, la fe plácida, serena y consoladora de nuestro buen pueblo vascongado, que tiene por base el

amor á la libertad y á la justicia y el respeto á la autoridad. Y si no, dígame V., ¿qué es lo que V. entiende por fanatismo?

— Hombre, por fanatismo entiendo yo... el estar siempre pegado á Dios como el marisco á la peña.

— Pero es que Dios es el bien, y es la justicia, es lo que le dijo á V. el padre Astete cuando iba V. á la escuela: Un Señor infinitamente bueno, sabio, poderoso, justo, principio y fin de todas las cosas. Con que ya ve V. si hay razón para no separarse de él.

— En fin, yo me entiendo, aunque no sé explicarme como V. V. los literatos.

— Dejémonos de literatura, que no viene ahora al caso, y expliquémonos como Dios nos de á entender; que, por poco elocuente que uno sea, siempre halla medio de expresar con claridad lo que con claridad concibe y siente.

— Pues bien, le pondré á V. un ejemplo de lo que yo entiendo por fanatismo: mi pobre madre, buena á carta cabal, es ya anciana, está delicada de salud, y anoche, con mi venida, se acostó á las mil y quinientas. Pues á pesar de eso, esta mañana se levantó al amanecer, bajó á la iglesia, y allí se estuvo comiéndose los santos hasta más de las ocho de la mañana. Esto es lo que yo entiendo por fanatismo, y esto, por más que lo contrario me prediquen todos los curas y los frailes del mundo, no tiene nada de

la placidez serena y consoladora que V. supone.

El alma se me cayó á los piés al oír esto, y acabé de convencerme de que me las habia con el corazon y el entendimiento más vulgares que Dios habia producido en nuestras montañas, donde gracias á Él, es comunísimo hallar corazones y entendimientos más parecidos á los de Ignacio que á los de Julian. Sin embargo, quise hacer un esfuerzo para ver si levantaba un poco aquel corazon y aquella inteligencia del polvo en que los veia caídos.

— ¡Es posible, amigo mio, exclamé cariñosamente, es posible, que no comprenda V. y aplauda con emocion y lágrimas de ternura el sentimiento que esta mañana, al dorar el sol de Dios con su luz nuestros apacibles campos, conducia por este mismo sitio á su buena, á su santa madre de V. á la iglesia de Santa María! Diez años habia llorado la ausencia de su hijo, diez años habia pensado en él á todas horas, despierta ó dormida, en sus alegrías y en sus tristezas, conversando con Dios y conversando con los hombres; diez años habia pedido á Dios en aquella iglesia que se alza allá abajo, que le volviese á sus brazos, y por espacio de diez años habia vuelto de aquella iglesia consolada con la esperanza de no descansar á su santa sombra sin haber tenido el consuelo de volver á abrazar á su hijo. Dios le concedió anoche este

supremo consuelo de su vida, ¡y queria V. que ella, feliz, agradecida y buena, no esperase con impaciencia la luz del dia para correr al templo donde tanto habia orado, llorado y esperado, á prosternarse á los piés de la Consoladora de los afligidos, exclamando, anegada en lágrimas de gratitud y consuelo: «¡Gracias, Santísima Madre, porque no me habeis desamparado!»

El plenilunio que regocijaba á nuestros padres, los cántabros de Estrabon, irradiaba espléndido y hermoso allá sobre los montes de Larrabezúa, y sus rayos penetraban hasta nosotros por la conjuncion del ramaje de dos castaños. A su luz me pareció ver brillar una lágrima en los ojos de Julian, y ya no dudé de que tal lágrima habia brotado, cuando Julian estrechó con efusion mi mano y me dijo:

—Tiene V. razon, he dicho un disparate, que Dios y mi madre me perdonen!

En aquel instante apareció Ines, con la errada en la cabeza, en la salida de la *llosa*, y nos saludó.

Yo me despedí inmediatamente de Ines y Julian, y tomé la estrada con una triste sospecha: con la de que la emocion, desgraciadamente pasajera, que dominaba á Julian, podia infundir en Ines la engañosa esperanza de encontrar en el pecho de Julian un corazon como el que su hermana habia encontrado en el pecho de Ignacio.

XV.

Ines que mientras yo me despedía colocó la errada bajo la teja, sin poder ocultar la satisfacción que le causaba el ver allí á Julian, preguntó á éste cariñosamente :

— Julian, ¿cómo andas por aquí á estas horas?

— Á pesar de que anoche, al verme en Eche-górri, convinisteis todos con tu padre en que en América por cada año que aparece en el calendario aparecen dos lo ménos en la cara de los que de aquí vamos, no he cumplido aún veinte y ocho.

— ¿Y por qué dices eso?

— Para recordarte que todavía tengo derecho á bajar al anochecer á Iturrilanda. Ya recordará aquella canta que dice :

Si hicieran de monaguillos
Muchachas, y no muchachos,
Ningun mozo faltaria
Á la misa ni al rosario.

— Sí, ya la recuerdo.

— Pues calcula por qué yo no he faltado al anochecer en Iturrilanda.

Aunque á Julian no le daba el naipe para figuras retóricas, como lo prueba esta, arrastradita la pobre por los cabellos, Ines, que no los tenía de tonta, le comprendió.

—Pues ya que no has faltado, le dijo, apartando de la teja la errada que ya estaba llena, sírveme de algo.

Julian la ayudó á ponerse la errada en la cabeza, y ambos emprendieron la subida de la cuesta.

—Con que, cuéntame qué te has hecho por América, Julian.

—Asistir todos los anocheceres á Iturri-landa.

—¿Qué! ¿allí hay Iturrilanda también?

—No; pero he asistido á la de Loreaga.

—¿Jesus, qué embustero! ¿cómo?

—Con el pensamiento. Y por cierto que más de una vez vi allí un mozo que no era de Loreaga.

—Pues ¿de dónde?

—De Zamudio.

—Mira, Julian, hablemos de otra cosa, dijo Inés poniéndose seria. Cuando me escribiste me decias que tenías pensamientos para mí y me los traerías cuando vinieras; si todos eran como aquel con que asistias á Iturrilanda, todos eran engañosos y falsos, y no verdaderos como el que yo te envié.

En esta conversacion llegaron Ines y Julian

al descansadero de la cuesta donde Ines posó la errada.

Ignacio, que á la luz de la luna los habia visto subir, se dirigia á Echegórri por Errecá.

— ¡Dices, Ines, que hablemos de otra cosa! Yo no puedo hablar de otra cosa porque casi sólo para hablar de ésta he vuelto de América, á pesar de que venía temiendo que mi venida fuera ya inútil.

— ¿Por qué?

— Porque temia no encontrarte ya en Echegórri.

— Pues ¿dónde, si no?

— En Zamudio.

— ¡Vuelta!

— Yo sabía que el hijo de Pamparroya insistia en casarse contigo.

— Pero sabrias tambien que yo insistia en no casarme con el hijo de Pamparroya.

— Y ¿por qué?

— Porque no me agradaba.

— ¿Te agrado yo?

Ines esperaba esta pregunta, pero no hecha tan..... como si dijéramos á boca de jarro, y guardó silencio entre ruborosa, sorprendida y regocijada. Julian la repitió, é Ines respondió, al fin, con voz temblorosa de emocion :

— Julian, yo creo que ántes de preguntarme si me agradas, debias decirme lo que no debo preguntarte yo.

— Pues ¿no te he dicho que casi sólo por tí he vuelto de América?

— ¡Gracias, Julian, si es verdad eso!

— Es tan verdad, que si yo creyera en Dios tan á piés juntillas como vosotros, por Dios y todos los santos del cielo te lo juraría.

El corazon se le oprimió á Ines al oír aquel intempestivo alarde de incredulidad, precisamente cuando más propenso á creer en Dios y á levantarse á él estaba su corazon.

— ¿Lloras? le preguntó Julian, viendo que sus hermosos ojos reventaban en lágrimas.

— ¡No he de llorar, Julian, cuando me dices las dos cosas más tristes que puedo oír de tí!

— ¿Y qué cosas son ésas, Ines?

— ¡Que no crees en Dios como nosotros creemos, y que en la tierra donde naciste y donde está tu madre y estamos todos los que te queremos y hemos pensado en tí y por tí hemos llorado por espacio de diez años, yo soy casi lo único que te interesa!

— Y ésa es la verdad, Ines, y yo creo que eso debia bastarte; tú eres mi Dios, mi mundo y mi todo.

— ¡Pues no debo ni quiero serlo, Julian!

— ¿Estás loca?

— No, no estoy loca. Yo no sé cómo decirlo, pero creo que el corazon donde no hay más que un amor es como la casa donde no hay más que una persona, que está triste y expuesta á que-

dar desierta. Cuando ménos, debe haber en el corazon tres amores : el de Dios, el de la tierra donde hemos nacido y el de la familia; y en caso de haber uno solo, debe ser el de Dios que los resume todos. Pues qué, Julian, si Ignacio no tuviera en su corazon más que un amor; si Isabel fuera su Dios, su mundo y su todo, como dices que para tí lo soy yo, ¿sería mi hermana tan dichosa como es? No, Julian, y bastaria por sí sola, para hacerla desgraciada, la idea de que el dia que un soplo de Dios la arrebatase á ella del mundo, el corazon de su marido quedaria completamente desierto é inútil.

Julian no entendió la mitad de este juicioso razonamiento de Ines, pero no por eso estaba ménos admirado y enamorado de tal modo de razonar. Dios, comprendiendo, sin duda, que el vulgo sería inaguantable si sólo amase y admirase lo que entendiese, ha hecho que tambien ame y admire lo que no entiende, para que no sea inaguantable el vulgo.

— ¿Dónde ha aprendido esta muchacha todas estas cosas? se preguntaba Julian á sí mismo conforme hablaba Ines, porque el infeliz ignoraba que la bondad del corazon suple á la cultura del entendimiento para ver claro en ciertas cosas.

— Ines, tienes razon en lo que dices; pero no la tienes en haber tomado al pié de la letra lo que yo he dicho. No hagas caso de mis exagera-

ciones; que sólo he incurrido en ellas para expresarte lo mucho que te quiero. Si tú has pensado en mí durante diez años, yo también he pensado en tí durante el mismo tiempo; y si me quieres como yo te quiero, en lo que de mí dependa nada tendrás que envidiar á la dicha de tu hermana. Yo te vi temblar y desfallecer de angustia cuando te abracé al partir. Entonces comprendí por primera vez lo que me querías, y estuve á punto de renunciar á mi viaje, para vivir y morir contigo en Loreaga; pero mi orgullo mal entendido me dijo que ya era tarde para tomar esta resolución. Con que..... ¿qué me dices, Ines? ¿Te casarás conmigo?

— Hace diez años me lo dije á mí misma, Julian; ¡contigo ó con ninguno! contestó Ines ocultándose el rostro con el delantal con que se enjugaba las lágrimas.

Julian se llevó la mano á los ojos, y al estrechar la de Ines, pudo ésta notar que humedeció la suya.

— Vamos, que es ya tarde y tu pobre madre te espera, dijo Ines poniéndose, con ayuda de Julian, la errada en la cabeza.

Y continuaron ambos cuesta arriba.

Ignacio esperaba á su hermano en Echegórri.

Mari habia querido que la conversacion girase aquella noche exclusivamente sobre la gran novedad del dia, sobre la venida del indiano; pero Lúcas no habia dejado lugar á esta conversa-

cion, contando con todos sus pelos y señales las hazañas de su pareja de bueyes el domingo anterior en la feria de Lenda donde, según Lúcas aseguraba, había asombrado á media Vizcaya y otra media Guipúzcoa.

— ¡Mal hayan vuestras parejas que no dejan aquí modo de hablar de nada más que de ellas! exclamó Mari disgustada, viendo que Ignacio, al oír llegar á su hermano é Ines, se levantaba del escaño para irse sin haber tenido tiempo de hablar palabra del indiano.

Mari y toda la familia se desquitaron algun tanto de esta privacion, bajando á saludar y despedir á Julian, y dos minutos despues éste é Ignacio bajaban hácia Errecá, dirigiéndose á Echezúri, entretenidos en la siguiente conversacion:

— ¿Dónde has andado esta tarde, Julian?

— Primero me fuí á ver la rompida de Aldasóilla, y luégo á la plaza á encargár que me traigan mañana el equipaje de Bilbao.

— Y ¿qué tal te ha parecido lo de Aldasóilla?

— Me ha asombrado la trasformacion que ha sufrido aquel inútil brezal. ¡Debe haberte arruinado la tal rompida!

— ¡Qué! ¿te parece que tan fácilmente me arruino yo?

— Para arruinarse en este país no se necesita mucho.

— Es verdad que no somos indianos como tú;

pero sabiendo bandearse, tambien aquí hay.....

— ¡Qué ha de haber aquí sino miseria!.....

— Eso habrás estado pensando siempre por allá, ¿no es verdad?

— Verdad es, y por eso hubiera querido estar por allá algunos años más, para traer unos cuantos miles de duros más con que poder ayudarte algo más de lo que podré.

— Gracias, Julian, por tu buen deseo.

— Le tengo tan bueno, que por de pronto, si me caso, como es probable.....

— Hola, hola, ¿con que te vas á casar?

— Eso pienso.

— Y ¿con quién?

— ¡Con Ines!

— ¡Vengan esos cinco!

— Pues te iba á decir que si me caso, no tienes que pensar en la dote.

— ¡Gracias, Julian!

— Y acaso pueda hacer algo más por tí, porque, con tantos hijos como vas teniendo.....

— Lo malo, ó mejor dicho lo bueno, será que no tendrás tú ménos que yo, porque supongo que Ines no querrá ser ménos que su hermana.

— Si tal me sucede, mal voy á andar, porque la bolsa viene floja, y luégo en este demonio de tierra todo es sembrar y no coger.

— Hombre, no te apures, que todo se arreglará. ¿Qué capital traes?

— Una miseria, hombre. ¿Cuánto te parece?

— ¡Supongo que no traerás ménos de veinte mil duros!

— ¡Echa, echa talegas! ¡Veinte mil duros en diez años!..... Si echára esos cálculos un natural de Jauja, donde se come y se bebe y no se trabaja, no me extrañaría; pero sí que los eche un natural de Vizcaya, donde se echa el cuajo y no se gana un cuarto.

— Pues ¿cuánto es lo que traes?

— Traigo diez mil duros en letras sobre Bilbao. Ya ves que he hecho una heroicidad con volver á Vizcaya con esta miseria.....

— Miseria me parece realmente, habiéndote costado tantos peligros y trabajos.

— ¡No lo sabeis vosotros bien!

— ¡Ya lo sabemos!

— No, porque yo no he querido decíroslo por no entristeceros.

— Pero nos lo ha dicho tu cara.

— Es verdad que siendo más jóven que tú parezco padre tuyo.

— Pero, en fin, con diez mil duros ya se puede vivir.

— Mucho me temo que pellizco por aquí, pellizco por allá, se los lleve la trampa en poco tiempo, y tenga que volver á América para recobrarlos.....

— ¡No harás tal cosa, Julian! Si llegase ese caso, que no llegará si tienes buena cabeza y buen corazon, aquí tendrás quien te ahorre ese viaje.

— ¿Aquí? ¡Miseria es lo que aquí tendré!

— No, aquí tendrás á tu hermano, y con él veinte mil duros que desde ahora pone á tu disposición.

Julian, creyendo que su hermano se burlaba de él, soltó una carcajada para devolverle la burla.

— No, no te rias, Julian, le replicó Ignacio muy seriamente.

— ¿Que no me rias? ¡Veinte mil duros tú!.....

— Veinte mil duros, ganados tranquila y honradamente sin salir de Loreaga, y acompañados sólo de bendiciones.....

— Pero ¡qué! ¿has descubierto minas de oro en Vizcaya sin que los periódicos hablen de tal descubrimiento?

— Sí, las he descubierto, ó mejor dicho, ya estaban descubiertas y yo los he explotado. Te voy á decir dónde y cómo.

Ignacio y su hermano se detuvieron al dar vista á Echezúri, en aquel mismo verde ribazo, perfumado por la fresa silvestre, las violetas y la mejorana, donde en otro hermoso plenilunio soñaba Ignacio despierto, dirigiendo la vista, ora al azul del cielo, ora al caminito que blanqueaba entre los prados y los maizales de Echegórri.

Julian pensaba interiormente:

— Vaya, éste me va á entretener con alguna novela plagiada de ese soñador paisano nuestro que me ha hecho llorar como un bobo en Itur-rilanda.

Ignacio refirió á su hermano, con todos sus detalles, y sin omitir el de los puñados de oro que iba arrojando al delantal de su madre, cómo habia ganado el honrado capital que generosamente ponía á disposicion de su hermano. Y conforme Ignacio hablaba, Julian, viendo que no descubria en su relato cosa que se pareciera á los recursos manejados por los alquimistas de la literatura, íbase poniendo pensativo y triste.

— Ay, Ignacio, exclamó cuando acabó su hermano de contarle cómo habia encontrado las Indias en Loreaga; ¡qué ciego he sido hasta que ha vuelto á alumbrar mis ojos la luz que primero vieron! Con que es decir que yo he atravesado dos veces la inmensidad de los mares, he llorado y he hecho llorar durante diez años y he envejecido de cuerpo y de alma para alcanzar la mitad de la fortuna que has alcanzado tú, sin correr peligro ninguno, sin llorar ni hacer llorar á nadie, y conservando cuerpo y alma tan jóvenes como hace diez años!.....

— Sí, Julian, sí. Ésa es la verdad, que debe servirte de leccion para recobrar la juventud que has perdido, para conservar y aumentar el dinero que has ganado y para enjugar las lágrimas que has hecho derramar. Mira, Julian, á propósito de lágrimas, tengo que encargarte y suplicarte que, ya que madre las derrama ahora de alegría, no hagas que vuelva á derramarlas de pena. ¿Recuerdas la resignacion y el consue-

lo que tuvo cuando te alejaste de ella, al ver las pruebas de religiosidad que diste aquellos últimos días?

— Sí, lo recuerdo muy bien, y debo recordarte también que ningún esfuerzo me costaron. Si fui con madre á oír una misa en Begoña; si confesé y comulgué la víspera de mi partida; si pedí á madre que por su propia mano me pusiera al cuello un escapulario; si hice otra porción de cosas parecidas á éstas, fué porque creía de todo corazón que de ellas dependía mi felicidad.

— Y quizá no te engañabas.....

Julian sonrió irónicamente.

Esta sonrisa causó profundo dolor á Ignacio, que continuó:

— Pues has de saber, Julian, que madre está en la firme creencia de que traes de América el alma tan llena de fe como la llevaste.

Julian repitió su irónica sonrisa, murmurando:

— ¡Pobre madre!

— No, no has de decir pobre madre, sino feliz madre, porque feliz es creyendo que eres bueno.

— Pues ¡qué! ¿no soy bueno aunque no crea?

— No, Julian; si no creyeras, no lo serías.

— Mira, Ignacio, dejemos esa cuestión.

— Sí, dejémosla para hablar sólo de madre. Madre se moriría de pena si supiera que no has vuelto con la santa y profunda fe con que partiste.

— Vive seguro de que no morirá con esa pena.

— El domingo quiere que vayamos todos juntos á oír una misa en la iglesia de Begoña para dar gracias á la Vírgen por tu vuelta. Por Dios te suplico, Julian, que esta noche te anticipes á decir á madre que tienes este deseo, y con ello la darás un gran consuelo.

— Te prometo complacerte.

— ¡Gracias, Julian! exclamó Ignacio saltándosele las lágrimas y estrechando con efusion la mano de su hermano.

Ignacio, que con frecuencia volvía la vista hácia casa, creyó distinguir una blanca sabanilla en la ventana.

— Vamos, dijo, que madre é Isabel nos esperan impacientes.

Y ántes que llegáran á casa, alumbró la luz del candil la portalada.

— Mañana, dijo alegre y cariñosamente Isabel, que era la que tenía el candil en la mano, mañana madre y yo echamos la llave á la puerta y os encerramos con nosotras, á ver si así nos consolamos una vez de hablar con vosotros.

XVI.

El domingo, ántes de amanecer, notaban los madrugadores de Loreaga, ordinariamente no pocos, que en Echegórri y en Echezúri tambien madrugaba la gente, pues en ambas caserías se veia la luz del candil, de cuando en cuando, al pasar de aquí para allí por delante de las ventanas.

Poco despues se vió salir de Echegórri un *súsi* (manejo de paja encendido), que se perdió de vista en la cañada de Errecá, volvió á verse en la planicie de Echezúri, y por último desapareció en la casería. Algunos minutos despues otro *súsi* salió de la casería de Echezúri y descendió hacia Iturrilanda, viéndose á su luz y á la del alba, que despuntaba ya, un grupo de personas al rededor del *súsi*.

Cuando aquellas personas desembocaron en la plaza por la estrada, ya habian arrojado el *súsi* como inútil, porque era de dia claro. Eran Juana, Ines, Ignacio y Julian. Las primeras, vestidas de negro, llevaban las mantillas dobladas sobre la cabeza.

Caminando valle abajo, valle abajo, apresuraron el paso poco antes de salir á la carretera de Munguía, viendo asomar un coche con direccion á Bilbao por los altos de Dérío, y así salieron á la carretera antes que llegase el coche.

Éste, que era la diligencia diaria de Munguía á Bilbao, acortó su carrera al verlos parados en la carretera, suponiendo que le esperaban.

Esperaban en efecto al coche, pues cuando le vieron asomar, el indiano se empeñó en que habian de subir en él si llevaba asientos desocupados.

Llevábalos ciertamente, los ocuparon, y continuaron su viaje en el coche, con tanto más gusto, cuanto que los que venian ya en él eran dos mujeres de Munguía, á quienes Juana é Ines y áun Ignacio conocian mucho.

Saludáronse afectuosamente, preguntándose por las familias; Juana, que estaba en sus glorias con la venida de su indiano, presentó, digámoslo así, á éste á las munguiesas, y éstas supieron que los de Loreaga iban á Begoña á mandar decir y oír una misa en accion de gracias á la Virgen por la feliz llegada del indiano.

— ¡Ay! dijo con pena una de las munguiesas, mujer ya entrada en años, el de VV. es viaje más corto que el de ésta.

La ésta á quien se referia era su compañera, era una jóven enlutada, bien parecida, pero descolorida y triste.

— Pues qué, ¿no va Mari-Ignaci á Bilbao? le preguntó Ines.

— No, hija, contestó la mujer, va á Madrid.

— ¡Ené, tan léjos y sola!

— Sola no; va con unos señores de Bilbao que salen mañana para Madrid.

— ¿Vas á servir con ellos? preguntó Ines á la jóven.

— No, contestó ésta; me voy á quedar allí en un convento.

— ¡Hola! hola ¿con que tenemos monjío? dijo Julian tomando por primera vez parte en la conversacion con una sonrisita burlona que alarmó á Ignacio.

— Haga V. cuenta que sí, contestó la mujer que acompañaba á la jóven.

— Hace muy mal.....

— ¿Por qué, hijo, si tiene vocacion para ello? replicó Juana.

— Porque....., desengáñese V., madre, no debe haber más monjas ni más frailes que del hábito de San Andres.....

Ignacio impidió á su hermano terminar la frase, tirándole con disimulo del gavan.

— Esta pobre sobrina mia, continuó la munguiesa, tiene motivos muy dignos de respeto para meterse hermana de la caridad.

— ¡Hola! ¿con que hermana de la caridad? continuó Julian. Buenas chicas se suelen ver entre ellas.

— Todas deben ser buenas, dijo Juana, porque si no lo fueran no se dedicarían á una ocupación tan triste y tan santa como la de consumir la juventud asistiendo y consolando á los enfermos.

— Madre, replicó Julian, no digo que sean buenas ni dejen de serlo, sino que entre ellas se ven algunas que tienen buenos bigotes.

Esta salida de pié de banco encendió de vergüenza el rostro, lo mismo de las mujeres que de Ignacio.

La pobre Juana, que era la que más herida se sintió al oírla, trató de paliarla, diciendo á su hijo :

— Eh, quítate de ahí, tonto. Esas cosas aprendéis vosotros por esos mundos de Dios, lejos de vuestras madres.

Ignacio se apresuró á hablar con su hermano de las heredades que veían, temeroso de que Julian volviese á soltar alguna chabacanería ó alguna impiedad, que volviese á afligir á su madre, y las tres mujeres continuaron hablando del viaje de Mari-Ignaci.

Segun esta convesacion, Mari-Ignaci, que hacia tres años habia perdido á su madre, acababa de perder tambien á su padre, despues de pasar éste dos años postrado en cama, paciente y cuidadosamente asistido por su única hija. Al dolor que Mari-Ignaci habia experimentado con la muerte de su padre se habia unido otro de índole distinta, pero no ménos cruel: un jóven,

con quien no se habia casado ya por no contraer obligaciones que la precisasen á desatender á su padre, que no tenía en su triste situacion quien le cuidase y amparase más que ella, acababa de dar al olvido sus promesas y compromisos, casándose con otra, que no habia ajado su juventud y hermosura como la pobre Mari-Ignaci, viviendo dos años al lado de un padre enfermo. En esta tristísima situacion, y habituada, por su desgracia, á la vida de enfermera, habia resuelto continuar esta vida pronunciando los votos temporales y limitados de las benéficas hermanas de la caridad.

En esta y aquella conversacion, que aprovechó Ignacio para reconvenir á su hermano en voz baja por sus *deslices* y suplicarle encarecidamente que no volviese á incurrir en ellos, el coche llegó á la cadena de Begoña, donde los de Loreaga se apearon y se despidieron de las munguiesas.

Julian estaba decidor y alegre, pero los demas estaban tristes, y muy particularmente Ines.

Poco despues entraron en el venerando santuario de Begoña, en cuyos santos umbrales recobró Juana su alegría, porque para ella aquel templo habia sido siempre, y particularmente durante la larga ausencia de su hijo, fuente inagotable de esperanzas y consuelos.

Plácenme aquellas laderas y colinas de Bego-

ña, porque, ademas de los recuerdos histórico-religiosos, tienen para mí muchos encantos: desde ellos contemplo en toda su extension y hermosura el animado, el bello, el populoso valle del Ibaizábal, que en una extension de tres leguas, cuyos opuestos límites señalan los montes cónicos de Sarántes y los collados de Galdácano, encierra más de cincuenta mil habitantes distribuidos en cinco mil casas y caserías; y más que por esto, me placen porque desde aquellas alturas contemplo las cimas de los montes á cuyo pié y en cuyas faldas están los recuerdos de mi niñez.

El dia que mis amigos de Loreaga visitaban el santuario de Begoña, fuíme á pasear por aquellas placenteras colinas y me encontré con ellos. Los acompañé hasta la cima de la cordillera de Archanda, donde el viajero pierde de vista el valle del Ibaizábal para descender á aquel otro valle, más ancho y no ménos hermoso, que recorre un rio casi sin nombre, aunque yo le daré el de Itúrburu, puesto que tiene origen en las montañas y fuentes de este nombre.

La tarde era apacible y hermosa, y despues de haber comido y descansado en la casa llamada de la Novena, contigua al santuario, donde desde tiempo inmemorial se sirven modestas, pero limpias y bien sazonadas comidas, habian determinado volver á pié á la aldea, haciendo un nuevo descanso á mitad de la jornada, en el

fondo del valle, donde existe una aseada y bien provista venta, conocida con el nombre de casa del Estudiante, porque su morador y dueño es un buen anciano que en sus mocedades cursó la teología, y luégo, en lugar de empuñar el incensario y el hisopo, empuñó la azada y la laya.

— Véngase V. con nosotros á pasar un par de dias en Loreaga, me dijeron.

— Con mucho gusto lo haria, les contesté, porque la vida de la aldea tiene para mí atractivos que nunca he podido encontrar en la vida de las ciudades y las villas; pero no me es posible hacerlo hasta que esté de vuelta de un triste viaje que tengo que hacer á Valladolid.

— ¡Qué! me preguntó Ines, ¿tambien V. tiene que emprender tristes viajes, como la pobre Mari-Ignaci?

— No comprendí de qué Mari-Ignaci me hablaba Ines; pero contesté:

— Sí, un viaje muy triste, porque voy á llevar á una casa de locos á una pobre sobrina mia.

— ¿Loca?

— Sí, loca.

— ¿Y jóven?

— Jóven y buena como V.

— ¡Cuitada! Y ¿por qué ha perdido el juicio?

— Es la suya una historia muy triste, que sólo tiene de satisfactorio el no encerrar nada que pueda sonrojar á la pobre loca ni á su familia.

— ¡Cuántas historias tristes, exclamó Juana, encontrará V. donde va á dejar á su infeliz sobrina!

— Ya nos las contará V. cuando á su vuelta vaya por Loreaga, dijo Ines.

— Prometo entretener á VV. con ellas alguna noche en Echezúri.

Así diciendo, me despedí de mis buenos amigos, y dos dias despues hice el triste viaje de que les habia hablado.

Hay en Valladolid un manicomio, ó casa de locos, con la advocacion de San Rafael, dirigido por un ilustrado, piadoso y discreto caballero (1), que, despues de haber dirigido por espacio de muchos años el manicomio provincial de la misma ciudad, fundó el particular de San Rafael, donde los pobres dementes ni áun carecen del calor y los consuelos de la familia, pues el director, su hijo, que es un brillante profesor de medicina y cirugía, su esposa, que es una excelente señora, y sus hijas, que participan de la bondad de sus padres, los consideran como miembros de la familia, y con ellos viven, y en tal concepto, su corazon toma parte en todas las alegrías y las tristezas de los infelices locos, que por turbulentos y furiosos que entren en aquella alegre casa, muy pronto se tornan pacíficos, dulces y sumisos, sin haberse empleado, para

(1) El Sr. D. Lázaro Rodriguez, á quien auxilia con su profunda ciencia, además de su hijo, el doctor Pastor.

obrar en ellos este milagro, más que la dulzura y el amor, que tantos obran en las almas y aún en los cuerpos enfermos.

Hay en el ancho patio del establecimiento un lindo jardín, cuyas flores perfuman las alegres y saludables habitaciones de los dementes, y en el que éstos encuentran uno de sus más gratos y sencillos solaces. Era día del Córpus, y con tal motivo se estaba adornando con ramos de flores la linda capilla del manicomio, situada en la galería del piso principal que circuye el patio-jardín, en la que aquel solemne día iba á celebrar la misa el Sr. Magistral D. Juan Hernando Miguel, respetable por su dignidad, su ciencia y su virtud.

A las siete de la mañana estaban en el jardín y la galería baja casi todos los dementes de ambos sexos, que á la sazón ascendían á veinticinco ó treinta, algunos de ellos ocupados en recoger flores y formar ramilletes para adornar la capilla de San Rafael, y el director y yo los contemplábamos, de pechos en la baranda de la galería alta, contándome el director la historia de aquellos infelices, y no pocas anécdotas interesantes, que habia recogido durante los muchos años que se habia dedicado al estudio práctico de la alienación mental.

— Vea V., me dijo el director, esa señora que sale ahora de su habitación.

En efecto, una señora jóven aún y bien pare-

cida salia de una de las habitaciones de la galería alta, y se dirigia con mucha compostura á la capilla del establecimiento.

Saludónos al pasar, y el director la dirigió algunas palabras afectuosas, dándola el nombre de doña Rosalía.

— Nadie diria que esa señora está loca.

— Aquí sucede como en la sociedad, en que muchos que parecen cuerdos ó buenos en la vida pública, son locos ó malvados en la vida privada.

— Me parece que debe ser interesante la historia de la locura de esa pobre señora.

— Interesante no deja de ser para los que, como V. y yo, buscamos en estas tristes historias materia de estudio y no materia de curiosidad; pero para los demas careceria de la novedad y el interes que se espera encontrar en las historias de locos. Esa señora pertenecia á una familia distinguida y piadosa, piadosa sin gatzmoñería, como lo son las familias en quienes la piedad, léjos de ser una noche que entristece la vida y la llena de terrores y sobresaltos, es un dia rico de luz y de sol y de apacible ambiente, que la llena de alegría y serenidad. Habíase criado con un jóven, hijo de una familia muy parecida en todo á la suya, con quien debia unirse, porque ambas habian convenido en ello viendo que el cariño fraternal de los dos niños, al entrar éstos en la adolescencia, experimentaba la trasformacion que naturalmente era de esperar. Ambos

eran muy jóvenes aún, y su casamiento se aplazó para cuando el joven volviera de completar su educación en Francia, donde debía permanecer tres ó cuatro años.

Pasado este tiempo, el joven volvió y se verificó el casamiento. La joven esposa era toda fe y corazón, y pertenecía al número, infinito aún, por ventura, de personas cuya vida encuentra sus mayores, sus más dulces, sus más puros encantos en el mundo del alma, en el mundo de la fe, en el mundo de la creencia. Para esas personas, el recuerdo de lo que ya no existe más que como recuerdo, y el amor de los que sólo existen en el cielo y en su memoria, es uno de los encantos de la vida, y sin estos encantos, reducido todo lo que hay que gozar y amar al mundo material, al mundo que llamamos real y positivo, para esas personas la vida es un desierto desolado y triste, y en ese desierto se ahogan, se agostan, agonizan, mueren como planta sin riego, como pez sin agua y como pájaro sin aire. La joven esposa pertenecía al número de estas personas, y apenas se casó, empezó á conocer que su marido era todo lo contrario que ella, todo lo contrario que ella le imaginaba, todo lo contrario que ella le habia conocido, todo lo contrario que era cuando se ausentó de España. A Francia habia ido lleno de fe, de creencia, de espíritu, de idealismo y de corazón, y de Francia habia vuelto sin nada de esto, mate-

rialista seco, sarcástico y desolado, para quien en lo pasado ni en lo porvenir, ni en la tierra ni en el cielo, no hay más que lo que ven los ojos y lo que tocan las manos.

Lloró la inmensa é inesperada desventura que Dios le deparaba, y se propuso resignarse á arrastrar santamente resignada la pesada cruz que Dios habia puesto en sus débiles hombros; es decir, á pasar la vida estrechamente unida á un cadáver; pero su razon empezó á trastornarse, y de tal modo se perturbó y eclipsó al fin, que la pobre señora fué traída aquí por su familia en el estado más lamentable de exaltacion y perturbacion mental.

— ¿Y cómo ha conseguido usted la gran mejora que se nota en ella? Supongo que para ello habrá empleado usted alguno de los ingeniosos medios que su experiencia y su amor á estos infelices inspiran.

— He empleado, de acuerdo con el Sr. Pastor, que entiende tanto en las enfermedades del alma como en las del cuerpo, uno sencillísimo: he puesto sobre el velador de su habitacion las obras de Santa Teresa de Jesus y las llaves de la capilla.

Á mi vuelta de Valladolid me fuí por Loreaga, para cumplir la promesa que habia hecho á mis amigos en las alturas de Begoña.

Es de advertir aquí que yo ignoraba entón-

ces que entre Inés y Julian mediasen más relaciones que las de la vecindad y el parentesco motivado por el casamiento de Isabel é Ignacio. Casi todo lo que cuento en este libro lo averigüé despues.

Subíme una tardecita á Echezúri, y encontré á Juana en la portalada, arrullando á su sétimo nietecillo con aquella dulce cancion con que Ignacio con tanta delicia la habia oido arrullar al primero. Los otros seis diableaban á su alrededor.

Saludé á la buena anciana, que me pareció estar algo desmejorada y triste, y le pregunté por el resto de la familia.

— Ignacio é Isabel, me contestó, con los obreros están en Aldasoilla.

— ¿Y Julian?

— Julian, dijo exhalando involuntariamente un suspiro, hácia la plaza debe estar. Voy á acostar á este cachorrito, que ya se ha quedado como un tronco, y le voy á sacar á usted algo para que refresque.....

— Gracias, Juana: no se moleste usted, que ya he refrescado en Iturrilanda. ¡Caramba, se puede venir á Loreaga aunque no sea más que por la fuente que tienen ustedes.

— Sí, tenemos, gracias á Dios, una agua riquísima. Para la gente trabajadora tiene un inconveniente; pero ¡cómo ha de ser! en este mundo no hay cosa completa.

— ¿Y qué inconveniente tiene el agua de Iturrilanda?

— Que da mucha hambre; como que por eso llaman muchos á la fuente Iturricogosca (la fuente del hambre).

— ¿Y á eso llama usted inconveniente?

— Sí, señor, y lo es. El trabajador que come á las doce ya tiene á las cuatro la comida en los talones si ha echado un par de tragos del agua de Iturrilanda, y para evitar este inconveniente beben de Urgogorra (agua dura) ó de otras fuentes calizas, que no son *finas* como las de terreno arenizo.

— La tarde está hermosa y es una delicia andar por estas heredades y arboledas. Voy á dar una vuelta por Echegórri, á ver cómo andan Lucas y su gente.

— Aquél tan *glorioso* como siempre con su mujer, sus hijos y su pareja. Con que, ¿qué tal le fué á usted por Valladolid?

— Bien, á Dios gracias.

— Que le esperamos á usted esta noche, por supuesto, para que nos cuente algo de su viaje.

— No faltaré. Ea, hasta luégo, Juana.

— Hasta luégo, don Antonio.

Al ir á descender al vallecillo de Errecá, dirigí la vista hácia el pié de los montes que dominan á Echezúri y Echegórri, por cuya falda se extiende un castañar, que empieza donde terminan las heredades y concluye á mitad de la

ladera, y vi á Isabel que venía de hácia Aldasoilla, con un cesto ancho y bajo en la cabeza, volviendo de llevar la merienda á su marido y á cinco ó seis jornaleros y jornaleras que quedaban resallando borona en la rompida contigua á la viña y al colmenar.

Al verla, en vez de bajar á Errecá, seguí la vertiente izquierda del vallecillo, y me dirigí á su encuentro, con ánimo de continuar á Aldasoilla y dar la vuelta por Echegórri.

Hablé con Isabel un rato, y como le dijese que Juana me habia parecido algo desmejorada, me contestó con tristeza:

— Sí, la pobre madre ha empezado á desmejorarse sin que sepamos por qué; de modo que nos va ya dando cuidado, y particularmente á Ignacio, que ve por sus ojos.

Despedíme de Isabel con un «hasta luégo», y continué hácia Aldasoilla.

Ignacio sintió gran alegría al verme. Yo no sé qué misteriosa corriente de dulce simpatía habia entre ambos, ó mejor dicho, sí lo sé, y por consiguiente no hay tal misterio ni tal calabaza; éramos los dos aldeanos de cuerpo y alma, y estoy seguro de que si Dios, en lugar de poner una azada en las manos de Ignacio, hubiera puesto una pluma, como la puso en la mia, ¡ay no sé si por mi desgracia ó mi dicha, aunque sospecho que fué por mi desgracia cuando pienso cuán tranquilo es el sueño de mi her-

mano despues de pasear el dia manejando la azada, y cuán agitado es el mio despues de pasarle manejando la pluma! estoy seguro, digo, de que, si Dios hubiera puesto en la mano de Ignacio una pluma en lugar de poner una azada, álguien habria en Vizcaya que describiera con más emocion y maestría que yo, aunque no con más verdad, las costumbres y las alegrías y los dolores de esta amada tierra, que necesita quien la pinte tal cual es, porque no falta quien la calumnie, llamándola refractaria á todo progreso (1).

(1) Un periódico de Bilbao, en cuya redaccion tenia parte el autor de este libro, publicó el 30 de Marzo de 1871 el siguiente suelto:

« Un periódico ministerial dijo dias pasados que las provincias Vascongadas son refractarias á todo progreso, y á esto contestaron muy bien otros periódicos. La misma acusacion repite otro diario ministerial, y á éste vamos á contestar nosotros. Sentimos que las provincias Vascongadas sean refractarias á todo progreso; pero nos consolamos pensando que en estas provincias apénas se comete un crimen; todo el mundo trabaja con las manos en las heredades y las fábricas, en vez de trabajar con la lengua en los clubs y en los cafés; los establecimientos fabriles é industriales se multiplican por todas partes; los estériles y quebrados montes se han reducido á cultivo, que sin descanso ninguno da veinte fanegas de cereales por cada una que se arroja á la tierra; en ninguna casería entristece el hambre, ni la desnudez, ni el desaseo, ni la miseria; en ningun pueblo se hacen armas contra la autoridad; son ya pocos los niños que no asisten á la escuela; es casi nula la mendicidad; las gentes más rudas son hospitalarias y afales con el forastero; en los pueblos más pobres hay buenas fuentes públicas, casas consistoriales, escuelas y carnicerías; las villas tienen alumbrado público hace más de

Anocheceia ya, é Ignacio y yo dimos la vuelta por Echegórrri, adonde llegamos en ocasion en que Ines, segun su costumbre de aquella hora, bajaba á la fuente; Mari anunciaba con la columnita de humo de la chimenea que preparaba la cena, é Ignacio distribuia la suya, consistente en un gran haz de alcacer, á sus bueyes, cuyo lomo y ancas acariciaba en seguida con la mano, acompañando estas caricias con las palabras más tiernas y las ponderaciones más hiperbólicas.

Charlamos y fumamos largo rato, ó mejor dicho, fumamos todos y charló sólo Lucas, pues no hubo medio de quitarle la palabra así que la tomó, no hay decir para qué, y por fin logramos que Lucas callára cuando llegó su hija Ines, acompañada de Julian.

Ines me saludó afectuosamente; pero me pa-

un siglo, y algunas serenos hace más de tres; el pueblo se gobierna por sí mismo hace mil años; la deuda pública se negocia con prima; cruzan cómodos caminos por todas partes; los campos están cultivados como amenos jardines; y por último, ningun cura, ni ningun maestro, ni ningun acogido en los establecimientos de beneficencia se muere de hambre. Será una desgracia el que el país donde esto sucede sea refractario á todo progreso; pero ¡qué hemos de hacer más que conformarnos con las compensaciones que Dios nos da en cambio de esta desgracia, que, por lo visto, no aflige á las demas provincias de España, pues debe ser invencion de las oposiciones la noticia de que en ellas no se paga al clero, ni á los maestros, ni á la beneficencia hace más de un año, y hay alguna donde en un solo mes se han cometido cincuenta asesinatos!»

reció que estaba algo alterada y triste, y áun que en sus hermosos ojos habia señales de recientes lágrimas.

—¿Cómo le fué á usted en su viaje á Valladolid? me preguntó.

— Si lo quieres saber, se apresuró Ignacio á contestarle, vénte á cenar con nosotros en Echezúri, y allí lo sabrás cuando don Antonio nos lo cuente á todos.

— Si mi padre quiere.....

— Por mí, contestó Lúcas, ya estás andando para allá si te deja tu madre que es la que tiene aquí la jefatura de la gente de sayas.

— Y de la de bragas tambien, padre, dijo Ignacio.

— Eso poco á poco, señor yerno. Que venga mi mujer, pongo por caso, á disponer que se dé hierba en lugar de alolva á la pareja.....

—¡Adios, ya pareció aquello! exclamó Ignacio.

Creí que íbamos á tener otro ratito de pareja; pero Mari, que se asomó á la ventana para saludarme, é Ines, que bajaba ya con licencia de su madre para irse con nosotros, lo impidieron.

— Yo iré despues de cenar, dijo Lúcas, á buscar á ésta, y al paso echarémos allá una pipada.....

— Y un sorbo del de Aldasoilla, respondió Ignacio.

Ines, Ignacio, Julian y yo bajamos en seguida hácia Errecá.

Machin, que nos salió al encuentro á la sali-

da de la cuesta, saltaba, brincaba y chillaba como un loco.

— ¿Qué es eso, Machin, que tan contento estás? le dije yo.

— Eso es, contestó Ignacio, que sus amas nos esperan ya con la cena preparada y la mesa puesta.

Así era en efecto.

Cenamos alegremente, y de sobre-mesa cumplí mi promesa, refiriendo una porcion de historias y anécdotas de locos que me habia contado el director del manicomio de San Rafael. Cuando conté la de doña Rosalía, noté que Ines me prestaba particular atencion, como si comprendiera mejor que yo mismo los dolores morales que concluyeron por volver loca á la desgraciada jóven, condenada, segun la frase del director, de que yo tambien me valí, á pasar la vida estrechamente unida á un cadáver.

A go grave, algo profundamente doloroso, turbaba el alma y el pensamiento de Ines mientras yo contaba aquella historia, pues noté que Ines se ponía descolorida y las lágrimas asomaban á sus ojos. Tambien lo notaron Isabel y Juana.

— ¿Qué tienes, Ines? la preguntaron éstas, alarmadas.

— Nada, contestó Ines, haciendo sin duda un gran esfuerzo para dominar su turbacion; no se pueden oír sin conmoverse todas esas desdichas

que acababan en una casa de locos, cuando no acababan en una sepultura.

— Pues dejemos cosas tan tristes, dijo Juana, y ocupémonos un poco en cosa más agradable; que agradable es el dar gracias á Dios por el sustento que hemos recibido.

Acompañamos todos á la anciana en la santa y corta oracion que en nuestras honradas case-rías precede al acto de levantarse de la mesa, y apénas terminamos, oimos la voz y los pasos de Lúcas que subia la escalera.

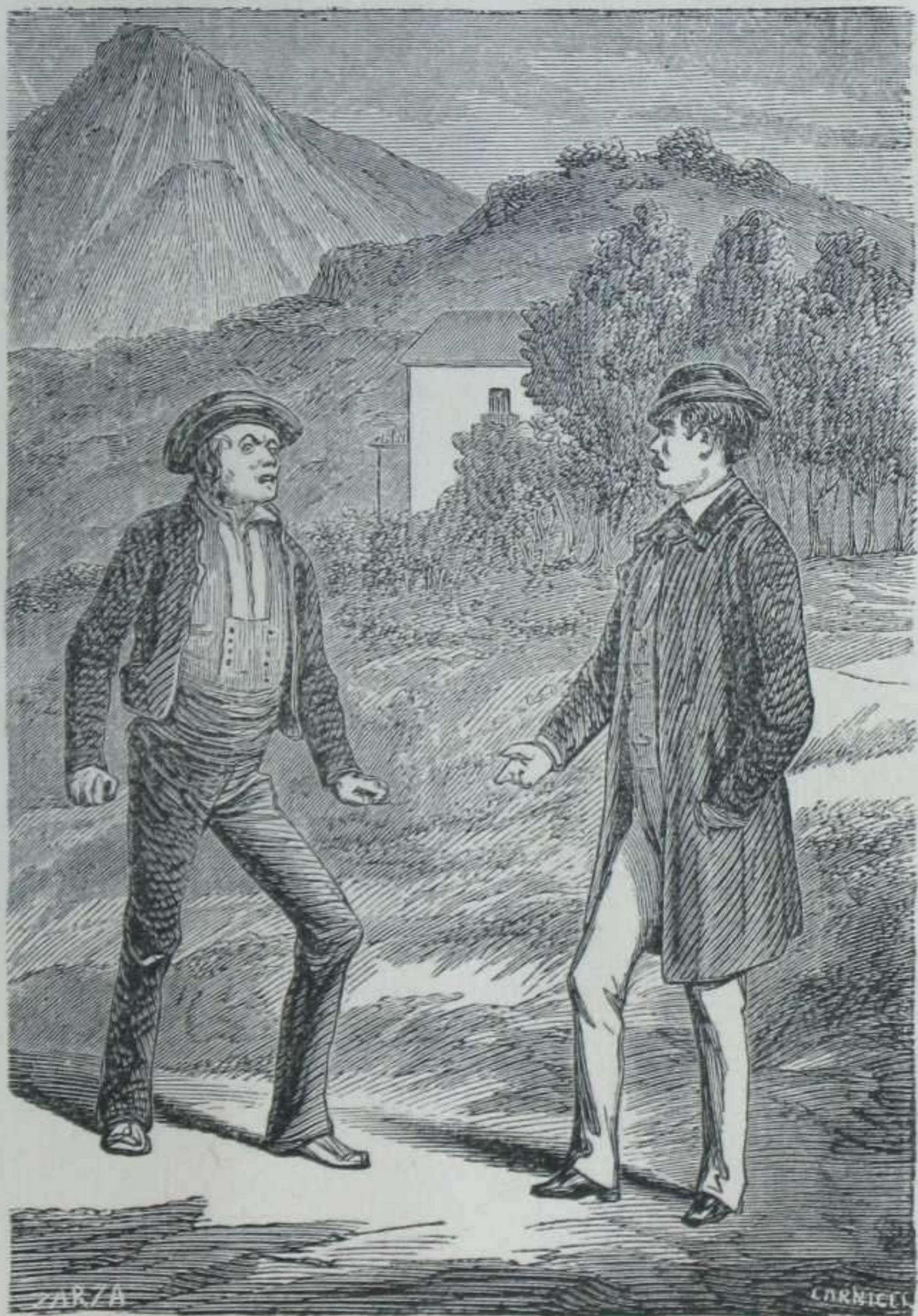
Charlóse, rióse, fumóse y hasta bebióse de la primera cosecha del doradillo de Aldasoilla, que á no ser tan modesto como sus dueños, no se hubiera avergonzado al lado del famoso *côte-rotie*, y se fueron Lúcas é Ines, alumbrados por un *súsi* que el primero aventaba y levantaba en alto.

Poco despues todos dormíamos en Echezúri, y no digo apaciblemente porque yo estuve largo rato desvelado, pensando en no sé qué cosas tristes que iba entreviendo en el corazon de Ines, y áun en el de Juana, y áun en el de Ignacio, y áun en el de Isabel. Donde no entreveia casi nada era en el corazon de Julian, que me parecia casi, casi vacío!

XVII.

Era una mañana de otoño. El otoño es para todos alegre en nuestros campos, porque la temperatura es grata y la gente canta, ríe y se regocija, recogiendo la borona, la nuez, la manzana, la castaña y la uva; pero el otoño es para mí triste, sin que pueda explicarme el por qué. Aquel viento del Sur, cuyos beneficios no desconozco, porque ya sé que Dios le envía para que su cálido soplo acabe de madurar los frutos de los campos; aquel viento del Sur que hace vibrar todos los nervios; aquel tinte amarillento que van tomando las enramadas; aquel continuo susurro de las hojas que caen de los robles, los castaños y los nogales y el viento arremolina y persigue hasta los vallados, las peñas y los matorrales donde se refugian y amontonan; aquellas bandadas de aves que tornan alegres á su patria y me recuerdan ¡ay! otras que no volverán á la suya; todo esto me entristece y trae anticipadamente á mi oído el clamor de las campanas que se preparan á pedirnos oraciones y lágrimas para los muertos!

LÁM. 44.



— ¡Rayo de Dios!

Estos plácidos cuadros trazo en unas cuantas mañanas de primavera. Si los trazára en unas cuantas tardes de otoño, ¡qué triste melancolía derramaría mi corazón sobre ellos!

Era una mañana de otoño, y tomé el camino de Loreaga, porque el primer domingo de Octubre estuve en la feria de San Miguel de Zalla, que termina aquel día con más concurrencia que ningun otro, y como Lucas, que asistía á ella siempre para asombrar con su pareja, como él decia, á las Encartaciones, no hubiese asistido aquel año, tuve no sé qué presentimiento de que algo triste ocurría en Echegórri ó Echezúri.

Al llegar á Loreaga me apresuré á preguntar por los de aquellas caserías, á un anciano que trabajaba en una heredad á orilla del camino.

— Á Juana, me dijo, la administraron ayer, y se puede decir que toda la anteiglesia fué á acompañar al Señor, porque si el Señor merece eso y mucho más, los de Echezúri que tanto bien han hecho al pueblo, no merecen poco.

— ¿Y qué tiene la pobre Juana?

— Dicen que el médico ha dicho que si es esto, que si es lo otro, que si es lo de más allá; pero ¡qué! si los médicos no conocen la mitad de las enfermedades. Yo barrunto que el señor Cura está más enterado que el médico del mal que tiene la cuitada Juana; porque ayer, despues que volvimos de acompañar al Señor, se estaba hablando en el pórtico de que el médico

habia dicho que Juana tenía yo no sé qué revelada enfermedad, y oyéndolo el Sr. Cura, se sonrió tristemente, como diciendo: «El médico está muy atrasado de noticias.» Yo creo que lo que tiene Juana ha de ser así....., como pasion de ánimo.

— ¡Pasion de ánimo! ¿Por qué?

— Como ha llorado tanto por Julian.....

— Sí, pero Julian ya ha vuelto.

— Es verdad que ha vuelto, pero Dios sabe si valiera más que se hubiese estado por allá.

— ¿Por qué, hombre?

— ¡Qué se yo! Hum, á mí no se me escapa nada, porque soy más viejo que préstame un cuarto. Aquella sonrisita burlona, que ni siquiera en la iglesia se le cae de los labios, no me gusta nada, ni tampoco debe gustarles á Juana ni á Ignacio ni á Isabel, que son gentes de las que llevan el corazon en la mano y llaman al pan pan y al vino vino.

Tras esta conversacion despedíme del anciano y continué mi camino, penosamente impresionado con la noticia de la grave enfermedad de Juana, y con la certidumbre de no ser yo el único que sospechase haber traído Julian á su familia, al volver de América, más dolores que consuelos.

Todo me parecia ya triste. Detúveme un momento en Iturrilanda, y el murmullo de la fuente me parecia un quejido, y el ruido de las cas-

tañas maduras que derribaba el viento, me sobresaltaba.

Una criada de Echezúri bajaba apresuradamente por la cuesta. Salíle al encuentro al seto y le pregunté con ansiedad:

— ¿Qué hay, Andresa? ¿Cómo está el ama?

— Mal debe estar, señor, aunque no se queja y parece que está alegre, porque ha mandado que se llame al Sr. Cura, y á eso voy yo ahora.

La muchacha continuó su camino y yo continué el mio.

Llegué á Echezúri, y todos, inclusa Juana, me recibieron con muestras de alegría.

Ignacio estaba sentado al lado del lecho de la enferma, y ésta y él estaban tranquilos, serenos, resignados. Lo mismo estaba Isabel, á quien vi fuera; pero no así Julian, á quien vi fuera también y lloraba y daba muestras de gran pesar.

— ¿Cómo va, Juana? pregunté á la enferma.

— Bien, gracias á Dios, me contestó sonriendo. Ayer me visitó el Señor, los vecinos y amigos me visitan también, hasta V. viene de lejos á darme la despedida, mis hijos y mis nietos están á mi lado buenos, felices y unidos, y he vivido lo suficiente para ver y conseguir todo esto, ¿cómo, aunque tenga el cuerpo enfermo y triste, no he de tener sana y alegre el alma? Se acerca la hora de mi partida, y sólo espero para emprenderla á que llegue el Sr. Cura, que siendo el

que me recibió al llegar al mundo, justo es que me despida al partir.

Conmoviéndome dulce y profundamente aquella serena y santa conformidad con que la mujer justa, cristiana y verdaderamente sabia, según la ley de Dios y de la naturaleza, veía llegar el último instante de su vida.

Poco después llegó el Sr. Cura, y su llegada disipó un resto de inquietud que Juana parecía experimentar por no verle ya á su lado.

Apartámonos un poco de la alcoba, conociendo que la moribunda deseaba depositar las últimas confidencias de su corazón en el corazón del anciano sacerdote.

Entre tanto, y viendo subir al Sr. Cura á Echezúri, Lucas, Mari, Ines, todos los de Echegórrri y muchos de otras casarías cercanas, habían ido llegando.

El sacerdote salió poco después de la alcoba, y dijo á Mari que Juana deseaba hablar con ella. Juana y Mari hablaron á solas y en voz baja. ¿Qué se dijeron? La mirada lagrimsosa y triste que Mari dirigió á su hija Ines, al salir de la alcoba, me hizo sospechar que el nombre de Ines hubiese sonado en los labios de la moribunda.

Ésta hizo entrar en seguida á sus hijos y sus nietos y los fué abrazando y besando, no como quien da una eterna despedida, sino como quien da un «hasta luego.»

Al inclinarse Julian llorando á besar la páli-

da mejilla de su madre, ésta murmuró á su oído: «Hijo mio, no llores; cree, ama, trabaja y espera, y serás consolado.»

Juana quiso pronunciar indudablemente, en són de despedida, el nombre de todos los que estábamos presentes, pero no pudo. Entónces separó la vista de todo lo que la rodeaba, y la fijó en un crucifijo que el sacerdote puso en sus manos.

Todos nos arrodillamos, y miéntras el señor Cura cumplia con los santos y consoladores deberes de su ministerio, la vida de Juana se extinguió por completo, suave, serena, plácida-mente, como se extingue la luz del dia en una tarde de cielo azul.

Yo no comprendo la verdad ni la conveniencia de representar á la muerte, como generalmente se la representa, negra, lúgubre, toda fetidez y gusanos. Un esqueleto humano armado de una guadaña, una calavera y unos huesos, será quizá muy oportuno para representar la muerte del malvado, pero no para representar la muerte del que ha caminado ó procurado caminar por las vias del Señor. Para éste la muerte es el descanso natural y el logro de una esperanza de toda la vida. Mejor que los colores tenebrosos y el esqueleto armado de una guadaña y la calavera y los huesos, representaría la muerte del cristiano un hombre pasando de un valle cubierto de abrojos á un valle cubierto de flores.

«Hijo, dice la Sagrada Escritura, sobre el muerto derrama lágrimas y comienza á llorar como quien padece un gran quebranto, y entierre su cuerpo segun juicio, y no desprecies su sepultura.»

Este santo precepto cumplieron piadosamente los hijos de Juana.

Apénas ésta espiró, lloraron mucho sus hijos, lloraron tambien sus vecinos y amigos, y los primeros enterraron luégo su cuerpo y honraron siempre su sepultura, como ella habia honrado la de sus padres y su marido.

Una mañana temprano, pasado el novenario, Ignacio, de quien se podia decir con el Génesis, «se conmovieron sus entrañas á causa de su hermano y se le saltaron las lágrimas, y entrándose en su aposento, lloró»; Ignacio se retiró con Julian á sitio donde nadie los pudiera oir, y le dijo:

— Julian, siento muchísimo decirte lo que vas á oir de mí, pero tengo dos razones para no callarlo: la primera, mi deber de no ocultar á mi hermano lo que de él siente mi corazon; y la segunda, la conveniencia de sacar del mal alguna leccion útil. Hermano, ¡tu ausencia habia costado á la pobre madre un rio de lágrimas, que yo procuré no fuese un mar, y tu vuelta le ha costado la vida!

Julian bajó la cabeza sin contestar, é Ignacio continuó:

— No creo, ni siquiera sospecho, que voluntariamente hayas causado á madre los supremos dolores que la han llevado á la sepultura. Si yo lo creyera, si lo sospechára siquiera, léjos de estar dispuesto, como estoy, á amarte como al mejor de los hermanos y al mejor de los hombres, te aborrecería con todo mi corazon y mi alma. Lo que creo es que, contra tu voluntad, has atormentado á madre en lugar de consolarla. Dios te habia negado el suficiente corazon y la suficiente inteligencia para sentir y comprender ciertas cosas, y luégo has tenido la desgracia de tropezar en el mundo con quienes, léjos de corregir esta falta, natural en tí, la han aumentado y agravado. Mis consejos y mi ejemplo han sido inútiles para corregirte; pero me queda la esperanza de que lo que no he conseguido yo, ha de conseguirlo el triste resultado que todos lloramos hoy.

— Pero, ¿crees tú, Ignacio, que yo soy quien ha abreviado la vida de madre?

— ¡Lo creo como creo en Dios!

— Ni una palabra de reconvencion tuvo para mí al dirigirme las últimas. Al contrario, viéndome llorar, «Hijo mio, me dijo, no llores; cree, ama, trabaja y espera, y serás consolado.»

— ¡Ésa es la conducta y ésas las palabras de las mujeres de alma fuerte y santa como la suya!

Julian calló, volvió á inclinar la frente avergonzado y se echó á llorar.

— ¡No llores, Julian! En vez de llorar, repara tu falta con la enmienda.

— ¡En quién la he de reparar, si madre no existe ya!

— Madre existe aún, madre nos ve desde el cielo, y se regocija si obramos bien, y se entristece si obramos mal. Madre existe aún; que una de las ventajas que tiene la fe es la de inmortalizar á aquellos á quienes amamos; pero, aunque no existiera ya, ¿no quedan en el mundo objetos á quienes tienes el deber de honrar y consolar siendo digno de ellos? ¿No quedan tu familia y tu casa? ¿No queda la tierra en que naciste? ¿No queda la buena, la pura, la amorosa jóven que, niña aún, sintió dolores de muerte viéndote partir, y durante diez años ha llorado y ha pensado en tí tan pura y tímidamente que hasta á su madre ha procurado ocultar sus pensamientos y sus lágrimas?

— ¡Pobre Ines! exclamó Julian hondamente conmovido.

— Quizá más pobre de lo que tú piensas; porque, así como tú no veias la espina que ibas clavando en el corazon de madre, no veias tampoco ni ves aún la que has ido clavando en el corazon de Ines.

— Pero, por Dios, Ignacio, dime cómo he podido yo hacer tanto mal así á madre como á Ines, porque no acabo de comprenderlo.....

— Con tu perpétuo alarde de incredulidad y

burla para lo que ellas más amaban y reverenciaban y sentían; alarde con que las decías: « ¡Mi corazón está vacío y seco!.....»

— ¡Las lágrimas que me ves derramar prueban que no lo está!

— Eso me consuela, Julian; pero ¡ay! temo que esas lágrimas sean como las gotas de licor que derrama el orujo de la uva, por seco que esté, cuando se le vuelve al lagar y se le da la última presión!

El sitio adonde Ignacio había llevado á su hermano para hablarle á solas en estos términos, cuyo fondo reproduzco con la posible fidelidad, limitándome á mejorar un poco su forma gramatical y literaria, como mejoramos la de la carta de una persona querida cuando la leemos á personas cultas á cuyos ojos no queremos que desmerezca el que la ha escrito; el sitio repetido, adonde Ignacio había llevado á su hermano para hablarle á solas era el principio de un castañar que se extendía por la falda de la colina de Echezúri, opuesta á la del lado de Echegórrri. Las heredades de Echezúri llegaban hasta mitad de la vertiente de la colina, en que el declive era suave; pero donde el declive comenzaba á ser violento y áspero, un seto vivo, compuesto de endrinos, avellanos, vides, marabillos (alheña), madre selvas, jazmines y zarzarcas, decía á las heredades, como solícito y eterno guardian de estas buenas y fecundas se-

ñoras: «Deténganse VV. ahí, amigas mias, y dejen la cuesta que aquí empieza á los señores castaños que no se asustan, como VV., por descogotadero más ó ménos.» Los castaños empezaban en seguida á erguirse valientemente en aquella ladera casi vertical, y en el fondo del vallecito se mezclaban fraternalmente con los robles, con alguno que otro nogal y con tal cual fresno tataranieta de aquellos que hace trescientos años el Señorío, congregado so el árbol de sus libertades, mandaba plantar á todas sus repúblicas para que no faltasen astas de lanza con que defender á la patria.

El fondo del vallecito, donde habia una pradera bastante extensa, dividida por un arroyo guarnecido de alisos y endrinos, se llamaba la Magdalena, y en él se veian aún, junto á una cueva, cuya oscura boca negreaba bajo un peñasco, unas ruinas, ante las cuales se santiguaban devotamente las gentes de Loreaga cuando iban por aquella soledad (si soledades hay en Vizcaya) á echar castañas, á recoger el ganado, á traer leña ó á allegar hoja y helecho para las cuadras.

— ¿Ya recordarás, Julian, dijo Ignacio, lo que madre, que esté en gloria, nos contaba de aquellas ruinas que desde aquí, por debajo de los castaños, se ven allá abajo?

— No me acuerdo qué tontería solia contaros de eso.

— No es extraño, Julian, que no te acuerdes, dijo Ignacio con tristeza, porque para tí tontería, y nada más que tontería, son una porcion de cosas que son la delicia de los simples, en cuyo número tengo la desdicha ó la dicha de contar-me. Pues has de saber que hace cosa de tres siglos, un mancebo de una de las casas principales de Vizcaya fué á estudiar á Salamanca, porque sus padres, que no tenían más hijos que él, deseaban que fuese en todo cumplido caballero el que habia de sucederles en su honrada casa y apellido. A pesar de que le habian criado como Dios manda, y prometia honrar siempre con su virtud y noble proceder á su familia y su patria, no tardó en dar grandes disgustos á sus padres con su vida desordenada. Sedujo y perdió á honradas doncellas, infernó y dividió á felices matrimonios, mató en desafíos, jugó lo suyo y lo ajeno, robó y estafó, y por último fué á parar á una cárcel. Cuando, al cabo de algunos años de expiacion, salió de la cárcel y tornó á su patria y hogar, se encontró con que sus padres habian ya muerto de vergüenza y dolor. Eutónces, arrepentido de sus muchas culpas, y deseando expiarlas durante el resto de su vida, dió toda su hacienda á los pobres y se vino á orar, llorar y padecer en la cueva que está junto á las ruinas que desde aquí vemos. Allí labró con sus propias manos una tosca imágen de María Magdalena, la pecadora arrepentida, la co-

locó en una ermita que junto á la cueva levantó, tambien con sus propias manos, y embelleció con los donativos de la caridad pública, y en esa soledad, que entónces lo era más que ahora, murió santamente, despues de muchos años de crudísima penitencia. Durante siglos enteros se conservó la ermita de la Magdalena, y las gentes de Loreaga y de otras aldeas venian á buscar el consuelo de sus trabajos y penas orando ante la rústica imágen labrada por el pecador arrepentido; y en la campa de junto á la ermita se celebraba una alegre romería el dia de la Magdalena; pero vinieron las guerras y calamidades públicas de este siglo, y la ermita se arruinó. Un dia nuestro piadoso padre encontró entre aquellas santas ruinas la imágen, la llevó á Bilbao, la hizo restaurar y la colocó decorosamente en uno de los retablos de Santa María de Loreaga, donde ahora está, porque dijo con mucha razon: «Esta imágen, aunque tosca y falta de arte, es dos veces santa: santa por lo que representa, y santa porque con los ojos fijos en ella han rezado y llorado de consuelo nuestros padres y abuelos durante algunas generaciones.»

¿No te parece que pensó é hizo bien nuestro padre?

—¡Sí, Ignacio! contestó Julian, conmovido con aquella historia, que es la de muchos de los humildes santuarios de nuestros valles y montañas.

Ignacio debió añadir: —¿Y no te parece que hacemos bien los simples como yo en amar una

porcion de inocentes y hermosas fruslerías, que llamais tonterías los de espíritu fuerte y superior inteligencia como tú?

Al llegar Ignacio y su hermano á este punto de su penosa conversacion, el sol habia enjugado ya con su calor el rocío de las viñas, que era lo que esperaban las vendimiadoras para empezar su tarea. Ignacio oyó cantares de muchachas hácia Aldasóilla donde la vendimia era aquel dia, y se dirigió hácia allá con su hermano.

Cuando llegaron á la viña, ya estaban en ésta una porcion de muchachas llenando sendos cestos con el dorado fruto.

— ¿Qué tal está la uva, chicas? les preguntó Ignacio.

— Buena debe estar segun el color.

— ¿Y segun el sabor?

Las muchachas callaron y se sonrieron como diciendo: «Es más dulce probarla que decir que la hemos probado sin licencia de su dueño.»

Ignacio añadió, sonriendo tambien:

— El Sr. Cura dice que la ley de Dios prohíbe atar la boca al buey cuando trilla la miés. ¡Cómo he de atárosla yo á vosotras, que sois racionales!

Las muchachas comprendieron á Ignacio, y pica que pica y corta que corta, continuaron su tarea, mientras Lúcas unció sus bueyes en Eche-górri é Ignacio iba á uncir los suyos en Echezúri, para acarrear ambos la uva de Aldasoilla.

XVIII.

Mari estaba profundamente alarmada con la inquietud y el desmejoramiento que notaba en su hija Ines.

Un dia, precisamente despues de haber visto á ésta y Julian hablar á solas, sorprendióla llorando en casa y se resolvió á sondear su corazon hasta el fondo.

— Ines, la dijo, ¿qué tienes?

— ¡Nada, madre!

— Hija, déjate de disimulos, que para con su madre no debe tenerlos una hija. ¿Por qué lloras, por qué te desmejoras, por qué estás triste?

— ¡Ay madre, exclamó Ines rompiendo á llorar con amargo desconsuelo, qué desgraciada soy! ¡No puedo ya con la pena que me mata!

— Sosiégate, hija, y dime cuál es esa pena; que quizá tu madre encuentre medio.....

— No puede ser, madre; que solo Dios puede darme la quietud y el consuelo de que carezco.

— Hoy has hablado con Julian, ¿no es verdad?

— ¡Sí, madre, y será la última vez que con él hable á solas!

Y al decir esto Ines, era tan profundo su desconsuelo, que Mari la oyó y la contempló con verdadero terror.

— Pero qué, hija, ¿te ha dicho que no te quiere?

— No, madre; todo lo contrario.

— ¿Te ha dicho que quiere dar largas á vuestro casamiento?

— Al contrario, madre; quiere que nos casemos pronto.

— ¿Pues entónces qué ha podido disgustarte en él?

— Lo que siempre, madre: su falta de corazón y de fe. Julian sólo tiene incredulidad y mofa para todo lo que yo creo y reverencio.

— Hija, todavía estás á tiempo para evitar desgracia mayor que la que lloras. La pobre Juana me dijo cuando ya casi estaba en la presencia de Dios: «El único dolor con que parto de este mundo me le inspira tu hija Ines que temo no sea tan feliz como su hermana. Tú, que tienes ojos de madre y experiencia de anciana, vela por ella para que el cariño no la ciegue y crea hallar hueso de su hueso y carne de su carne donde sólo haya un cadáver.»

— Madre, el cadáver con que Juana temia me uniese era Julian, y yo estoy resuelta á no unirme por toda la vida con un cadáver sin alma,

como la pobre loca de Valladolid, cuya historia fué para mí un aviso de Dios.

— Hija, jóven eres aún y buena.

— La juventud ha sido para mí una fuente de lágrimas.

— Quizá las derrames aún de alegría y consuelo.....

— Lo espero, madre. Mari-Ignacia de Munguía, que ha llorado tanto como yo, escribe que es ya dichosa sirviendo á Dios y á los pobres enfermos. Yo tambien espero serlo como ella.....

— ¿Qué quieres decir, hija mia?

— Madre, no me nieguen V. y mi padre el único consuelo que me queda.

— ¿Cuál, hija?

— El de permitirme escribir á Mari-Ignacia para encontrar el consuelo donde ella le ha encontrado. Si VV. me necesitaran; si VV. estuvieran enfermos como su padre y necesitasen mi asistencia como su padre necesitaba la suya, yo permanecería al lado de VV.; que no tengo por buena hija á la que desampara á sus padres, aunque los desampare para meterse en un convento; pero como, á Dios gracias, no me necesitan VV. á su lado, dénme el consuelo de permitirme buscar el mio sirviendo á Dios y á los enfermos.

— ¡Hija mia, tu resolucion es grave y necesitas pensarla mucho.

— ¡Ya la he pensado, madre!

— Pues bien, hija; se lo diré á tu padre, y él y yo dispondremos aquello que nos parezca más conveniente para tu dicha, la de tus hermanos y la nuestra.

Quince dias despues de haber manifestado Ines á su madre su deseo de buscar el consuelo de sus desengaños y penas entre las piadosas hijas de San Vicente de Paul, supo Julian con verdadera desesperacion que la resolucion de Ines, en que no habia creido y de que se habia burlado, era tan firme y decidida, que estaba á punto de convertirse en hecho.

No quiso Ines dejar de despedirse de los de Echezúri, con quienes tan estrechos lazos de cariño y de parentesco la unian, aunque allí la esperase un nuevo y gran dolor con la presencia de Julian.

Ines tenía la debilidad de las almas apasionadas, delicadas y buenas; pero tambien tenía la fortaleza que esas mismas almas encuentran en su propia bondad para cumplir los deberes.

La víspera de su partida, que debia ser al rayar el alba, para llegar á Bilbao á tiempo de tomar el tren de Madrid, en cuyo viaje la habia de acompañar su padre, pasó con su madre á Echezúri poco ántes de anochecer.

Toda la familia de Echezúri estaba en casa, ménos Julian. ¡Sabe Dios si esta ausencia fué un consuelo ó un nuevo dolor para la pobre Ines!

Nadie se atrevia en Echezúri á pronunciar el

nombre de Julian, aunque todos tenían á Julian en la memoria; pero Ines, que parecia la de corazón más débil, fué quien tuvo valor para pronunciar este nombre.

— ¡Dadle memorias á Julian! dijo sin poder contener las lágrimas y haciendo estallar las de todos los que estaban presentes.

— A la plaza ha bajado despues de mediodia, ignorando, como todos nosotros, que te marchabas mañana, dijo Ignacio.

En Loreaga se cuenta que aquella tarde entró Julian en la iglesia, y en una capilla oscura estuvo largo tiempo arrodillado.

Y será verdad que entró y rezó y lloró con toda la fe de su infancia; porque..... ¡ateos, vosotros no sois tales ateos; que lo que sois vosotros es hipócritas del ateismo, que tiene hipócritas aún más repugnantes que los que tiene la fe! ¡Cuando los hombres os desamparan, los que decís que no creéis en Dios, pedís á Dios amparo como los que en Dios creemos!

Ines abrazó llorando á su hermana y besó, llorando tambien, á sus hermosos sobrinos. Quizá, quizá, al besar á aquellos ángeles sonrosados y rubios, acudió á su memoria y clavó una nueva espina en su corazón el recuerdo de una inocente broma con que una tarde la sonrojó su padre, que era....., como Dios le habia hecho, un bendito de alma y de entendimiento. Una tarde, en que ambas familias estaban reunidas en Eche-

zúri, merendando alegremente la asadura de un hermoso novillo que Ignacio habia matado para cecina, ó mejor dicho, que habia matado Lúcas, porque Ignacio no tenía valor para tanto, aunque le tenía de héroe para afrontar el trabajo y la adversidad; una tarde se vanagloriaba Ignacio de la hermosura y gracia de sus hijos, y Lúcas, que, segun expresion encartada de su mujer, era un *lengüetero*, exclamó:

— Yo te aseguro, señor yerno, que este par de morenillos (Ines y Julian, á quienes señaló) me han de dar media docenita de nietos que dejen feos á los que Isabel y tú me habeis dado.

Ines y su madre emprendieron la vuelta á Echegórrri, é Ignacio salió á acompañarlas hasta pasar el ponton de Errecá.

Allí, pasado el ponton, se despidió Ignacio de ellas, y al estrechar fuertemente la mano de su cuñada, se le salió á ésta del dedo del corazon, como llamamos al del medio, una sortija de oro, que se cayó entre la hierba. Buscábala á tientas Ignacio, porque ya era de noche, é Ines le dijo:

— Eh, no te molestes; mañana la encontrarás, y se la darás en mi nombre al más pobre de Loreaga.

Julian subió á casa ya bien entrada la noche, y cuando supo que Ines habia estado allí á despedirse para partir al rayar el alba, se puso descolorido, se sonrió con la irónica y amarga son-

risa que el vulgo de Castilla llama risa del conejo, y dijo:

—Vaya bendita de Dios, y Él la haga una santa.

Sentóse en seguida á la mesa, empeñado en hacer creer que tenía buen humor y buen apetito; pero Isabel é Ignacio vieron, no sé si con pena ó alegría, que su corazón y su estómago protestaban indignados contra aquella violencia.

Acostáronse todos, é Ignacio é Isabel, que estaban desvelados é inquietos pensando en Julian, oyeron á éste toda la noche agitarse en la cama, encender y apagar la luz y áun abrir la ventana. Todavía faltaba mucho para amanecer, pues sólo dos veces habia cantado el gallo, y notando Ignacio que su hermano estaba levantado, temió que se hubiese indispuerto.

—¿Qué es eso, Julian? le preguntó. ¿Estás malo? ¿Quieres algo?

—Lo que quiero es la escopeta para descerrajar un tiro al perro, que en toda la noche no me ha dejado dormir, aulla que aulla.

—No le hagas caso, hombre; acuéstate y duerme, que ya se habrá cansado de aullar.

—Te digo que le mato.....

—¡Pobre Machin! ¡Tal vez aulle echando de ménos á quien todos echamos!.....

Esta triste observacion de Ignacio puso término á las invectivas de Julian contra el inocente Machin.

Llamo inocente al pobre viejo porque si Machin habia ladrado aquella noche alguna vez, como todas las noches, ninguna habia aullado. ¡Quien habia aullado toda la noche era la conciencia de Julian! Ademas, si es verdad, como el vulgo cree, que los perros aullan cuando va á morir ó ha muerto alguna persona, ¿qué de extrañar era que los perros aullasen en Echezúri y en Echegórri, donde habian muerto esperanzas y alegrías, que, siendo parte del alma, quizá valen más que los cuerpos?

Se acercaba el alba, é Ignacio se levantó porque sintió levantado á su hermano, y halló á éste como disponiéndose á salir de casa.

— ¿Adónde vas, Julian, á esta hora? preguntó cariñosamente á su hermano.

— No sé, contestó Julian: ¡á morir de desesperacion!

— ¡Estás loco, hombre! exclamó Ignacio estremeciéndose, más que por aquella palabra, por el tono sombrío y el rostro descompuesto y cadavérico del que la pronunciaba.

— Donde quiera que uno vaya á esta hora, añadió, no debe ir solo. Yo te voy á acompañar, Julian.

— Déjame solo.

— No te dejo.

Ignacio no dudaba que su hermano queria salir á despedirse de Ines; pero dudaba que se contentase con una despedida resignada y triste.

Julian no insistió en que su hermano le dejase solo: habia demasiadas sombras y soledad en torno de su alma, para que ésta se obstinase en rehusar la compañía.

Salieron juntos de casa y notaron que habia luz en Echegórri. La obscuridad era aún casi completa; pero ya sobre las cumbres de Sollube empezaban á aparecer los albores de la mañana.

Bajaron casi en silencio á Iturtilanda, y al atravesar el seto, dijo Julian:

— Esperemos aquí.

Nunca le habia parecido á Ignacio tan triste como entónces aquel sitio que tan dulces recuerdos encerraba para él. El murmullo de la fuente le parecia, como á mí me pareció una tarde, un quejido lúgubre, y un quejido más lúgubre aún el silbido del cálido viento del Sur, que agitaba las ya medio desnudas copas de los castaños. Si esto parecian á Ignacio aquel murmullo y aquel silbido, ¡qué no parecerian á Julian!

Sentárouse en el ribacito de junto á la fuente, é Ignacio creyó que debia hacer algun esfuerzo para serenar la tempestad que rugia en el alma de su hermano.

— ¡Julian! dijo á éste en voz baja y cariñosa, la vida es una batalla, donde luchando con valor se vence, y donde cuanto más se lucha, más gloria se alcanza. ¡Ay de los cobardes que desmayan en la lucha! Aprende á luchar, tú, que eres hombre, de la débil mujer que hace pocas

semanas te decía al acercarse al descanso eterno : «¡ Hijo mio , no llores ; cree , ama , trabaja y espera , y serás consolado ! »

Estas palabras , pronunciadas con la trémula voz del corazón , hicieron á Julian prorumpir en lágrimas.

Ignacio sintió un gran consuelo al ver que su hermano lloraba ; porque le desconsolaba profundamente el dolor seco , reconcentrado y misterioso que hasta entónces habia visto en su hermano.

Un resplandor demasiado vivo para que pudiese ser el del alba empezó á bañar la copa de los castaños por el lado de Echegórri. Ignacio y Julian dirigieron la vista hácia la cuesta , y á la luz de un *súsi* , que Lúcas traía en la mano , vieron bajar á Lúcas y á Ines.

Levantáronse del ribazo , é Ignacio , estrechando con efusion la mano de Julian , que estaba calenturienta y crispada , dijo en voz baja á su hermano :

— ¡ Valor , generosidad y esperanza , hermano de mi alma !

Julian calló , se enjugó los ojos , y ambos se dirigieron hácia el seto que atravesaban ya Lúcas é Ines.

Ésta se estremeció al verlos , y se puso descolorida como una muerta.

— ¡ Vosotros por aquí ! exclamó Lúcas con su eterna benevolencia y serenidad de alma.

— Sí, se apresuró á contestar Ignacio, haciendo un gran esfuerzo para afectar la misma naturalidad. Éste subió anoche tarde, y al saber que Ines se iba hoy, quiso ir á Echegórrri á despedirse de ella; pero yo le dije: Como tienen que madrugar, estarán ya acostados ó poco ménos; déjalo, hombre, por la mañana saldremos juntos á Iturrilanda, y allí nos despediremos.

— ¡Gracias!.... dijo Ines, esforzándose también por sonreír.

En aquel instante llegaba el chico por el carretil que costeaba exteriormente los setos, trayendo de la rienda un caballejo con dos arquitas, que contenian el equipaje de Ines.

— Con que, ea, Julian, añadió la pobre muchacha, sintiéndose morir de pena y ciega de lágrimas, ¡hasta cuando Dios quiera!

— ¡Pues no ha de querer! exclamó Lúcas con su acostumbrada jovialidad. Voto á brios Baco balillo, que esta pícara gente de sayas para plantada en verano en el cauce de una ferrería regachera vale lo que pesa. Un molino de dos rodetes puede moler con lo que han llorado madre é hija esta mañana, y ¿ya volvemos á las andadas?

— ¡Adios, Ines! murmuró Julian estrechando lo mano que Ines le alargaba y haciendo inútiles esfuerzos para no llorar.

— ¡Otro que bien baila, dijo Lúcas viendo la inutilidad de estos esfuerzos. Si serás tú como el tonto de Lezama, que echaba la carne al gato

y decía: «Tengo gana?» Vámonos, vámonos, que se nos va á escapar el *carro-ferril*.

Lúcas tiró el *súsi* que era ya inútil, pues iba amaneciendo, y apresurando las despedidas, que ciertas señales de sus ojos acreditaban no serle tan indiferentes como fingian sus palabras, padre é hija, acompañados del chico, que habia de volver con el caballo, tomaron la estrada, cuya oscuridad no bastaba aún á disipar la débil luz del dia.

Julian é Ignacio, silenciosos ambos, tenían la vista fija en aquel boquete oscuro por donde desaparecian Lúcas, Ines y el chico, pesaroso el primero de haber tirado el *súsi*.

Cuando ya no se distinguia á los de la estrada, el dolor y la desesperacion de Julian estallaron con tan violenta explosion, que causaron espanto á Ignacio.

— ¡Dios mio, gritó Julian, arrojándose al suelo desesperado y llorando como un niño, yo quiero morir, yo quiero acabar con esta miserable vida sin esperanza!.....

— ¡Cómo sin esperanza, hermano! le dijo Ignacio alzándole del suelo y revistiéndose á la par de la severidad del juez y del amor del padre. ¡Cómo ha de ser sin esperanza la vida cuando quedan Dios, la familia y la patria!

— ¡Pero, hermano, si mi vida tiene que ser un desolado desierto sin Ines, en quien he pensado á todas horas en esos mortales diez años

que he pasado al otro lado de los mares! ¡Si mi dolor tiene que ser inmenso y eterno!.....

— Julian, óyeme, y luégo que me hayas oido, podrás seguir entregándote á esa desesperacion, indigna de un hombre, y sobre todo de un cristiano. Si madre ha llorado mucho y ha muerto llorando, y si Ines ha llorado tambien y llorando se aleja de la casa y la tierra donde nació, las lágrimas de una y otra las has arrancado tú. El que hizo llorar, justo es que llore. Ésta es la justicia del cielo y de la tierra, á que se sometió resignado el penitente de la cueva de la Magdalena.

— Pero yo no puedo soportar este horrible desconsuelo.....

— La que, despues de haberte dado la vida, habia llorado diez años por tí y por tí moria, te dijo al morir: «¡Hijo mio, no llores; cree, ama, trabaja y espera, y serás consolado!»

Julian inclinó la cabeza silencioso y como resignado, y exclamó al fin:

— Pues bien, Ignacio, yo haré cuanto sea posible para obedecer esas palabras, que debo tener como un precepto sagrado; pero el recuerdo de Ines me perseguirá por todas partes y dificultará mi resignacion.

— Dicen que ojos que no ven, corazon que no llora. Aléjate, si quieres, de donde más pueda perseguirte ese recuerdo; vuélvete á América.....

— No, no, hermano; quiero vivir y morir, desventurado ó dichoso, donde nació. Mi cueva de la Magdalena será el hogar de mis padres.

— ¡Hermano! exclamó Ignacio radiante de gozo y estrechando á Julian en sus brazos, ¡hermano! ¡tu corazón no está vacío!.... ¡en él hay aún dos amores, que con su calor volverán á dar vida á los que en él están entumecidos ó muertos!

Cuando así hablaba Ignacio, tocaron á misa en Santa María de Loreaga; Julian dirigió la vista hácia el campanario, que se descubría por cima del ramaje que cubría la estrada, y dió un paso hácia ésta. Su hermano le comprendió y dijo:

— Ya que estamos á medio camino, vamos á oír misa por el alma de madre.

— Vamos, contestó Julian.

Y ambos desaparecieron estrada abajo.

Media hora despues tornaban por Iturrilanda, y Julian parecía tornar casi completamente tranquilo.

Vamos por Errecá, dijo Ignacio; que tengo que buscar allí una cosa.

Y tomando la orilla del arroyo, se detuvieron en el ponton.

Ignacio empezó á buscar algo entre la hierba.

— ¿Qué buscas? le preguntó Julian.

— Lo que ya he encontrado, contestó Ignacio enseñándole la sortija que á Ines se le habia caído allí.

— ¡Esa sortija es de Ines! exclamó Julian.

— Lo era; pero ahora es tuya, dijo Ignacio poniéndola en el dedo meñique de su hermano.

— ¡Mia!....

— Sí.

— ¿Cómo?....

— Anoche se le cayó aquí á Ines, y como no pareciese, porque ya habia anochecido, me encargó que la buscase hoy y te la diese en nombre suyo....

— ¡A mí!....

— No te nombró por tu nombre, pero á buen entendedor pocas palabras bastan.

— ¡Ah! exclamó Julian, besando con gozo la sortija.

— ¡Pobre! ¡pobre! ¡el más pobre de Loreaga, aunque no tanto como Ines y yo creiamos anoche! dijo para sí Ignacio.

Y ambos hermanos tomaron la cuesta de Echezúri, donde Isabel se asomaba á cada instante á la ventana, inquieta porque tardaban mucho en volver.

XIX.

Hace cosa de doce años se cometió en Madrid, en la calle del Duque de Alba, un robo, acompañado de asesinato. Los ladrones y asesinos fueron descubiertos, presos y agarrotados, y con ellos una jóven, de apellido Bernaola, criada de la casa robada y cómplice del crimen, con uno de cuyos perpetradores tenía relaciones amorosas.

Aquella desgraciada jóven, á quien acaso arrastró al crimen más bien que un corazon perverso, un corazon malamente enamorado, era una mujer vulgar por su educacion y su inteligencia. Antes de subir al cadalso debió padecer muchísimo, pues entre el crimen y la terrible expiacion trascurrieron muchos meses, y la infeliz fluctuó mucho tiempo entre las esperanzas de la vida y los terrores de la muerte.

Al fin la desventurada Bernaola fué puesta en capilla, y un amigo mio, médico, escritor científico, y aunque jóven, hombre de mundo y conocedor del corazon humano (1), se empeñó en vi-

(1) D. Eduardo Sanchez Rubio.

sitarla en aquella terrible situacion, no por vana curiosidad, que no podia inspirarla á su noble corazon un espectáculo tan doloroso, sino como asunto de estudio. ¡El que habia buscado la ciencia en los cadáveres inertes, queria buscarla tambien en los cadáveres animados!

Visitó en efecto á la condenada á muerte pocas horas ántes de su ejecucion, y jamas olvidaré lo profundamente impresionado que le vi al tornar de aquella triste visita. — « ¡Es incomprendible, me dijo, lo que purifican y levantan los dolores morales. ¡Aquella pobre jóven ya no es la mujer vulgar, ni en su lenguaje, ni en sus modales, ni en su inteligencia, ni en su corazon! Hay que creer, porque de otro modo no se explica tal trasformacion, que levantándose al cielo en busca del amparo que no encuentra en la tierra, se ha regenerado allí física y moralmente. »

Quédese aquí este recuerdo, que nos ha de ser útil para explicar algo de lo que hemos de ver en las últimas páginas de este libro, y hablemos de cosas más gratas.

¡El mes de Mayo, el mes por excelencia de las alegrías del alma y de la naturaleza, ha llegado! Mi corazon palpita de gozo cuando le veo llegar, iluminado por el sol que calienta y no quema, perfumado por las rosas y claveles de Deusto y la fresa de Begoña, arrullado por los pájaros de las enramadas de Abando, coloreado por las cerezas y las guindas de las riberas del

Galindo y el Cadagua, y oreado por las brisas marinas de Santurce y Algorta.

Al ver desde mi ventana pasar al mes de Mayo, mi pensamiento se fué á Loreaga, y vió, hermosamente engalanadas con un manto verde salpicado de flores, las colinas gemelas de Echezúri y Echegórri, y subiendo por el vallecito de Errecá, fué á descansar en Aldasóilla, á la sombra de los cerezos y los manzanos y los melocotoneros y las higueras, con que Ignacio habia orlado la viña y la heredad y el colmenar que hizo brotar como por encanto en aquel erial al santo recuerdo de su padre.

Y en verdad que Aldasóilla es sitio digno de tenerle el cariño que Ignacio le tiene. La alta montaña, á cuyo pié se asienta en suave declive, le defiende del cálido y alborotado viento del Sur, y la colina de Echegórri, que se prolonga á su espalda hasta enlazar con la montaña, le resguarda de los frios boreales. A su frente tiene la colina de Echezúri; pero ésta, al ir, como la de Echegórri, á buscar la montaña, en lugar de empinarsse como su compañera, se baja para que el sol desde que sale pueda dorar y fecundar á Aldasóilla. Y colocada Aldasóilla entre las dos colinas, y un poco más elevada que ellas, domina todo el valle de Loreaga, y para que no le falte el agua, que es en todas partes elemento de alegría, de salud y de fecundidad, una fresca, copiosa y cristalina fuente brota por una roca

silíceas de sus cercanías, constituyendo el origen y el mayor caudal del arroyo con honores de riachuelo, puesto que todavía se ven á su márgen las ruinas de una aceña, que descende á Iturilanda con el nombre antonomásico de Errecá.

Allí fué á descansar mi pensamiento despues de recrearse en todo el valle de Loreaga. «Vén acá, me gritó, que no ha de pesarte»; pero, sin duda no queriendo privarme del placer de una grata sorpresa, callóme el pícaro todo lo nuevo que por allí habia encontrado.

Y yo, una mañanita fresca, perfumada y alegre, tomé el camino de Loreaga, á patita y andando. Así es grato caminar por nuestros valles y montañas, particularmente en las dos terceras partes del año, que son aquí primavera, puesto que lo ménos este tiempo dura la verdura de los campos, y en este tiempo ni el frio ni el calor molestan. Viajar así por los campos de Castilla es imposible, porque las distancias son largas, la temperatura extremada, el paisaje monótono y solitario, y la seguridad individual nula; pero viajar así por las provincias Vascongadas es gran delicia para el que tiene siquiera medianas piernas y siquiera medianos instintos de artista y de poeta, porque aquí siempre se viaja entre vecinos y amigos, la temperatura es agradable, el paisaje es accidentado y ameno, la poblacion apénas se interrumpe, donde quiera que á uno le coge la tempestad ó la noche, halla hospitali-

dad y abrigo, más ó ménos cómodo, pero siempre de buena voluntad, y por último, se camina con completa seguridad individual, bajo la garantía de un código, que sin duda por haberse promulgado en la cima de una montaña, gustan los montañeses de todos los países cristianos, y singularmente los vascongados, de llevarle escrito en su corazón.

Era ya entradita la mañana cuando llegué á la venta del Estudiante, y determiné descansar allí un poco, para continuar luégo mi camino valle arriba, por las heredades y las arboledas. El Estudiante estaba, cuando llegué, almorzando parcamente con su familia á la sombra de un emparrado que hay á su puerta.

— ¿V. gusta? me dijo.

— Muchas gracias.

— Aquí estamos haciendo por la vida á lo pobre.

— « Mejor es, contesté, lo que come el pobre bajo un cobertizo que comidas espléndidas por esos caminos y sin casa propia » (1).

Estas palabras del *Eclesiástico* las dije en latin, cuya lengua hablo como una cotorra, es decir, sin saber lo que digo; pero produjeron el efecto que yo esperaba, que era congraciarme con el Estudiante, gran aficionado al latin.

(1) *Melior est victus pauperis sub tegmine asserum quam epulæ splendidæ in peregre sine domicilio.* (*Eccli.*, XXIX, 29.)

Conversamos él y yo como antiguos amigos, refiriéndome el buen anciano curiosas historias de toda la Tierra temprana, para la que la venta del Estudiante es algo parecida á lo que es Iturilanda para Echezúri y Echegórri, cuando sentí ruido de esquilas y cascabeles hácia una estrada que baja de Zamudio. Inmediatamente desembocó en la carretera por la estrada un hombre guiando una pareja de bueyes uncida.

Nunca he visto pareja de bueyes más emperifollada que aquélla: grandes collares cuajados de esquilillas y cascabeles y guarnecidos de peluda piel de tasugo; *fronteras*, con cordonadas de diversos colores y rematadas con enormes borlas, y *coberteras* de piel de jabalí, tan sobrantes y anchas, que debajo de cada una de ellas, ademas de la cabeza del buey, podia el boyero guarecerse del sol ó la lluvia.

El boyero plantó la pareja en medio de la carretera, la hizo levantar gallardamente la cabeza, arrimó al yugo la aijada y se dirigió á la portalada de la venta, donde el Estudiante y yo conversábamos.

— Buenos dias, Estudiante y la compañía.

— Buenos dias, Pamparroya.

Al oír este nombre, abrí tanto oído y tanto ojo. Aquel sin duda era Pamparroya el de Zamudio, de quien tanto habia oído yo hablar en Loreaga y áun en toda Vizcaya. Era ya hombre de más de cincuenta años; pero todavía era el tipo del maje-

ton de Tierra temprana, que es uno de los tipos más curiosos del Ebro acá. Cuatro rasguños para describirle, que este libro va de remate y no estamos para requilorios. Derecho como un huso, seis piés de estatura, tres de hombro á hombro, cara larga y nariz aguileña, camisa fina con cuello vuelto sobre la espalda, y botonadura de plata con cadenilla en el cuello y los puños, sombrero de anchas alas y copa baja, ceñida con un cordon azul, cuyos cabos, rematados en herretes, exceden de las alas; elástico de estambre morado y pródigo en cordones y borlas, chaqueta de paño fino de color de pasa, tendida negligentemente sobre los hombros; chaleco de terciopelo rayado con botones de plata con cadenilla, y ancho pantalon de fondo blanco y cuchillos de pana azul tan multiplicados que casi forman un segundo pantalon, que apénas deja ver el primero. Tal era, físicamente examinado, Pamparroya el de Zamudio. Examinado moralmente, no sé lo que sería, porque no tuve tiempo para meterme en tales honduras.

Pamparroya pidió un cuartillo de vino, sacó pomposamente una gran bolsa de estambre, fruncida con gran cordon, la abrió levantando el fondo y bajando el cuello, con lo que mostró una porcion de monedas de oro y de plata, dió una de dos reales á la muchacha que le habia sacado el vino, advirtiéndole que se quedára con la vuelta, y se dispuso á continuar su camino.

—¿Adónde vas con la pareja? le preguntó el Estudiante.

—A la feria de Basurto voy, contestó Pamparroya cuya sintáxis castellana se resentía mucho de la vascongada.

—¡Buenos bueyes tienes!

—En Vizcaya mejores no hay.

—Eso dice de los suyos Lucas el de Loreaga.

—*Pampárrria* sí tiene aquél.

—Pues con fanfarria ó no, dice que en la feria de Basurto te ganó una onza y te la perdonó.

—¿Eso dice, pues? exclamó Pamparroya rojo de cólera.

—Cien veces se lo he oido contar á todos en esta portalada.

—Mentiras sí sabe decir aquel *tamen*.

—No, hombre, no, que Lucas es hombre de bien, y así debes creerlo tú, pues has querido casar á tu hijo con su hija Ines.

—Mentiras es *tamen* eso. Ines sí que ha querido casar con el hijo mio, y porque el hijo mio no ha querido casar con ella, ha jurado que con ningun otro casará, y monja ó qué sé yo se ha metido.

Estuve para gritar á Pamparroya que quien mentia como un bellaco era él; pero para no acabar de perder la paciencia, me despedí del Estudiante y tomé valle arriba.

Anda, anda, anda, dí al fin vista á Loreaga desde un altillo, donde se descubre de repente toda la anteiglesia.

Ciertos corazones gozan mucho con ciertas niñerías, y el mio es uno de ellos. Cuando voy á algun pueblo donde tengo mis amores, que, aparte de los de mi hogar, son los más dulces de mi vida y llevan el nombre de recuerdos de la infancia; cuando voy adonde tengo estos amores, gusto de saborear de un solo trago, y no poquito á poco, el placer de contemplar el sitio donde los tengo. Antes de llegar al punto desde donde he de descubrir aquel sitio, levanto la vista al cielo, y así doy algunos pasos, y cuando llego al punto anhelado, la bajo, y abarco con ella lo que mi corazon ama y busca, y entónces no puedo ménos de volver á levantarla al cielo para dar gracias á Dios porque ha perpetuado en mí la infancia del alma.

Esto hice al llegar al altillo desde donde se descubre de repente á Loreaga. Este altillo corresponde á la cordillera opuesta á aquella cuyos primeros escalones forman las colinas de Echezúri y Echegórri, de modo que aquellas colinas fueron lo primero en que se fijó mi vista. Pero á la alegría de contemplarlas se unió la sorpresa de que mi pícaro pensamiento no habia querido privarme: en Aldasóilla se alzaba una hermosa casería, vestida de los dos colores que más me gustan: el color de la rosa y el color de la nie-

ve; el color de la alegría ingenua y el color de la pureza immaculada!

Los genealogistas, que son hombres de gran inventiva, cuentan una peregrina historia al contar el origen de los Manriques. Un caballero de este ilustre linaje andaba de caza, é hiriendo á una paloma, la inocente avecilla cayó en la nieve, y combinado con el color de ésta el color de su sangre, ambos colores formaron tan maravilloso conjunto, que el cazador juró entregarse en cuerpo y alma á la mujer que aquel conjunto llevase en el rostro, si por ventura hallase en el mundo tal portento de hermosura. El diablo, que es muy aficionado á tomar la forma de mujer, tomó la de la mujer que el cazador habia imaginado, y el cazador se entregó al diablo. Como el fin de esta historia no viene aquí á cuento, cállole, y límitome á decir que el principio de ella prueba que no soy el único apologista del color de nieve y rosa, de rosa sí, porque el carmíneo de la sangre, de rosa se torna cuando tiñe la nieve.

—Ignacio, dije, sigue siendo el que era seis meses há: filósofo de los que no saben que lo son; poeta de los que cantan para dentro, y bueno de los que no echan á perder su bondad reparando en ella.

Crucé el valle sin detenerme más que á repartir saludos aquí y allá á los que trabajaban afanosamente en las heredades, porque el mes

de Mayo es el de la siembra de las boronas, la más importante y rica de esperanzas en Vizcaya, y al llegar á Iturrilanda, en lugar de tomar uno de los dos caminitos que serpentean cada cual por la falda de su colina, tomé Errecá arriba, porque estaba impaciente por contemplar de cerca la novedad de Aldasóilla, y suponía que á aquella hora Ignacio andaría por allí, y no por Echezúri.

La nueva casería, cuyo fondo era blanco como el de Echezúri, y cuyos accesorios eran sonrosados como el fondo de la de Echegórri, se alzaba en una corta planicie, á la cabecera de la gran rompida de Aldasóilla, y de ella partían por las heredades, como dos amorosos brazos, dos caminos carretiles que terminaban, uno de ellos en Echezúri, y el otro en Echegórri. Cada uno de estos caminos, estaba señalado por dos líneas paralelas de espinitos albares, y otras dos interiores de manzanos, unos y otros plantados hacia dos ó tres meses.

Sentí carpinteros en el interior de la casa, y Machin salió de ésta á encontrarme, deshaciéndose en halagos. Al oír el alboroto con que el perro celebraba la llegada de algún amigo, Ignacio salió á un balcon que daba sobre la rompida, y lleno de gozo al verme, se apresuró á bajar á mi encuentro.

—Ignacio, le dije despues de informarme de la salud de todos los de Echezúri y Echegórri,

que era buena; Ignacio, ¿qué maravilla es ésta?

— Maravilla, me contestó, ninguna, porque de todo lo que he hecho aquí no me corresponde la honra de la invención. Ya sabe usted que mi padre, que esté en gloria, solía decir, después que nació Julian: «Dos hijos tengo y una sola casa. Quisiera que los dos viviesen donde han nacido, y me ocurre un buen medio para conseguirlo, que es hacer para el chiquito casa y hacienda en Aldasóilla, donde, convirtiendo en heredad aquel gran terreno inútil que hace siglos embasuran con sus despojos las argomas y los brezos, y agregándole dos ó tres piezas de las inmediatas, no hay miedo de que se muera nadie de hambre.»

Lo que me decía Ignacio y lo que yo veía me hacía pensar en Julian con una mezcla de esperanza y desconsuelo, que se comprenderá sin que yo la explique.

— ¿Y Julian, dónde anda?

— ¿Julian? Allí le tiene usted, procurando, como yo, hallar las Indias en Vizcaya, me contestó Ignacio, sonriendo y señalando hacia la montaña.

Miré hacia el punto que Ignacio me indicaba, y ví una porción de hombres roturando y cerrando una gran extensión de sierra calva. Esta clase de roturaciones en Vizcaya se reducen á levantar el césped, amontonarlo, y quemarlo después de seco, cavar el terreno, extender la tier-

ra quemada, y proceder á la siembra del trigo con escasas operaciones más. Suelen hacerse en terreno comun, en cuyo caso, hecha la recolección, se abren con arreglo á fuero, y recompensan muy bien el trabajo cuando la elección de terreno es buena.

Yo no distinguía entre los roturadores á Julian, y sí sólo hombres en mangas de camisa y azada en mano. Díjeselo á Ignacio, y éste me contestó sonriendo, con más alegría que nunca:

— Ahora le distinguirá usted.

Así diciendo, encorvó el dedo índice, le metió en la boca y dió un fuerte silbido.

Uno de los roturadores miró hácia donde nosotros estábamos, soltó la azada, se echó la chaqueta á la espalda y tomó cuesta abajo hácia Aldasóilla.

— Pero ¿es aquél Julian? dije admirado.

— El mismo.

— Me parece imposible.....

— También á mí me parecía imposible, hace poco más de medio año, que Julian trabajara como yo, como yo vistiera, como yo amara y como yo esperara.

— Pero, señor, ése es un milagro.....

— Un milagro que sin duda han hecho, en primer lugar, Dios, con quien mi madre debe haber intercedido, y en segundo el amor y el dolor.....

— ¿El dolor? dije, recordando la transforma-

cion que el dolor moral habia obrado en la desventurada Bernaola.

—El dolor, sí; que fué inmenso el de Julian durante los tres ó cuatro meses que siguieron á la partida de Ines. El pobre muchacho se rindió á él, y cuando ya estaba casi agonizando, contribuí yo á salvarle con unas cuantas palabras: «Julian, le dije, las hijas de San Vicente de Paul renuevan sus votos ó vuelven al seno de su familia el 25 de Marzo de cada año. Esa sortija la dejó caer Ines de su dedo para que yo la pusiera en el tuyo. Acuérdate de las últimas palabras que te dijo madre: «Hijo mio, no llores; cree, ama, trabaja y espera, y serás consolado!» Al oír esto, Julian empezó á resucitar. Pocos dias despues se asomó á la ventana y vió que en Aldasóilla empezaba á alzarse una casa.—¿Qué haces en Aldasóilla? me preguntó.—Cumplo, le respondí, la voluntad de padre, que queria hacer allí una casa para uno de sus dos hijos.» Volvió á asomarse á la ventana dos dias despues, y vió que desde Aldasóilla un camino iba á Echezúri y otro á Echegórri. La salud, la esperanza y la vida volvieron á él rápidamente. Bajó á misa á Santa María, y á la vuelta, en vez de subir por la cuesta á Echezúri, subió por Errecá á Aldasóilla. Estaban aquel dia empezando á blanquear y pintar la casa exteriormente, y oyó á uno de los albañiles decir: «Blanco y rojo, casa-blanca y casa-roja. Su por qué debe tener

esto; que Ignacio no hace las cosas á humo de pajas.» Al dia siguiente, Julian se levantó temprano como yo, como yo se vistió, tomó como yo una azada, y como yo fué á trabajar á la heredad.....

Ignacio se interrumpió, porque llegaba Julian, que habia apresurado el paso así que me habia conocido.

Yo no sé si era el dolor moral, ó el amor, ó la esperanza, ó el trabajo, lo que habia trasformado á Julian; pero lo cierto era que con sus manos, que habian vuelto morenas y ásperas la intemperie y la azada, con su cara sonrosada y limpia de aquellas barbazas con que volvió de América, y con su sencillo traje de labrador aldeano acomodado, del que formaba parte la boina roja, estaba Julian verdaderamente hermoso, y no pude ménos de pensar con tristeza que la pobre Juana se habia ido al otro mundo sin alcanzar la dicha de verle así.

Hablamos de mil cosas y toqué todas las cuestiones que más á prueba podian poner la conversion de Julian, y de estas pruebas salió Julian casi completamente á mi gusto.

Declinaba la tarde, y yo estaba ya impaciente por ver á Isabel y su hermosa prole, que no estaba ménos impaciente que yo porque fuera por Echezúri, pues la parte más granada de ella, que andaba haciendo rosarios de fresas en las lindes de las heredades, me habia visto subir por

Errecá, y sabía que yo no iba nunca por Echezúri sin llevar en los bolsillos algo más dulce que la fresa, aunque no tan aromático.

Con un «hasta luégo» despedíme de Ignacio y Julian, que volvieron á las ocupaciones de que yo los habia distraido, y me encaminé hácia Echezúri.

Un hombre estaba segando alholva en una heredad, y las humaradas que sacaba de su pipa me hicieron pensar si sería Lúcas. Éralo en efecto, y así que me cercioré de ello, me encaminé á saludarle; pero Lúcas me ahorró la mitad del camino, pues así que me conoció, salió alborozado á mi encuentro.

Despues que hablamos un rato de la gente de Echegórri, y por supuesto, tambien de la pareja, pregunté á Lúcas qué tal le habia ido en su viaje á Madrid.

— ¡Hum! me contestó, viaje largo es aquél para viejos.

— ¿Y qué tal le pareció á V. Madrid?

— Mucha gente y muchas casas hay.

— ¿Y los paseos?

— Árboles mejores hay en Loreaga.

— ¿Y las tiendas?

— Donde gastar dinero tambien hay en Vizcaya.

— ¿Y la gente?

— La de Loreaga más trabajadora es.

— ¿Le gustaría á V. el palacio real?

— Por fuera grande me pareció.

— ¿Y por dentro?

— Por dentro..... no estaban los amos.

— ¿Y qué tal Ines?

— Aquella cuitada llorando fué y llorando quedó.

— ¿Supongo que escribirá?

— Escribana parece aquella.

— Y qué tal, ¿está contenta?

— De Loreaga dice que se acuerda mucho. Como ésas son cosas de mujeres, su madre y su hermana andan siempre á vueltas con las cartas suyas.

— ¡Pena tendrán por no verla las pobres!

— Aquéllas á llorar se ponen siempre que escribe, porque para llorar no tienen precio las señoras mujeres. En Bermeo dicen que habia en tiempos antiguos lloradoras de fama que ganaban mucho dinero llorando en los entierros. Juro á brios que si ahora dieran dinero por llorar, ricos nos hubieran hecho las mujeres al yerno y á mí desde que Ines se fué.

— Todavía ha de hacer V. otro viajecito á Madrid á buscar á la hija.

— La primavera que viene, que es cuando puede salir del convento, quieren su madre y su hermana que vaya á traerla; pero yo no vuelvo á andar en *carro-ferril*.

— ¡Vaya si andará V. por tener á su hija en casa ó cerca de casa, casada ó soltera!.....

— Casada puedo tenerla si ella quiere.

— Lo malo será que no querrá, según he oído decir hoy á Pamparroya en la venta del Estudiante.

— ¿A Pamparroya ha visto V.?

— Sí, iba con la pareja á la feria de mañana, y hablando de parejas, habló de la de V., y hablando de V., habló de Ines.

— ¿Y qué dijo Pamparroya de la pareja mia?

— Que no vale nada comparada con la suya.

— ¡Voto á brios Baco balillo, que le deslomo con la aijada si delante de mí lo dice! exclamó Lucas, alterándose quizá por la primera vez de su vida. Que vuelva á apostar otra onza conmigo y verá cómo se la vuelvo á ganar y no se la vuelvo á perdonar.

— ¿Qué, si dice que eso de la apuesta es cuento.

— ¡Por vida de brios, que le hundo si delante de mí se atreve á decir tal cosa!

— Se conoce que el tal Pamparroya miente mucho. También dice de Ines....

— ¿Qué tiene que decir de la hija mia ese buey?

— Que Ines ha jurado no casarse con ninguno si no se casa con su hijo, y que se ha ido al convento porque su hijo no la quiere.

— ¡Rayo de Dios!..... gritó Lucas pateando y cerrando los puños colérico. Mañana mismo monto en el *carro-ferril* y la saco del convento

aunque sea á la fuerza, y la caso ántes de un mes.

Por la anterior conversacion entre Lúcas y yo se habrá visto que Lúcas, hasta en su sintáxis, se habia hecho más patriota que nunca, desde que hizo su viajecillo á Madrid. Esto les ha sucedido á muchos, entre ellos al autor de este libro. Vamos á ver, señores paisanos míos que habeis hecho un viajecillo á América, del que muchos no habeis vuelto aún, y sabe Dios si volveréis; ¿no es verdad que á vosotros os á sucedido lo que á Lúcas y á mí? ¡Ah, yo os conozco como la madre que os parió!

Parecióme que ya bastaba con el par de banderillas que habia puesto á Lúcas para que éste saliese de su calmosísimo paso y fuera el que más contribuyese á disipar las tristes nubes que oscurecian el cielo azul de Echezúri y Echegórrí, poniendo al mismo tiempo término á las habladurías de Pamparroya, que tanto me habian disgustado.

Al dia siguiente, que era domingo, volviendo todos de misa, nos sentamos á descansar, charlar y fumar bajo los castaños de Iturrilanda. Los vecinos de las caserías más retiradas habian continuado su camino, y sólo quedábamos en torno de la fuente los de Echezúri y Echegórrí. Todavía no habia podido Lúcas echar enteramente del cuerpo la indignacion que le habian causado las botaratadas de Pamparroya, y sobre todo, las botaratadas ofensivas á su pareja de bueyes.

Hablábase de las ofensivas á Ines y dijo:

— ¡Qué lástima que no puedan VV. dar inmediatamente un tapabocas á Pamparroya!

— ¡Cerca de un año todavía! exclamó Mari, pensando en su pobre Ines y mirando con ternura á Julian, que se habia puesto triste pensando tambien que faltaba cerca de un año para que Ines volviera.

Ignacio, que siempre tenía bálsamo para las heridas del alma y luz para las tinieblas del entendimiento, dijo:

— Vamos, señora suegra, señor hermano y áun señora esposa, dejemos los suspiritos para ocasion oportuna, si es que por desgracia Dios la da, y pensemos y hablemos razonablemente. En las armas de la torre de Martiártu he visto yo un letrero que dice:

Aguianac bizcarrá
Lepoen galteá.

Segun este letrero, el que peca lleva el pecado á cuestras, y me parece que nosotros no debemos extrañar que sintamos, al caminar por el valle de la vida, algun pesito en los hombros. Todos los dias vemos caballeros que deciden casar con labradoras, y labradoras que ántes de casarse van á pasar un año en un colegio para aprender allí á ser señoras. Ines ántes de casarse ha ido á pasar un año en un colegio para aprender allí una cosa que vale más que el señorío, porque es más útil y santa: amar á Dios y al prójimo, padecer con

resignacion, y consolar y ayudar al que padece, que es lo primero que debe saber toda madre de familia. Esta Isabelilla mia sabe mucho de eso.....

— Pero, juro á brios, exclamó Lúcas, interrumpiendo á Ignacio entusiasmado, que Inesilla la de tu hermano va á saber cien veces más que ella. ¡Este yerno mio es una alhaja para esto de ocurrírsele lo que á ninguno de nosotros nos ocurre!

— Con que, señor hermano, continuó Ignacio sonriendo del candoroso entusiasmo de su suegro, si al caminar sientes peso, resígnate á llevarle, pensando que tú le habrás echado al hombro, y si un año de esperar se te hace largo, piensa que tu Inesilla va á saber de cosas útiles y santas cien veces más que esta Isabelilla mia.

El gozo brillaba en el rostro de todos los que escuchábamos á Ignacio, y muy particularmente en el rostro de Julian.

— Ea, exclamó Lúcas alborozado y echándome el brazo al cuello afectuosamente, queda usted convidado para la boda, que será la primavera que viene. ¡Voto á brios Baco balillo, que va V. á sacar de todo esto un libro más majo!.....

XX.

Para los que no tenemos nunca quieta la loca de la casa, como llamó yo no sé quién á la imaginacion, y siempre tenemos camino del costado izquierdo algo que reviente por salir, ¡qué gran cosa es tener á nuestra disposicion este púlpito que se llama libro, desde donde, si tenemos un poquillo de talento, ó un muchillo de corazon, con que algunos, como el autor de este libro, suplen el talento, podemos hacernos oír, como quien dice, en las cuatro partes del mundo, y hasta la consumacion de los siglos! Cuando me asomo á la ventana y veo pasear, repantigado en su coche, al Sr. D. Fulano de Tal, que tiene más oro que pesa, y pienso que yo sólo paseo en el caballito de San Francisco, y no tengo más oro ni plata que la que pone la gata, ¡cómo me consuelo y me vengo parodiando á Goethe, cuando decia: «Mi corazon solo yo le tengo!» Porque la verdad es, que usted, Sr. D. Fulano de Tal, tiene cien millones de reales, y con todo eso, tiene V. que reque- marse y repudrirse la sangre, guardando dentro del pecho mil cosas que rabian por salir, mientras yo me subo cuando me da la gana al pul-

pitillo que V. no ha podido adquirir con todos sus millones, y allí me refresco y me desahogo echando fuera cuanto me estaba haciendo daño dentro.

En virtud de este derecho y este consuelo, que Dios me ha dado, en cambio de haberme negado, Él sabrá por qué, un pedazo de pan que no esté empapado de sudor, y á veces de lágrimas, y á veces de hiel, me he subido al púlpito y he desahogado mi corazon, diciendo y contando todas las cosas buenas ó malas, que usted acaba de oir, y en virtud de este mismo derecho, voy á decir otras poquillas que me faltan, para bajar en seguida del púlpito y echarme á dormir un rato, cien mil veces más desahogado que con todos sus millones se echa usted á dormir, Sr. D. Fulano de Tal.

A principios de Mayo del presente año recibí una cartita de Ignacio, cuyo resúmen era éste: «El sábado próximo, dia de la semana que mi difunta y buena madre consideraba muy fausto por estar consagrado á la Virgen Santísima, se verificará, si Dios quiere, el casamiento de Julian é Ines. Con este motivo, y con el de celebrarse aquí el domingo siguiente una fiestecilla popular de las que gustan á V. tanto, escribo á V., en nombre de los novios y de todos los de Echezúri y Echegórri, suplicándole que nos honre estos dias con su presencia.»

— Pues, señor, dije al leer esta carta, no es cosa de dejar de ir el viérnes á Loreaga, porque, aparte de que debo complacer á aquella buenísima gente, y de lo que complaciéndola he de gozar, necesito enterarme de lo que allí pasa esos dias, para escribir el epílogo de mi libro. En cuanto á que mi libro necesita epílogo, no cabe la menor duda: lo más filosófico y estético sería concluir diciendo al público: «Ya está V. enterado de que Julian se ha ido enmendando un poco, y de que Ines sigue queriéndole, y de que todos están conformes en que Ines vuelva á Loreaga tan pronto como sea posible, y Julian y ella se casen, y vivan en paz y gracia de Dios. ¿Qué más le he de decir á V. ? Si V. es aficionado al color de rosa, pinte con el más hermoso y puro que encuentre en su paleta la vida de Julian é Ines, haciéndose la ilusion de que Julian se ha convertido en la segunda edicion de Ignacio, é Ines va á ser tan dichosa como su hermana; que yo, por muy dado que sea á las ilusiones y á los colorcitos de rosa, no puedo tener por embusteros los proverbios que dicen: «La cabra siempre tira al monte» y «Genio y figura hasta la sepultura.» Esto debiera yo decir al público; pero siempre he visto que este señor exclama, mal humorado: «¡Ay qué mal concluye!», cuando novela ó comedia, ó cosa que se le parece, no concluye con gloria.

El viérnes, despues de medio dia, emprendí el camino de Loreaga. Detúveme, segun costumbre, en la venta del Estudiante para descansar un rato y echar un párrafo con el buen anciano. Pedí un vaso de agua, y el Estudiante se apresuró á decir á la muchacha que, en lugar de sacármele de agua, me lo sacase de chacolí, porque el agua, cuando no hacia daño, entristecia y el chacolí refrescaba y alegraba.

Era delicioso el vaso de vino que me sacaron, y probaba que pueden obtenerse en Vizcaya vinos ligeros de mesa, que, bien elaborados, aventajen á los que se llaman de Burdeos. El buen cura de Ondárroa, que ni tenía pelo de tonto ni tanto apego como yo á las cosas vascogadas, dice en su ya citado libro, muy útil cuando se escribió, porque entónces el autor sabía más que Vizcaya, pero no tanto ahora, porque Vizcaya sabe más que el autor: «Hace pocos años (el libro se imprimió en 1791) me fué encomendado á Bilbao, por una persona de mi estimacion, un coronel inglés, que volvia á su patria despues de haber hecho largos viajes por diferentes reinos; y queriendo yo corresponder al aprecio que hacia de mí quien me le habia recomendado, le convidé á un dia de campo, ó comida, que tenía con otros amigos en Olabeaga, y dispuse que sirviesen chacolí de Deusto. El coronel lo probó, y preguntándole que de dónde le parecia aquel vino, dijo que de Côte-rotie.»

Desde que el cura de Ondárroa escribía esto se ha adelantado mucho en la vinificación en Vizcaya aunque no se ha llegado á la perfección de que es capaz.

Así que refresqué y descansé un poco, tomé valle arriba hácia Loreaga.

Era tal mi deseo de ver á Ines, que aunque no era flojo el que tenía de ver á los de Echezúri, tomé en Iturrilanda la cuesta de Echegórri.

¡Mal alboroto se armó en ambas caserías así que, con el que armaban los ancianos Machin y Lorá festejándome, notaron sus moradores mi llegada!

Lúcas estaba en la tejavana del horno preparando la cena para sus bueyes, es decir, triturando con un mazo de los de batir el lino un gran cesto de enormes nabos.

Cuéntase que cierto sujeto no sabía más cuentos que uno, cuyo protagonista era un artillero, y tenía tal afán de contarle en toda reunión ó tertulia á que asistía, que siendo su imaginación poco fecunda para hacer venir á cuento el del artillero, se valía del medio siguiente: — ¡Calla! me parece que ha sonado un cañonazo. — Yo no he oído nada. — Ni yo. — Ni yo tampoco, contestaban todos. — Puede ser que yo me haya equivocado; pero, á propósito de cañonazos, les voy á contar á VV. un cuento, que se van á desternillar de risa. Y el hombre encababa el cuento del artillero. Las valentías de su

pareja de bueyes solia Lúcas traer á cuento tan por los cabellos como el otro traia á cuento el del artillero. Figúrense V.V. si dejaría de aprovechar la operacion que traia entre manos, para contarme las heroicidades de sus bueyes.

Al fin la bajada de Ines y Mari, que andaban por arriba muy ocupadas, vino á interrumpir á Lúcas en su epopeya boyal.

Tan contenta estaba la pobre Mari con tener á su lado á su hija mayor y con el acontecimiento que se preparaba, que me abrazó llorando de alegría y hasta..... en fin, ¿por qué no lo he de decir, si lo vió su marido y lo supo mi mujer, y á los dos les hizo muchísima gracia? hasta me plantó un beso, que de seguro tambien hizo gracia á mi madre en el cielo.

Ines parecia alegre y feliz; pero en aquel cielo sereno y alegre me pareció entrever no sé qué triste nubecilla. Ines no era ya lo que suelen ser las jóvenes puras y buenas cuando se acercan al altar con el elegido de su corazon; que se entregan ingenua y expansivamente á todas las alegrías del alma y á todas las esperanzas de la vida. Parecia la joven que teniendo el presentimiento de que una pesada cruz va á gravitar en sus hombros, se resigna santamente á caminar con ella, porque Dios quiere que con ella camine! «¡Madre! habia dicho un dia á la suya, ¡la juventud ha sido para mí fuente de lágrimas!» Y me parecia que allá en el fondo de su

corazon añadia: « ¡Y el resto de mi vida, fuente de lágrimas continuará siendo! »

Ignacio, que me habia visto desde Echezúri, llegó poco despues, atravesando el vallecito de Errecá.

— Y Julian, ¿dónde anda? le pregunté.

— En Aldasoilla le tiene V. con Isabel, muy ocupado en las cosas de mañana.

— Pues vamos para allá; que deseo verlos á ambos.

Y tomamos uno de aquellos dos caminitos nuevos que como dos amorosos brazos partian de Aldasoilla, como para ir á dar un apretón de manos á Echegórri y á Echezúri.

Isabel y Julian bajaron alborozados á saludarme. Julian continuaba vistiendo el traje de labrador como su hermano, y ni rastro de indiano aparecia en su cara, lo que es tanto como decir que se habia rejuvenecido, y estaba tan sonrosado, morenito y sano como si nunca hubiera salido de Loreaga.

Apresuráronse los tres á enseñarme la casa con alegría y vanidad semejantes á aquellas con que la buena madre enseña el arreo de boda de su hija. La casería de Aldasoilla estaba hecha una tacita de plata y respiraba alegría, felicidad y poesía por todas partes. A Isabel correspondia principalmente la honra de los delicados y sencillos primores con que la casa estaba amueblada y adornada. ¡Y luégo querrán hacernos creer los

retóricos que sólo son poetas los que saben disponer rengloncitos de cierta manera! ¡Ay, no, más poetas que los que hemos dispuesto dos ó tres tomos de esos rengloncitos son algunas madres de familia, que ni siquiera saben leer!

Dejamos á Isabel y Julian en su faena, y nos fuimos Ignacio y yo hácia Echezúri.

¡Ya el sol se escondia tras los montes de la Encartacion, é Ignacio y yo teníamos tanto, tanto que hablar!

— ¿Qué fiestecilla popular, le pregunté, es la que me anunciaba V. para el domingo, si ese dia no recuerdo que se celebre romería ninguna en Loreaga?

— Pues este año, me contestó sonriendo, se va á celebrar, y no es cosa de que V., que es forastero, sepa ahora lo que no han de saber los vecinos de Loreaga hasta el domingo por la mañana.

Aquella noche me hospedé en Echezúri, despues de luchar á brazo partido Isabel, Ignacio y Julian con los de Echegórri, que querian fuese su huésped, prevalidos del derecho que suponian tener á ello por haber ido yo aquella tarde á Echegórri ántes que á Echezúri. De sobrecena, á propósito del excelente vino de Aldasoilla que habiamos bebido, trabamos conversacion sobre el cultivo de las viñas en Loreaga.

— ¿V. sabe, me dijo Ignacio, cuántas pipas de chacolí tenemos en la cubera? Pues tenemos

cuarenta. En casa se gasta mucho, porque aquí no se bebe otro vino y anda siempre el jarro de arriba abajo para todo el que llega á casa. Esta Isabelilla, como le sucedia á mi difunta madre, engorda de satisfaccion con esta faena.

— ¿Y qué van VV. á hacer con más de veinte pipas de vino que les sobrarán?

— ¿Qué vamos á hacer? Venderlas en Loreaga, y venderlas pronto y á buen precio.

— Lo dudo mucho, porque algo sé de lo que pasa en Loreaga.

— Lo que pasa en Loreaga es lo siguiente. Hay una porcion de terrenos costaneros, como el de Aldasoilla, que sólo producen brézos y argomas, y podian producir vino como el de Aldasoilla, que sería una verdadera riqueza para el pueblo, de donde sale un dineral para vino foráneo de Rioja y Navarra. Éste es casi el único vino que aquí se bebe, pues el vecindario no tiene aficion alguna al chacolí, y se comprende que así suceda, pues el poco que hasta aquí se cogia en Loreaga era detestable, por no dejarse madurar la uva y ser desconocidos los trasiegos y demas operaciones que benefician los vinos.

— Pues entónces, ¿cómo espera V. vender pronto y á buen precio el suyo?

— Ése es mi secreto, que sabrá V. ántes de marcharse de Loreaga. Ahora sólo le digo esto, y le añado que dentro de poco tiempo serán muchos en Loreaga los que cojan buen vino, y ten-

gan en este ramo el gran auxilio que tienen muchos pueblos de Vizcaya.

La boda de Ines y Julian se celebró el día siguiente con mucha alegría de todo el pueblo. La comida, que fué espléndida, al uso aldeano, se verificó en Aldasoilla, donde quedaron instalados los recién casados, despues de las ceremonias de costumbre. Al verificarse la de la sabani-lla, que fué tierna y conmovedora, Isabel reem-plazó, con las variantes oportunas, á la buena, á la inolvidable, á la santa Juana, para quien no faltaron recuerdos y lágrimas y oraciones.

El domingo por la mañana Ignacio madrugó. Yo, que no era tan madrugador como él, al acer-arse la hora de bajar á misa mayor me fuí por Aldasoilla y bajé á misa con Ines y Julian.

Cuando llegamos al pórtico vi que mucha gen- te leía un anuncio, y dejando á los recién casa- dos, que sonrieron de mi curiosidad y se entra- ron en la iglesia, fuí á ver qué papel era aquél. El papel decia, poco más ó ménos, lo siguiente:

« El que suscribe, vecino de esta anteiglesia, pone en conocimiento del vecindario de la mis- ma que, en celebridad del casamiento de su her- mano, y deseando hacer un humilde obsequio á sus convecinos, que tanto le han ayudado en sus trabajos agrícolas, y particularmente en el que- brantamiento de terreno para su viñedo de Al- dasoilla, ha dispuesto para esta tarde en el cas- tañar de Iturrilanda, con permiso del Sr. Cura

y el Sr. Alcalde, una sencilla fiesta, y se creerá muy honrado y favorecido con que todos los vecinos de Loreaga, sin distincion de sexo, acudan á ella y *hagan la postura* al chacolí de dicho viñedo, que cuando ménos tiene el mérito de ser fruto de nuestra querida anteiglesia.— *Loreaga, 7 de Mayo de 1871.*— IGNACIO DE ECHEZÚRI.»

—Vamos, dije al leer este anuncio, cuyo objeto comprendí al instante, ¡este Ignacio es de lo que desgraciadamente no hay!

Busqué á Ignacio por allí para darle un abrazo; pero Ignacio habia oido misa primera, y sin duda estaba de Iturrilanda arriba, ocupándose en dar la última mano á la singular fiesta de aquella tarde.

Cuando á la vuelta de misa llegamos á Iturrilanda, oimos *cantar* carros hacia la estrada que bajaba de Echezúri al castañar, y poco despues vi que los carros eran el de Lucas y el de Ignacio, que bajaban cada uno dos grandes pipas de chacolí, y unos enormes cestos llenos de pan, queso, nueces y jarras.

A las tres de la tarde sonaba el tamboril en Iturrilanda, y de todas las barriadas y caserías de la anteiglesia acudia la gente al castañar, regocijada con aquella música y con la esperanza del baratísimo refresco que allí iba á encontrar.

—Yo tambien bajé á la fiesta.

—Al pié de cada pipa de vino habia una muchacha encargada de dar á la espita y alargar la

jarrilla del de Aldasoilla á todo el que la pidiere, y delante de cada pipa habia una gran mesa cubierta de pan, queso y nueces.

Jamas he oido elogios más hiperbólicos de vino alguno, que los que oí aquella tarde en Iturrilanda del vino que allí corria. El de Rioja y Navarra se vendia á 24 cuartos la azumbre, y la opinion general de los loreagueses, encargados de la postura del de Aldasoilla, era que éste sería de balde á aquel mismo precio.

¡Qué bailar, qué beber, qué comer y qué dar vivas toda la tarde á Ignacio el de Echezúri y al chacolí de Aldasoilla!

La fiesta terminó al anochecer, y hasta cerca de media noche se dejaron oír sus alegres efectos en toda la anteiglesia.

Entre Echezúri, Echegórri y Aldasoilla me pasé la semana entera. El domingo, despues de comer, emprendí mi vuelta, pasando por Aldasoilla y Echegórri, para decir adios á los de ambas caserías. Ignacio salió conmigo, para acompañarme, segun costumbre, hasta bajar á Iturrilanda.

—¿Qué consecuencias ha producido, le pregunté, la fiesta de hoy hace ocho dias?

—Las ha producido á pedir de boca, me contestó. El lunes se puso á la venta en la plaza, á 16 cuartos, el vino de Aldasoilla, y desde entónces no se ha medido una azumbre de vino foráneo. ¡Ah, si viviera mi pobre madre, qué bue-

na media taleguita iba á recibir en el delantal!

— Hombre, eso es bueno.

— Pero es mejor aún que en Loreaga apenas hay ya quien no se prepare á hacer su viñita.

En esta conversacion llegamos á Aldasoilla, donde encontramos á Lucas y Mari, que se habian quedado á comer con sus hijos.

En aquel cielo encontramos una nubecilla. Lucas y Mari estaban un poco incomodados, é Ines un poco triste por esta incomodidad. Esta incomodidad era porque en la conversacion de sobremesa Julian se habia entretenido en satirizar y contrariar á Lucas por la vanidad y el entusiasmo que le inspiraban su pareja de bueyes, su mujer y sus hijos, y á Mari por el amor que tenía á Dios, á sus hijos y á su marido.

El cielo estaba sereno y puro; pero allá por el lado del Septentrion, empezaban á vagar unas nubecillas que no me gustaban. Hícelo notar á Ignacio, y éste me dijo:

— Quédese V. en Echezúri; que se expone á que le coja la tempestad en el camino.

— No, no me quedo, le contesté sonriendo; que, gracias á Dios, á los que viajamos por la tierra vascongada nunca nos falta templo ú hogar donde guarecernos de las tempestades.

Y así diciendo, despedímonos de los de Aldasoilla y Echegórri, y tomamos vallecito abajo, un poco tristes y cavilosos los dos.

TIN.

11





